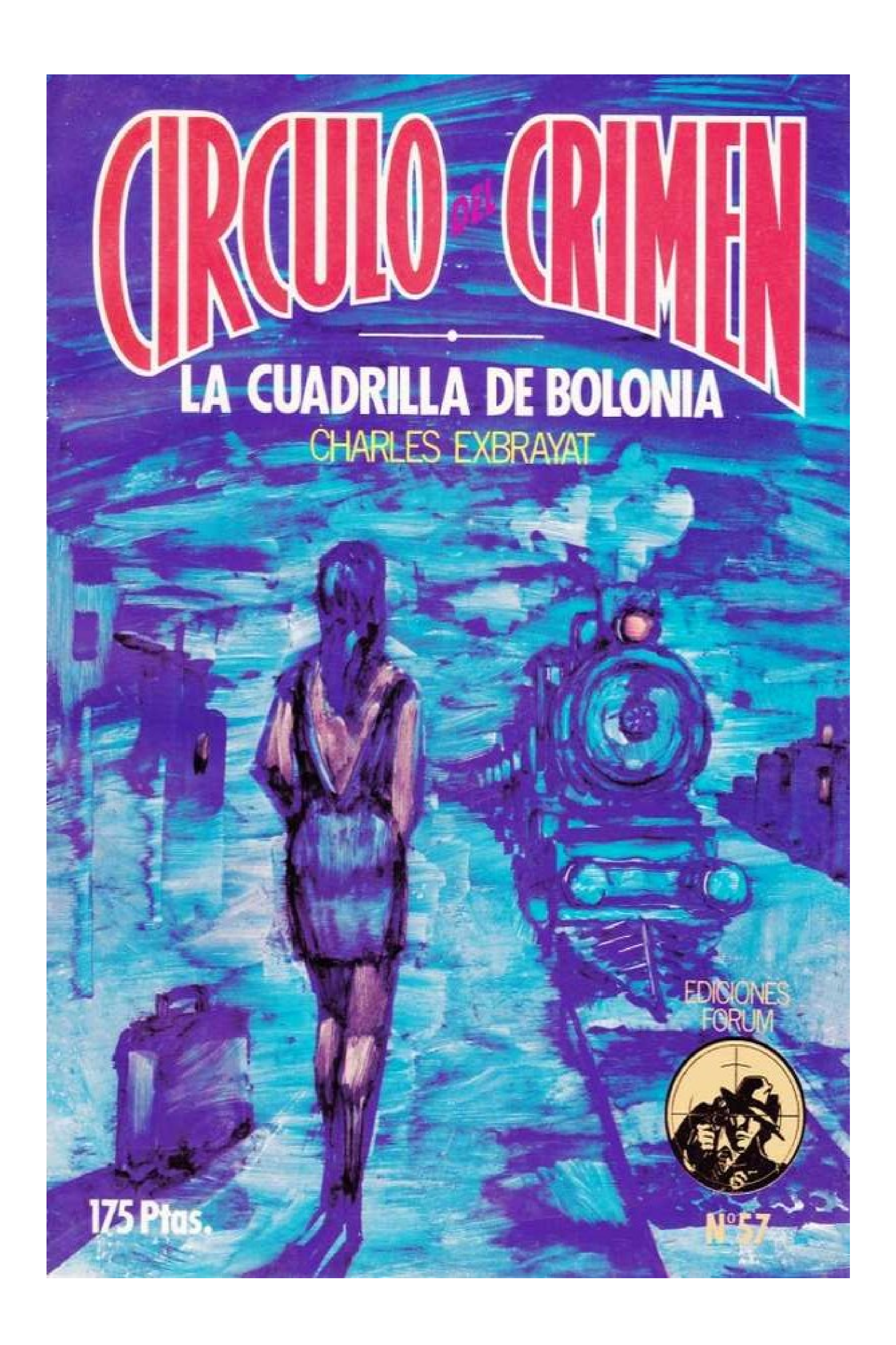

CIRCULO DEL CRIMEN
LA CUADRILLA DE BOLONIA
CHARLES EXBRAYAT
EDICIONES FORUM
175 Ptas.
Nº 57

Charles Exbrayat

LA CUADRILLA DE BOLONIA

Círculo del Crimen Nº 57

ePub r1.0
Rutherford/Rbear 14.04.16

Título original: *Le quadrille de Bologne*
Charles Exbrayat, 1961
Traducción: Pablo Hervás
Forum: 1984
ePub base r1.2

Para Use Berger, cuya residencia genovesa es un remanso de amistad.

1

Bruscamente, unos fuertes pasos martillearon el pasillo del vagón. En el corazón de todos los viajeros, el eco acompasado de las botas resonó como una amenaza contra la cual no había más recurso posible que la oración silenciosa. Hacía ya más de una hora que el tren internacional, procedente de Budapest, permanecía detenido en la estación fronteriza de Hegyesholm. Los aduaneros húngaros, puntillosos, suspicaces, habían registrado las maletas, deshecho todos los paquetes. En cuanto a los guardias, se habían marchado después de recoger los pasaportes.

Al principio, en el compartimento, se aparentó tomar estas formalidades bromeando; luego, poco a poco, a medida que pasaba el tiempo, los comentarios irónicos se espaciaron, cada uno temiendo —con más o menos razón— que se le negase el paso al Oeste. Incluso el chico moreno y joven que ocupaba el asiento de la esquina cerca de la ventana, se había callado, ya que sus reflexiones impertinentes no aportaban ninguna sonrisa a los labios de sus compañeros.

El paso del guardia en el pasillo les liberó de su silencio angustiado. Iban a saber. En tensión, oyeron abrirse y cerrarse las puertas de los compartimentos que precedían al suyo mientras una voz gutural lanzaba algunos nombres. El torno que les apretaba el pecho y que les impedía respirar a gusto aumentaba su abrazo a medida que el paso del soldado se acercaba y, cuando este último abrió brutalmente la puerta, algunos estuvieron a punto de gritar. Impasible, correcto, en el umbral que sus anchas espaldas llenaban, el húngaro les miraba fríamente. Pertenecían a otro mundo distinto que el suyo. Sosteniendo una pila de pasaportes con el brazo

izquierdo, tomó lentamente el primero y llamó:

—¿Frau Thea Nieter?

La joven que el chico cortejaba, tendió una mano que temblaba un poco y recibió su pasaporte. El suspiro que dio no se les escapó a sus inmediatos vecinos. El guardia nombró sucesivamente a Alfonso Prugger, ingeniero; Raimond Klinge, comerciante; Nenny Mayer, una señora mayor demasiado pintada; Wolfgang Hammerer, profesor en la Universidad de Viena. A su vez, el joven moreno recuperó sus papeles, cuando el soldado llamó:

—¿Alfonso Santucci, *viaggiatore di commercio*?

El húngaro se llevó la mano a la gorra y salió, pero nadie en el compartimento osó moverse aún. No fue hasta que el tren se puso en movimiento que respiraron, liberados, sobre todo, Alfonso Santucci, el viajante de comercio, ya que no se llamaba Alfonso Santucci y no era viajante de comercio.

En verdad Alfonso Santucci, se llamaba Jacques Soubray. Nacido treinta años antes en Bolonia, donde sus padres —emigrantes desde hacía dos generaciones, pero que habían conservado la nacionalidad francesa— tenían una joyería en la calle de la Independenza, había vuelto con ellos a Francia en 1939 para regresar en su compañía a su ciudad natal hacia 1946. Muertos sus padres, Jacques se quedó en Bolonia sintiéndose atado por todo su pasado a la capital de la Emilia. Confiando el comercio heredado de los suyos a una gerente, se lanzó a la *dolce vita* de la sociedad donde la reputación de su familia le facilitó el acceso. Llenó entonces los viejos barrios aristocráticos con los chismes de sus extravagancias y, amante del riesgo, apasionado por el deporte, entrenado en todas las disciplinas físicas, entró —para divertirse— en los Servicios Secretos de la República Italiana, donde se le consideró bastante rápidamente como un buen agente cuando no estaba enamorado, cosa que, para el gusto de sus jefes, le pasaba demasiado a menudo.

Esta profesión fuera de lo común, le había reportado ya algunas aventuras de las que, hasta ahora, salió con ventaja. No se arrepentía de nada y encontraba la existencia apasionante. Su reputación de frivolidad escondía, mejor que cualquier empleo inventado, su actividad secreta. Se le sabía desahogado

económicamente, pero no se ignoraba que de tanto en cuando, para restablecer sus finanzas y pagar sus deudas, consentía en viajar para la gran firma de pastas alimenticias «Pastori».

Con la excusa de encontrar salida para los spaghettis, las lasañas y las taglitelas Pastori, Jacques se había ausentado de Bolonia durante tres meses buscando clientes en Yugoslavia, Hungría y Checoslovaquia. En verdad, sus jefes le habían lanzado en persecución de los que acababan de apoderarse de los planos del nuevo motor de carburante sólido, que el profesor Pietro Faliero ajustaba en sus talleres de la Croce del Biaccio, en compañía de su sobrino Santo. Sin embargo, el Gobierno italiano, que esperaba mucho de las investigaciones del *signor* Faliero, le hacía vigilar, proteger noche y día. Cada uno de sus colaboradores próximos o alejados había sido objeto de una encuesta severa y se creía que su descubrimiento estaba resguardado, dado que el sabio trabajaba en sus últimos cálculos sólo con Santo, hijo de un hermano caído en la guerra y cuya mujer había muerto de pena. Por lo demás, fue gracias a Santo, que avisó en seguida a los Servicios Secretos, por lo que no se perdió tiempo.

Sin embargo, se cerró la frontera demasiado tarde y el jefe del contraespionaje de Bolonia se vio obligado a lanzar a Soubray en persecución de los ladrones que, se sabía, habían vuelto a Yugoslavia. Estos últimos, creyéndose demasiado rápidamente al abrigo, perdieron el tiempo y fue así como Jacques pudo alcanzarlos en Maribor. Murieron de una fea manera. Tratando de engañar a los que le buscarían, Jacques, increíble audacia, en vez de refugiarse en Austria se dirigió a Belgrado, de ahí a Budapest, después a Praga, antes de volver a Budapest siempre ocupado en visitar clientes por cuenta de la firma Pastori. Delante de las narices de los Servicios Secretos húngaros, checos y rusos, Soubray se paseó durante tres meses con los famosos planos disimulados en el flanco de su cartera, descosida y recompuesta por un zapatero italiano instalado en Zagreb. Le esperaban en Austria, en Italia, pero nadie sospechó que tendría la caradura de quedarse en el terreno de sus adversarios, lo que le salvó.

En el tren que le traía a Viena, desde donde, por Munich, llegaría a su querida Italia, Soubray podía, por primera vez desde hacía doce semanas, relajarse.

Su estado eufórico hubiera sido menos total si Jacques hubiese sabido que la orden de arresto había llegado a Hegyesholm apenas diez minutos después de la salida del tren. Esta orden era el resultado de la traición de Gioconda Bertolo —una comunista ferviente—, empleada de Giorgio Luppo —de quien Jacques dependía— y que habiendo descubierto la verdadera ocupación del pseudo representante de las pastas Pastori, había advertido inmediatamente al consulado soviético. Mas los rusos no son invulnerables a la traición y aunque perteneciente al Partido, Amadeo Forlini, un traductor que prefería las libras esterlinas a los rublos, avisó al consulado británico para anunciar la vuelta de Soubray y del dossier Faliero. Pero, para muchos, el dólar presenta más garantías que la libra y no hacía falta buscar en otra parte la razón por la cual Cario Domachi —utilizado por los ingleses como traductor— telefoneó al consulado americano para hacerles saber quién era Soubray y la naturaleza del precioso dossier que llevaba.

Por suerte la llama del patriotismo arde todavía en el corazón de la mayoría de los italianos y más aún, en el de Gisella Mora —una de las secretarias del cónsul de los USA—, quien previno inmediatamente a Giorgio Luppo. Así este último supo que había una fuga entre los que le rodeaban y, cerrando el círculo, cuatro servicios secretos tomaron sus disposiciones para ayudar a Jacques Soubray o para impedirle llevar a Giorgio Luppo los planos del motor inventado por el profesor Faliero.

Ignorando lo que se tramaba contra él, Soubray pasó una noche tranquila en Munich y por la mañana, partió hacia Italia. Confortablemente instalado en su compartimento, se sentía profundamente feliz. No solamente saboreaba la satisfacción de la proeza realizada sino que también se alegraba ante la perspectiva de encontrar pronto a Tosca, de quien estaba seriamente enamorado y a la que se prometía pedirle una vez más su mano, esperando que esta vez no se la negase.

Tosca era la hija única del conde y de la condesa Matuzzi, cuya gran fortuna, invertida en su mayor parte en los Estados Unidos, había escapado al caos de la guerra y de la posguerra. El conde Ludovico Matuzzi financiaba los trabajos del profesor Faliero, trabajos que le interesaban a nivel industrial.

De todas formas, un recuerdo desagradable moderaba

ligeramente la euforia de Soubray: tres meses antes Tosca y él se habían separado dejando entre ellos un malentendido. Además, la misión de Jacques le impedía dar señales de vida a nadie —salvo a sus pseudo patrones, quienes transmitían las informaciones recibidas en un código tipo jerga comercial al servicio interesado— y no se había podido reconciliar por carta con Tosca.

Tosca Matuzzi se parecía a esas encantadoras italianas llenas de vida y de alegría, cuyo tipo ideal ha sido popularizado por la pantalla. Se la consideraba como una de las chicas más bonitas de Bolonia y los numerosos pretendientes se apretaban en las recepciones de sus padres en el bello hotel del siglo XV, casi al lado de la vía San Vítale. La condesa Domenica Matuzzi —una belleza célebre de los años 40— recibía con una distinción de otro tiempo. El hermano de Domenica, Dino Vacchi, bajaba a menudo de su villa de Cá Capuzzi, donde realizaba una obra pictórica de la que nadie había visto la más pequeña muestra, para instalarse en casa de su hermana pequeña, a expensas de la cual vivía sin vergüenza. A Dino no le gustaba demasiado su cuñado, el solemne Ludovico, pero en cambio, se entendía muy bien con el no menos solemne Emil Laub, mayordomo austríaco de los Matuzzi, con el que compartía el gusto por los cigarros y el whisky del conde.

Tosca quería a Jacques, pero detestaba la existencia que llevaba, no comprendía cómo a pesar de su fortuna, persistía en jugar a los viajantes de comercio. No le gustaba la idea de convertirse en la mujer de un hombre que estaría más a menudo ausente que presente en su hogar. A pesar de su dote y de sus esperanzas —y quizá porque estaba saturada de los placeres que ofrece el dinero— la señorita Matuzzi soñaba con una vida tranquila que no encajaba del todo, desgraciadamente, con las inclinaciones de Soubray. Ella había puesto limpiamente las cartas sobre la mesa en su último encuentro en los jardines Regina Margherita.

—¡Entiéndame bien, Jacques! No deseo nada más que una existencia tranquila cerca del hombre que me amará y que yo amaré. Por santa Reparata, es normal, ¿no? Usted y yo tenemos la suerte de poder olvidarnos de nuestro futuro material, entonces por qué no aprovecharse, ¿eh? Usted dice que me ama…

—¡Le prohíbo que lo dude!

—No lo dudaré más el día en que, por mí, ¡usted renuncie a su ridículo empleo!

—¿Y entonces qué haría?

—¡Se ocuparía de mí y de nuestros hijos!

—¿Y si no es suficiente, Tosca mía?

—¿Usted tiene una joyería, no?

—A mí no se me da el comercio.

—¡Mi padre le interesará en sus negocios!

—¡No quiero deberle nada a su padre, que me desprecia!

—¡Porque le toma por un perezoso! Por otra parte, es esta reputación de pereza lo que le hace tan simpático a los ojos de tío Dino, ¡y mamá declara que es usted uno de los últimos representantes de la sociedad donde ella reinaba!

El encuentro duró más de dos horas sin que ninguno de los jóvenes consiguiese convencer al otro. Al acercarse la noche, cuando un frescor pernicioso comenzaba a manar de los árboles, Tosca se exasperó:

—¡Ya está bien! El Señor es testigo de que le quiero, Jacques, y de que no seré jamás completamente feliz si me caso con otro que no sea usted, ¡pero exijo que se me haga llevar una existencia que me guste! Luego, usted escogerá: o convertirse en mi marido y en el padre de mis hijos dejando sus excentricidades, ¡o renunciar a mí y seguir regalándose placeres mediocres en compañía de gente vulgar!

Soubray era demasiado italiano de educación para dejarse intimidar por unas órdenes dadas en ese tono, incluso por la que él amaba.

—¿Cree usted que son los millones de su padre lo que le da derecho a hablarme así? ¿Se imagina usted que se me puede comprar?

—¡Santa Madona! ¿Cómo osa usted...?

Las lágrimas la ahogaban, no pudo continuar y Jacques, turbado, la tomó en sus brazos para confiarle tiernamente:

—Tosca mía... ¿sabes que te amo y que no amaré jamás a otra mujer?

—¿Quizás solamente crees amarme? ¿Si no por qué prefieres la existencia que llevas?

—Te juro, mi alma, que nunca he pensado en poner nuestro amor en una balanza…

Ella se soltó bruscamente, encolerizada:

—¡Pues tendrá que hacerlo! ¡Esperaré su respuesta hasta las once! Telefonéeme su decisión. Si me cita mañana en esta misma plaza, significará que acepta contentarse con ser mi marido a partir de ahora. Si, a las once, no me ha llamado, comprenderé que vuelve a la libertad…

Sin embargo, esa noche robaron los dossier del profesor Faliero, y Jacques estaba ya en Yugoslavia cuando recordó que se había olvidado de telefonear a Tosca.

Las penosas aventuras vividas durante los tres meses pasados hicieron comprender a Soubray que, a fin de cuentas, prefería resignarse a una existencia sin imprevistos cerca de Tosca más que continuar jugándose la vida en condiciones cada vez más difíciles. Necesitaba vislumbrar un fin, y el que le ofrecía la *signorina* Matuzzi parecía el más agradable que se podía imaginar.

Sin embargo, aún no había llegado el momento. Jacques tenía demasiada experiencia para ignorar que hasta que no le hubiese entregado los planos Faliero a su jefe directo Giorgio Luppo —o al que le representase—, su misión no habría acabado; hasta entonces, tenía derecho a soñar en un porvenir al que sus adversarios podían en cualquier instante poner término.

A menudo, Jacques pensaba en ese Giorgio Luppo al que no había visto jamás y del que apenas conocía la voz, suponiendo que fuese en efecto él, el que respondía cuando llamaba al número secreto aprendido de memoria. Soubray no mantenía relaciones con ese jefe misterioso más que por teléfono y, frecuentemente, por un tercero. Jacques se preguntaba también si para aceptar o rechazar su dimisión, Giorgio Luppo se decidiría al fin a mostrarse personalmente a él.

Resuelto, más aún que de costumbre, a tomar todas las precauciones posibles destinadas a salvaguardar al padre de los futuros *bambini* de Tosca, Jacques, al bajar de su compartimento en la estación de Bolonia, se hundió en el chorro de viajeros que se dirigían a la salida.

En el mismo momento, de debajo del panel horario que marcaba la llegada y la salida de los trenes, salió Ronald Hunter, del MI5 británico, mientras Mike Morton, de la CIA americana, abandonaba el kiosco y que Natacha Andreievna, del GRU soviético, dejaba precipitadamente la taza de café que bebía. Los tres convergieron hacia la salida donde se dirigía Jacques, y los tres no tenían ojos más que para la cartera que Soubray llevaba en la mano.

El famoso sexto sentido de los espías le advirtió a Soubray de un peligro inminente. Miró rápidamente a su alrededor sin llegar a observar a sus adversarios, cuya presencia intuía. Golpeándole el corazón, se daba cuenta de la proximidad del ataque sin llegar a adivinar cómo y dónde se produciría. Sin embargo, llegó sin el menor tropiezo al control de salida donde dio su billete al empleado. Tranquilizado, se introdujo en el pasillo que dejaba libre la masa de los que esperaban a los viajeros, y ya casi levantaba el brazo para llamar a un taxi cuando bruscamente, una joven apareció a su derecha y se lanzó sobre él. Un reflejo del oficio le empujó a apretar más fuerte el asa de su cartera, pero más le habría valido protegerse la cara, puesto que la desconocida le administró tal sonora bofetada que, de golpe, captó la atención de los boloñeses y boloñesas que asistían a este apasionante espectáculo.

Si Soubray pretendía efectuar una entrada discreta en su ciudad natal, estaba servido. Ni Morton, ni Hunter, ni Andreievna esperaban tamaño escándalo y ya no sabían qué hacer. Parecían tan sorprendidos como Jacques, a quien su encantador agresor, cuya cólera no conseguía afear, gritaba de manera que nadie se perdiese una palabra de su plática.

—¡Por todos los santos del Paraíso! ¿Has decidido volver, monstruo desnaturalizado? ¿Son los remordimientos o qué, lo que te trae? ¡Y ni una palabra para prevenirme cuando estoy que me como la sangre, que me arruino la salud de dejar caer las lágrimas que se me llevan la vida! Di, maldito de Dios, ¿es a otra a quien ibas a encontrar? Te sacrifico mi juventud y es así como me tratas, ¿eh? *Ma qué!* ¿Qué es lo que te ha puesto el Buen Dios en vez de corazón, condenado?

Alrededor de la pareja, la gente se apiñaba. Esta chica parecía tener clase, tener vehemencia, y no vulgaridad. Los italianos, que no tienen rivales en el mundo cuando se trata de gritos, de

desespero, de injurias y de reproches, conocen, por eso mismo, a qué personas es inútil contrariar. Moviendo la cabeza, los espectadores de primera fila aprobaban. En cuanto a Soubray, víctima de una especie de vértigo, se preguntaba si no soñaba. Febrilmente, buscaba en su memoria tratando de recordar si los rasgos de la joven evocaban en él algún recuerdo. Desde luego les había jurado amor eterno a muchas chicas pero, sinceramente, esa, a pesar de sus esfuerzos, no la recordaba… Ella se aprovechaba, por lo demás, de su silencio para añadir:

—Y que nuestra *bambina* se muera de hambre, como una abandonada que es, no te afecta, ¿eh? Si la oyeses llamar a su papá, a nuestra pobre Pia…

Enterándose de que era padre cuando ni siquiera lo suponía, Jacques se quedó flotando un instante. En la masa de gente que rodeaba a los protagonistas se empezaba a tomar partido. Unas mujeres se pusieron a gemir para sostener a la madre afligida, unos hombres remarcaron en voz alta que existían buenos sinvergüenzas en este mundo. Una joven aseguró a sus vecinos que si le ocurría algo parecido, mataría al que habría abusado de su confianza e incluso que lo mataría dos veces más que una. Se la aprobó calurosamente. Durante este tiempo, la que se agarraba a Jacques continuaba sus lamentaciones, mas esta vez en un tono implorante mientras las lágrimas le rodaban por las mejillas.

—Dime… Giacomo mío, ¿entonces ya no me amas? ¿Ya no quieres a tu Renata?

Ella se excedía demasiado y Soubray comprendió que toda esta aventura se revelaba como un plan cuidadosamente puesto a punto, aunque no adivinaba su significado. Recobrando su sangre fría y su buen humor, hizo ver que entraba en el juego.

—Perdóname Renata… Son los remordimientos lo que me traen a ti… He sido un loco al dejarte… al abandonaros, a ti y a nuestra Pia… He vuelto para pedirte perdón… Si me rechazas, tomo un taxi para Reno y allí, ¡me tiro al río!

Un murmullo de simpatía corrió entre los espectadores. ¡Eso era hablar! Algunas mujeres sollozaron ya que su imaginación las empujaba a ver a ese pobre hombre ahogado, y los que mueren de amor llegan en seguida a la santidad en la tierra de Petrarca y de Dante. Alguien dijo:

—¡Qué bello!
Un entusiasta gritó:
—¡Viva Italia!
La que acusaba a Soubray de una paternidad insospechable dudaba, y Jacques, encantado de tomarse la revancha, insistió:
—Dulzura de mi alma, ¿pretendes que este sea mi último día?
Con la gentil familiaridad que les es propia y que les incita a mezclarse sin cesar en los problemas de los demás, los boloñeses, rodeando a la pareja víctima —al menos aparentemente— de un amor difícil, les aconsejaron:
—*Ma qué!* ¡Tómela entre sus brazos!
—¡Perdónele, pobrecilla!
Severo, un carabinero intervino en el idilio:
—¿Qué les pasa a ustedes dos, eh? ¿No se dan cuenta de que obstruyen la salida?
Sin embargo, puesto al corriente del pequeño drama que se representaba, olvidó el reglamento para mezclarse en el debate:
—*Ecco!* Este chico la ama, señorita... Se arrepiente. Usted no puede privarle de su hijo, le remordería la conciencia toda la vida. Se ha portado mal, está claro...
Soubray, que ahora se divertía mucho, protestó:
—Permítame usted, señor carabinero...
—Usted, se calla o le detengo, ¿eh?... Decía que se había portado mal, *Ma qué!* Se arrepiente... Venga, ¿le abraza?
La desconocida, que parecía haber perdido su pasión, se resignó.
—Está bien, porque es usted muy amable, señor carabinero...
Y rápidamente, besó a Jacques en las dos mejillas, pero él la agarró, y manteniéndola contra él, la besó largamente en los labios. Emocionada, la masa de gente aplaudió. Soubray sintió que su pareja se endurecía en sus brazos. ¡Seguramente no se esperaba esto la preciosidad! Al soltarla le dijo con pasión:
—¿Cómo podías pensar que os olvidaría a Pia y a ti, cuando sois toda mi vida?
Un señor muy distinguido salió de la fila de espectadores para tenderle la mano al joven:
—Usted es un buen chico, señor; ¡permítame que se lo diga!
Desorientada, Renata balbucía:
—Soy muy... muy feliz...

Irónico, Soubray con tono profundo remarcó:

—Ya se ve, querida mía…

La querida en cuestión, roja hasta las orejas, pareció recuperarse y cogiéndole del brazo preguntó:

—¿Debes estar cansado, amor mío? ¿Quieres que vayamos a beber algo al Orlando antes de volver a casa?

¿Entonces esa era la trampa? Soubray estuvo a punto de mandar a paseo a la torpe muchacha, pero por una parte conocía a Orlando y le consideraba un buen hombre incapaz de tolerar en su casa algo criminal, y por otra parte le apetecía ver hasta dónde llegaría la tal Renata. Amable, aceptó:

—Vamos al Orlando amada mía… Me contarás lo que has hecho durante mi ausencia y para quién trabajas ahora.

Ella le miró de reojo y no respondió nada. Cogidos del brazo se alejaron acompañados por las miradas enternecidas de los boloñeses y del carabinero, encantados de haber asistido a una historia de amor que, una vez más, terminaba bien.

Jacques y Renata —ella ligeramente inclinada hacia él— atravesaron la piazza delle Medaglia d'Oro seguidos de lejos por Morton, Hunter y Natacha. Soubray, con una ferviente y muda oración, suplicó al cielo que no pusiese a Tosca Matuzzi en su camino.

Orlando Lasteri tenía un pequeño café anticuado en la Viale Pietramellara, una vía de circunvalación lo suficientemente alejada del centro para que los enamorados de Bolonia viniesen a esconder sus tiernas palabras. Nada más franquear la puerta del establecimiento, Renata arrastró al chico a una mesa que la escalera disimulaba en sus tres cuartas partes. Orlando se acercó a ver qué querían respondiendo a los saludos de Soubray familiarmente, puesto que era un antiguo cliente. Cuando el patrón hubo traído las consumiciones pedidas, Jacques cogió la mano de la joven para decirle con voz enamorada:

—Querida Renata… ¿me has sido fiel durante mi ausencia?

Pero la querida Renata retiró rápidamente la mano y replicó secamente:

—*Prego, signore*, ¡la comedia ha terminado! Por lo demás, no me

llamo Renata sino Mafalda.

—Lástima… Yo amo a Renata…

—¿Por qué? ¿No dicen que es muy rica?

—¡Oh! ¿Ya celosa?

Ella ni siquiera sonrió.

—Me parece que ya le he dicho que la comedia había terminado, ¿eh?

—Lo lamento. Había empezado muy bien, ¿no?

—¡Usted se ha aprovechado de la situación!

—¡Desde luego, no le falta una cierta audacia, querida Mafalda! ¿No ha sido usted quien se me ha tirado encima? Y la pequeña Pia, a quien empezaba a querer…

—Se lo ruego, señor Soubray; no hablemos más de eso, ¿eh?

—¿De qué vamos a hablar entonces, cambiante Mafalda?

—Del dossier Faliero que tiene en su cartera.

Jacques se puso a reír suavemente:

—Al menos, esta vez es sincera…

—Me envía Giorgio Luppo.

Soubray dudó, indeciso. Para darse un tiempo de reflexión, se contentó con decir, burlón:

—Un poco gordo el anzuelo, ¿no le parece?

—Telefonéele. Espera su llamada.

La examinó atentamente. En el rostro endurecido no quedaba nada de la tonta enamorada que le había asaltado en la estación. Amiga o enemiga, sabía lo que quería. Jacques se levantó.

—Voy a telefonear.

Pero Mafalda se le tiró al pecho, y cogiéndole le obligó a volver a sentarse completamente sorprendido, mientras que, con la cabeza en su hombro, gemía:

—¡No! ¡No! ¡Giacomo! ¡No puedes comportarte así! ¡No puedes abandonar a tu hija y a mí! ¡Si lo haces me mato!

Medio ahogado, Soubray levantó la cabeza en busca de aire y, gracias a este movimiento, vio a los hombres que acababan de entrar y que disimulaban demasiado no mirarles. Comprendió y contestó como la joven esperaba:

—Te lo suplico Renata, ¡no des un espectáculo!

—Estoy segura de que si oyeses la voz de Pia, ¡no tendrías el valor de dejarnos! Telefonea a mi madre, la pequeña está con ella.

Te hablará… Giacomo, te lo suplico, telefonea a mi madre, ¿eh?
Fingiendo estar harto, él se encogió de hombros:
—Si eso te calma… pero te lo advierto… esto no hará cambiar mi decisión.
—¡Ven!
Ella le cogió de la mano y se lo llevó hacia los lavabos y la cabina telefónica. Los dos hombres que bebían no se movieron. Silenciosos, escuchaban.
En la cabina telefónica, Jacques llamó a Luppo por la línea especial. Inmediatamente Giorgio respondió, y en seguida le confirmó que Mafalda ejecutaba sus consignas. Le ordenó aceptar las directivas de la joven.
—Pero… lo que traigo, ¿debo dárselo también?
—Haga lo que ella le diga. Está claro, ¿no?
Un poco a su pesar, Soubray se volvió hacia su compañera.
—A sus órdenes, *signora*.
—Su cartera, ¡rápido!
El se la dio. En ese momento entraba Orlando y ella le pasó la cartera, dejando a Jacques sorprendidísimo. El dueño, sin decir palabra, desapareció en la cocina. Soubray no tuvo tiempo para preguntar, ya que Mafalda le susurraba:
—¡Cuidado! ¡Viene uno! ¡Hable a mi madre!
Soubray cogió el aparato y, patéticamente, expresó:
—La comprendo perfectamente, *signora*, ¡pero a su hija le gusta el drama! ¿Cómo? ¡Claro que no reniego de mi hija!
El hombre pasó cerca de ellos, sin prestarles atención, para ir al lavabo. Jacques continuó su número:
—Le prometo intentarlo de nuevo, pero por su parte, ¡dígale a Renata que cambie de actitud! Estos celos sin fin me matan, ¿me oye? ¡Me matan! Si tiene que seguir así, ¡me volvería loco!… Sí… desde luego… pero si usted fuese su marido, ¡pensaría de otra manera! De acuerdo, yo no soy su marido, pero es lo mismo, ¿no?… Entendido, le doy mi palabra… Dele un beso a Pia de mi parte, dígale que la iré a ver y que le traeré una muñeca…
El hombre volvía. Mafalda arrancó el aparato de las manos de Jacques:
—¿Eres tú, mamá? ¡Oh! ¡Soy muy feliz, sabes! ¡Jacques se queda con nosotras! Sí… ¿Perdón? Desde luego, ya procuraré… Hasta

luego, mamá...

Apenas el desconocido volvió al café, Orlando salió de la cocina para devolverle la cartera a Jacques, que la miró sorprendido: estaba intacta. Mafalda le murmuró:

—*Ecco*... ya no es la misma...

Volvieron al salón, ella sonriendo colgada del brazo de su, según ella, amante. Apenas se habían vuelto a sentar en la mesa, los dos hombres se acercaron y uno de ellos, apoyándose en el mármol, se inclinó ligeramente para decir:

—Queremos su cartera, señor Soubray. Mi camarada tiene una pistola en el bolsillo y disparará si se le ocurre moverse. No queremos hacer ruido, ¡o sea que obedezca!

Mafalda simuló espantarse y ya iba a gritar cuando uno de los agresores le tapó la boca con la mano.

—¡Calma! No nos obligue a ser violentos...

Soubray dudó justo lo que hacía falta, y se decidió:

—Está bien... Han ganado ustedes... pero fracasar tan cerca de la meta...

—Lo sentimos por usted, *signor*...

Cogieron la cartera mas, al volverse, se encontraron delante del cañón recortado de la escopeta con que Orlando les apuntaba.

—¡Guai! ¡Jamás nadie ha robado a mis clientes, y no serán ustedes los primeros, eh! Venga, ¡devuélvanle su cartera al *signor* y váyanse!

Uno de los hombres quiso meterse la mano en el bolsillo, pero el dueño le advirtió:

—¡Cuidado, *signore*! ¡Aún tengo buenos reflejos a pesar de mi edad!

Se fueron mascullando insultos en una lengua que a Jacques le pareció ruso. Así pues, los soviéticos eran los más impacientes...

Soubray le dio las gracias a Orlando, le confió su sorpresa al enterarse de que pertenecía a los Servicios Secretos italianos, y dirigiéndose a Mafalda:

—*Signora*... ahora que Orlando tiene la cartera, creo que se arreglará él solo. Entonces, ¿me permite volver a casa y olvidarme de todas estas emociones?

—Aún no, *signor* Soubray.

—¿Y por qué?

—Él trabajo de recuperación del dossier Faliero ha terminado, gracias a usted. Otros se lo agradecerán. Una nueva misión le espera.

—Me niego. No quiero irme de Bolonia.

—¿Y quién le habla de irse de Bolonia? *Signor* Soubray, hoy su identidad la conoce todo el mundo debido a una negligencia o a una traición. Es un milagro que haya vuelto...

—Siempre es agradable oírlo...

—Por nuestra parte, queremos saber quién ha robado el dossier Faliero. Dicho de otra manera, queremos conocer la identidad del agente soviético empleado en esta ocasión y contamos con usted para ello.

—¡Es usted tan buena!... ¿Y por qué yo?

—Porque se ha equivocado cuando le he dado esta cartera: la ha tomado por la suya. Con estas condiciones, podemos pensar que también los otros se equivocarán...

—¿Qué otros?

—Los que quieren recuperar el dossier Faliero antes de que se lo dé al *signor* Luppo. Supongo que intentarán oponerse

—Por todos los medios... ¿hein?

—Seguramente. ¿Tiene usted miedo, *signor* Soubray?

—Figúrese que sí, *signorina*.

—¡Pues bien! Mucho mejor.

—¿Perdón?

—Es esencial que usted no llegue al Palazzo del Genio Civile, y absolutamente necesario que dé usted la impresión a los que le achacarán de estar volviéndose loco.

—¡No tendré que esforzarme mucho!

—Perfecto, será más natural. Además, serán sólo un par de horas, ¿eh? Deben actuar rápidamente, ya que saben que no podrán impedirle durante mucho tiempo llegar al Palazzo del Genio Civile. Escápese a donde quiera... ¿A su casa, por ejemplo?

—¿Y luego?

—Espere que se manifieste el enemigo número uno. En ese momento debe prevenirnos.

—¿Y si entonces ya no puedo hacerlo?

—Puesto que los documentos que lleva son falsos, eso no tendrá más que una importancia relativa...

—Para usted, de acuerdo... ¿pero, para mí?

—Evidentemente... de todas formas, ¿reconoce que es secundario?

—¡No me da la gana! ¡Quiero ver a Luppo y le convenceré!

—No lo dudo... ¿y cómo se lo montará para convencer a nuestros adversarios que ya no pertenece a nuestros servicios?

Jacques se persuadió de que estaba atrapado. Se juró que sería el último asunto en el que se mezclaría. En el fondo, le habría ido mejor escuchando a Tosca.

—Es posible que nos esperen afuera. Voy a salir fingiendo llorar a raudales como una desgraciada a la que su cobarde seductor abandona. Usted espera un poco, antes de salir.

—¡Oh! ¡No tengo ninguna prisa!

Ella le tendió la mano.

—Hasta la vista... ¡y buena suerte!

—Gracias.

Mafalda había salido hacía ya un cuarto de hora cuando Jacques se acercó a la puerta. A través del vidrio, escrutó la calle donde nada parecía anormal. Se volvió y sorprendió la mirada apiadada de Orlando.

—¿Usted está al corriente, Orlando?

—Sí.

—¿Cree que tengo alguna posibilidad?

—¿Quién sabe su suerte antes de haberla tentado, *signor*?

—Orlando, si se entera de que me han cogido...

El viejo levantó una mano con dos dedos en horquilla para conjurar la suerte.

—Telefoneará a Tosca Matuzzi... la hija del conde Matuzzi, en la vía San Vítale... para decirle que la amaba...

—Puede contar conmigo, *signor*, lo haré con dulzura. Ella lo lamentará...

—Gracias.

Soubray no se reconocía. Desde que había decidido dejar el servicio y casarse con Tosca, se sentía sin fuerza, sin energía. Abrió la puerta de la calle con el mismo entusiasmo de un condenado a muerte que se dirige al suplicio. Cuando estuvo en la acera tuvo la

impresión de encontrarse desnudo en medio de la gente vestida. La imaginación, de la que siempre había desconfiado, tomaba su revancha. Atento a los coches, a los peatones, a los rincones, se puso lentamente en marcha hacia la piazza delle Medaglia d'Oro. A medida que avanzaba y que constataba que no se producía nada, Jacques se sentía más seguro. De pronto, la seguridad se acabó cuando, tratando de atravesar la vía Amadola Giovanni, fue sólo un reflejo salvador lo que le evitó ser aplastado por un coche lanzado a gran velocidad que, después de haberle atacado sin éxito, no aminoró la marcha, sino que giró por la vía Milazzo. Apoyado contra la pared de una casa, lasques tuvo que confesarse que, después de todo, Mafalda no había exagerado tanto: iban por él.

Jamás un indio en la senda de la guerra se mostró más atento que Soubray dirigiéndose a la piazza VIII Agosto donde se levanta el Palazzo del Genio Civile bajo el tejado del cual está instalado el servicio dirigido por Giorgio Luppo. No se arriesgaba a abandonar la acera más que en medio de grupos de peatones y se las arreglaba para pegarse a cualquier individuo, con la esperanza de que los que le vigilaban no harían —simplemente por hacer un trabajo discreto — una masacre de inocentes.

Jacques llegó al final de la vía Milazzo desde donde debía subir por las escaleras que conducían a los jardines suspendidos de la Montagnola que, al sur, se abrían por una ancha escalera, meta de su primera etapa. Suponía que sería en los paseos de la Montagnola donde correría más riesgos. Cuando se disponía a poner el pie en el primer escalón, una intuición le hizo volverse bruscamente para encontrarse cara a cara con un hombrecillo pelirrojo, en quien presintió al colega. Encantado de mostrar que no temía a nadie o al menos, de dar la impresión, Soubray reunió todo lo que sabía de ruso:

—*¿Evo vy na menia cerditesse?* (¿Es a mí a quien busca?)

El otro se sobresaltó, le miró con los ojos muy abiertos y luego gruñó:

—*Goddam! I don't understand what you say!* (¡Dios mío! ¡No entiendo lo que dice!) —gritó antes de darle la espalda.

Jacques, sorprendido de que un espía soviético decidiese expresarse en inglés, pensó que la invención del profesor Faliero debía ser muy codiciada. No era pues, sorprendente, que el ojo de

Inglaterra parpadease al lado del de Moscú, sin contar que el de Washington no debía estar lejos. ...¡Era mucha gente!

Seguro de estar amenazado por todas partes, Jacques deseó dejar la cartera en un banco y salir a escape. Pero, honestamente, no podía acabar su carrera con esa espantada. Había tenido mucha suerte hasta aquí. Tenía que pagarlo... ¡y de golpe! Inspiró profundamente y subió la interminable escalera a toda velocidad, esperando recibir en los riñones la bala que pondría punto final a su aventura. Sin embargo, no pasó nada y al entrar en los jardines de la Montagnola, soltó un suspiro de satisfacción que fue interrumpido por el eco de un «plouc» familiar mientras que, a pesar de la ausencia de viento, su sombrero, arrancado de su cabeza, rodaba a sus pies divirtiendo a los imbéciles mirones.

Jacques no tuvo necesidad de interrogarse para adivinar que le estaban disparando con un arma dotada de silenciador.

Un sudor frío, extremadamente desagradable, le recorrió el espinazo y se lanzó detrás de un árbol para tratar de calmar el tumulto de su corazón. A juzgar por la calma de los paseantes, nadie se había dado cuenta de nada.

Soubray observó a un viejo que no por eso le inspiró confianza, puesto que en el mundo de los espías los viejos —como todo el mundo sabe— se transforman rápidamente en atletas; luego, una mujer con el pelo recogido por un pañuelo que bien podía ser un hombre... Sólo una niña jugando a la rayuela no le inquietó. Como todos los hombres en peligro de muerte piensan en la que aman, para indignarse de que no esté a su lado a fin de ayudarles, Jacques evocó a la gentil Tosca, quien, si le quería como pretendía, debía sentir una premonición y correr en su ayuda. Pero, ¡lástima!, después de Tristán e Isolda, los amores suelen tener los pies en tierra.

Con los nervios tensos, Soubray avanzaba a saltitos, con la mano crispada en la manilla de la cartera. Le pareció que duraban horas los pocos minutos que tardó en atravesar la Montagnola. Era como las pesadillas en que se anda sin moverse. Llegó a lo alto de las escaleras que bajaban a la piazza VIII Agosto cuando adivinó al fondo, a través de la ventanilla bajada de un taxi que recorría la calle, al hombre que le apuntaba. Se dejó caer en el momento en que sonó el «plouc» revelador. Suponiendo que su asesino ignoraba

si le había o no tocado, se quedó inmóvil, curioso de lo que obligatoriamente iba a pasar. El viejo del que Jacques sospechaba fue el primero en arrodillarse a su lado y mientras con una mano le palpaba ostensiblemente el pecho, con la otra trataba de arrancarle la cartera. La cara del honorable antepasado estaba tan cerca de la suya que Soubray habría podido morderle la nariz. Se contentó con murmurar:

—*Parik teriaech, Tovaritch!* (¡Que pierdes la peluca, camarada!)

El otro se volvió de golpe y ejecutando un bonito salto hacia atrás, como si le hubiese picado una serpiente, se perdió entre los curiosos que habían llegado. Soubray se levantó asegurando a los mirones que había sido víctima de un malestar pasajero y fue a sentarse en un banco dando la impresión de querer recuperarse. La curiosidad de los paseantes acabó por agotarse y se alejaron.

Al cabo de unos instantes, Soubray vio reaparecer a sus perseguidores, o al menos los supuestos, al ver un gesto demasiado furtivo, una cierta desenvoltura, cualquier cosa demasiado exagerada, una mirada demasiado joven en un rostro hábilmente envejecido, una espalda encorvada que no correspondía a la nerviosidad del paso. La banda se reagrupaba.

Aplicándose en su papel de tipo que ha sufrido un serio golpe y tarda en recuperarse, Jacques se levantó con dificultad y empezó a bajar la escalera que conducía a la piazza VIII Agosto. Con el rabillo del ojo vio cómo convergían hacia él. En el momento en que se disponía a entrar en la plaza le rodearon. Tomando la iniciativa, Soubray desequilibró de un empujón a un pseudo empleado de tranvías que tenía al lado. Aprovechó la vacilación de sus adversarios sorprendidos por esta maniobra inesperada, hizo ver que se ponía a correr en dirección al Pallazo del Genio Civile, torció bruscamente a la derecha, paró un taxi y saltó dentro gritando al chófer que le llevase a la estación.

Consciente de haberse mostrado a la altura de la situación, se concedió un instante de respiro y encendió un cigarrillo. Cuando se volvió para mirar por el cristal trasero, se tranquilizó al ver el coche que había estado a punto de atropellarle media hora antes. Le seguían. Exactamente lo que deseaba.

Al llegar a la estación, Jacques bajó con la prisa del señor que teme perder su tren. Esperó a que el coche que le seguía se parase

detrás de su taxi y que saliesen dos de sus agresores de la Montagnola, para volver a subir rápidamente en el coche que acababa de abandonar y dar la orden al chófer de conducirle a la vía San Vítale, al domicilio del conde Matuzzi.

Soubray vivió aún unos instantes difíciles cuando llamó a la puerta de los Matuzzi. Esperaba ardientemente que el mayordomo no tardara demasiado tiempo en venirle a abrir… Por suerte, la circulación se había espesado y el coche de los perseguidores se detenía al lado de la acera cuando Emil Laub, tan solemne como siempre, acogió al visitante.

Cuando se encontró al abrigo del hall de la mansión, Jacques declaró:

—¡Emil, no puede usted saber hasta qué punto estoy contento de volverle a ver!

Laub pertenecía a esa raza en vías de extinción de los grandes mayordomos que no pueden expresarse más que en la primera persona del plural, debido a que han fundido su propia individualidad en el complejo de la casa y de los dueños que tienen a su cargo. Se inclinó ligeramente:

—Nosotros también, señor, estamos encantados de volver a ver al señor después de su larga ausencia.

Ponía todo su amor propio en expresarse en francés cuando estaba con Soubray.

—Emil, soy demasiado mal educado para cambiar de golpe, ¿pero le escandalizaría verdaderamente si le pido que me sirva en seguida algo fuerte antes de encontrarme con quien sea, ya que necesito seriamente recobrar mis fuerzas?

Laub sabía que, para un criado, manifestar el más ligero signo de asombro era como una falta hacia su profesión y una carencia de gusto.

—Si el señor quiere seguirnos al salón pequeño, le haremos traer el whisky inmediatamente.

En el saloncito donde Emil le abandonó unos minutos, Jacques sintió que el pasado le tenía agarrado por todas partes. Era en este saloncito donde Tosca y él se refugiaban durante las recepciones paternas, con la complicidad de Emil que adoraba a la joven y

apreciaba mucho a Soubray, en quien reencontraba la desenvoltura de los antiguos patrones, en una época donde aún se tenía el gusto de vivir por otra cosa y no para ganar dinero.

Al poner la bandeja en la mesa y sirviendo el whisky, Emil inquirió:

—¿Podemos preguntarle al señor si el señor ha quedado satisfecho de su viaje?

—Muy satisfecho, Emil. ¡La lasaña se vende bien!

Soubray se bebió dos whiskys de golpe bajo la mirada impasible de Emil, que se contentó con señalar:

—El señor tenía sed...

A pesar de los varios años que hacía que Jacques conocía a Emil, no había podido aún decidir si el mayordomo —de unos sesenta años— tenía una inteligencia fijada en unas cuantas fórmulas estereotipadas o si, por el contrario, trataba de disimular, bajo una formal solemnidad, un espíritu fino y de los más irónicos. Jacques se inclinaba por la segunda hipótesis y, a veces, llegaba a pensar que Laub no ignoraba nada de sus actividades reales.

—El señor tiene mucha suerte de poder viajar... Esto instruye... También consuela, a veces...

—Tranquilícese Emil, no tengo ninguna necesidad de que me consuelen.

—¿Quién puede saber, señor, cuándo necesitaremos que nos consuelen?

Soubray apreciaba mucho la unción del mayordomo. Le divertía.

—¿No se habrá convertido en filósofo, Emil, en mi ausencia?

—Creo que siempre lo hemos sido, señor. Hemos visto mucho, señor, y creemos que hemos retenido bastante.

—Emil, tendré que pedirle un día que me dé lecciones... por el momento, haga el favor de anunciarme a Tosca.

—Sentimos mucho tener que decirle al señor que la señorita Tosca ha salido.

—¡Ah!... ¿Sabe si volverá pronto?

—Eso nos extrañaría, señor... No antes de las doce y media o la una...

—¿Asiste a una ceremonia?

—Á una doble ceremonia, señor. Boda civil en el ayuntamiento dentro de veinte minutos y boda religiosa en San Petronio a las

once y media.

Estas noticias sumían a Jacques de nuevo en la vida mundana de Bolonia. Sentía una reconfortante sensación de bienestar.

A partir de ahora las bodas, los bautizos, los entierros, serían los sucesos que marcarían la existencia que llevaría, mullida y reposada en compañía de Tosca. Sonriendo, relajado, pidió más precisiones:

—¿Y quién se casa Emil, es tan importante como para que Tosca se haya levantado tan pronto?

—Ella, señor.

—¿Ella? ¿Quién es ella?

—La señorita Tosca, señor. ¿Un poco más de whisky, señor?

Jacques se encontró incapaz de responder; sólo consiguió mover la cabeza. Todo se hundía, tanto el pasado como el porvenir. Tosca... ¡su Tosca se casaba con otro! ¿Cómo se podía concebir tal cosa? Desamparado, protestó después de haber vaciado su vaso:

—Pero, Emil, ¡es a mí a quien ama!

—Desgraciadamente, señor, la experiencia nos ha enseñado que no nos casamos siempre con los hombres o las mujeres que amamos...

—Ella me había jurado...

—Los juramentos, señor...

El desencanto de Laub tenía resonancias fraternales.

—Ella pretendía que me quería...

—Nosotros nos autorizaríamos, con el permiso del señor, a afirmar que la señorita Tosca era sincera... ¡Pero el señor no dio más noticias!

—¡Porque no podía!

—¿El correo no funcionaba donde se encontraba el señor?

—¿El correo?... ¡Ah, sí!... Sí, desde luego... funcionaba... pero se me había prohibido escribir...

—No pensábamos que el comercio de pastas alimenticias exigía tantas precauciones... Se aprende en todas las edades...

A pesar de la impasibilidad del mayordomo, Soubray se convenció de que se burlaba de él. Estuvo a punto de saltar pero, en el mismo momento, se acordó de la proposición de Tosca. Sin duda al no recibir su llamada telefónica, había creído que la abandonaba...

Soubray empezó a odiar a Giorgio Luppo.

—Si eso puede consolar al señor, le diremos que la señorita Tosca lloró mucho antes de decidirse a conceder su mano al señor Santo Faliero.

—¿Santo? ¿Se ha casado con Santo?

—Aún no; dentro de un cuarto de hora será cosa hecha...

—¿Pero, qué le ha podido encontrar a ese Juan Lanas de Santo?

—La decepción nos hace tomar extrañas decisiones, señor. Y luego, el señor Faliero estaba en constante contacto con el señor conde. Se ha convertido en un habitual de la casa. El señor no ignorará que el señor Faliero es un ingeniero notable con un brillante porvenir, como su tío.

—Emil, ¡estoy seguro de que ella no le ama!

—Es también nuestra convicción, señor, pero eso no tiene demasiada importancia...

—¡Eso lo veremos! ¿Dentro de cuánto es la ceremonia?

—Ahora... dentro de trece minutos, señor.

—¡Voy!

—Le deseamos mucha suerte al señor y nos arriesgaríamos a decirle que, en el lugar del señor, va estaríamos en el ayuntamiento.

Sin responder Soubray corrió a la puerta seguido de Emil que le alcanzó para abrirla, mas en el momento que Jacques iba a salir, el mayordomo le desequilibró y acabó rodando por el suelo mientras una ráfaga de metralleta se incrustaba en la madera. Estupefacto, una vez la puerta cerrada, Soubray se levantaba con la ayuda de Emil quien se contentó con señalar:

—El señor debe tener concurrentes a los que no les gustan las lasañas que vende el señor... El señor podría dejar la mansión por la puerta de servicio. Tardará menos de cinco minutos en llegar al ayuntamiento.

Jacques se lanzaba ya a la vía Caldarese, que le conduciría rápidamente hacia Tosca, cuando Laub le volvió a llamar...

—¡El señor olvida su cartera!

¡Qué le importaban a Soubray la cartera y las trampas de Giorgio Luppo para atrapar al espía ruso! ¡Le quitaban a su Tosca! ¡El resto podría esperar! Estuvo a punto de gritarle al mayordomo que le guardase la cartera, pero pensó que no tenía derecho de hacerle correr riesgos mortales al buen Emil. Volvió sobre sus pasos, tomó su molesto equipaje y sin pensar en la sorpresa de los

transeúntes, corrió al ayuntamiento con la esperanza de llegar antes de que Tosca hubiera pronunciado el sí que la separaría de él para siempre.

2

Todo aquel que en Bolonia se decía o presumía de ser amigo del conde Matuzzi, se apretaba en el ayuntamiento. Los diarios del día anterior se habían extendido en elogios sobre este matrimonio que unía la riqueza y la ciencia. Los conservadores alababan el espíritu nuevo que animaba los medios reaccionarios de antaño y los liberales veían la promesa de un porvenir social, basado en una comprensión recíproca.

La sala de honor del ayuntamiento, abierta para este matrimonio excepcional, estaba a tope. En la primera fila, el conde Ludovico, una especie de gigante con el pelo blanco, muy americanizado en su vestir y en su actitud. A su lado, su mujer Domenica, aún muy bella y de una elegancia que suscitaba la envidia en el corazón de todas las invitadas. Dino Vacchi, el hermano de Domenica, a pesar de haber pasado la cincuentena, permanecía fiel al género bohemio de los cafés literarios de los alrededores del 35. Dado que estaba emparentado con los Matuzzi, la gente se esforzaba en verle el garbo. Al otro lado del pasillo central, el profesor Faliero parecía un oso al que se hubiese tenido dificultad para vestir de hombre. No sabía llevar el chaqué y, visiblemente, ignoraba lo que convenía hacer con su chistera. Lidia, su mujer, atraía la simpatía por su aire encantador. A pesar de la reputación de su marido, uno de los italianos más conocidos en el mundo de los sabios internacionales, se adivinaba que ese día significaba, verdaderamente, para Lidia la consagración definitiva. Entraba con todos los derechos en la alta sociedad boloñesa. El placer que irradiaba toda su persona escondía la vulgaridad.

Por fin, juntos y de cara a la mesa del alcalde, aún desierta, Tosca, con su vestido blanco y su velo y Santo, con el chaqué

perfectamente ajustado, no daban pie a la crítica. Tosca, toda ella delgadez y fragilidad, suscitaba la simpatía general. Se la veía, a pesar de ser la hija de Ludovico Matuzzi, tan emocionada como cualquier joven en las mismas circunstancias. Aquellas que no pierden detalle notaban, sin embargo, una cierta tristeza en sus ojos. Santo, un chico más flaco que delgado, cuyo color de pelo oscilaba entre el rubio y el pelirrojo, respondía a la imagen que se tiene comúnmente de los hombres de estudio y no se asombraría nadie al saber que había pasado la noche anterior a la boda en su laboratorio. Las íntimas de Tosca se preguntaban qué había podido seducirla en ese joven de físico banal, puesto que no pensaban que su amiga fuese sensible a las cualidades intelectuales. Sin embargo, su boda parecía confirmar esta opinión.

Toda la asistencia se levantó cuando el alcalde y sus adjuntos entraron en la sala por una puerta lateral que les permitió llegar directamente a la mesa. El magistrado —el Commandatore don Feliciano Grattipola—, de pie, saludó a la asistencia con una inclinación de cabeza hacia el lado de los Matuzzi, y con un gesto invitó a todo el mundo a sentarse. Luego, la ceremonia se desarrolló según el rito habitual.

Durante este tiempo, Jacques se abría difícilmente camino entre la masa aglomerada en los alrededores inmediatos al ayuntamiento. Habiendo entrado en el edificio y no pudiendo presentar su tarjeta de invitación, se encontró con múltiples problemas que consiguió vencer multiplicando sus artimañas, pero que le costaron unos preciosos minutos. Se introdujo en la sala de honor cuando el alcalde preguntaba:

—Tosca Matuzzi, ¿acepta usted por esposo a Santo Faliero?

Sin reflexionar más, Jacques gritó:

—¡No!

Tomada de imprevisto, la concurrencia no reaccionó en seguida y los ujieres, atónitos por un incidente que sobrepasaba su imaginación, dudaron en intervenir. Soubray aprovechó este instante de indecisión para lanzarse por el pasillo central, al final del mismo el alcalde estaba demasiado estupefacto para protestar. No fue hasta el momento en que Jacques apareció detrás de los futuros esposos, cuando dijo con una voz donde vibraba una indignación espantada:

—*Ma signore*, ¡es una profanación!

A la vista de Soubray, Tosca no pudo controlarse y gritó:

—¡Jacques!

El la tomó de las manos y sin preocuparse de nadie le rogaba que no le abandonase. Recuperado de su sorpresa, Santo Faliero se lanzó sobre Soubray tratando de apartarlo de Tosca.

—¿Con qué derecho? *Ma qué!* ¿Pero dónde se cree usted que está?

Luego, llamando a los ujieres que no osaban intervenir:

—¡Sáquenlo de aquí, si no lo mato!

Pero los ujieres no conseguían pasar entre toda la aglomeración, seducida por el escándalo y cuyas últimas filas querían ver qué pasaba. El novio se dirigió entonces a los invitados:

—Entonces, ¿no me detienen? ¿Quieren que lo deje seco, eh?

Jacques no quería dejar a la joven.

—¡No puedes hacerme esto, Tosca mía! ¡Sabes que yo te quiero y que tú me quieres!

—¿Que me quieres? ¡Si me quisieras me habrías telefoneado hace tres meses como te pedí y no me habrías dejado sin noticias tuyas!

Quizá habrían conseguido disipar el malentendido que les separaba si los demás no se hubiesen mezclado. Después de Santo que saltaba en su sitio, su madre —viendo que la intervención del francés podía ser una amenaza para la realización definitiva de sus sueños— protestó:

—¡Un hombre sin educación, eso es lo que es el *signor* Soubray!

Y tomando a los demás por testigos:

—¡Estos hombres del Norte se creen aún en el tiempo de Barbarroja y se toman por unos conquistadores!

Esta discreta alusión a la historia causó impresión, pero no incitó a los invitados a moverse. Para una vez que se divertían en esta clase de ceremonia... Lidia sacudió a su marido.

—Y tú, ¿no dices nada? ¿Quieren impedir a tu sobrino que se case con su elegida y no dices nada?

El profesor emergió de un sueño interior que debía llevarle por los espacios intersiderales para preguntar:

—¿Qué pasa Lidia? ¿Qué estamos haciendo aquí?

—¡Se casa tu sobrino!

— Ah Bien! Perfecto... ¿no?

La *signora* Faliero levantó los brazos al cielo par tomarlo como testigo y la asistencia se puso a reís ya sin disimular. En un instante de calma se oyó a Dino Vacchi que le confiaba a su hermana, la madre de Tosca:

—Se divierte uno más de lo que me esperaba...

Fue el delirio. Se burlaban de la situación en que se veía el conde Matuzzi, quien al borde de la apoplejía dijo rudamente a su cuñado:

—¡Cállate ya, imbécil!

Mas Diño contestó:

—¡Decididamente, tienes más dinero que educación, Ludovico!

Fuera de sí, el conde se acercó al alcalde:

—¿Y usted? ¿Qué espera para expulsar a ese individuo? ¿Será necesario que le enseñe su oficio?

Bruscamente, se hizo el silencio e incluso Jacques se calló. Don Feliciano era alguien en Bolonia. Ambicioso, contaba un poco con esta boda para asegurar su posición y empujarse en la política. Había, incluso, preparado un importante discurso que se aprendió de memoria y que repetía desde hacía una semana en el silencio de su despacho. No obstante, al verse tratar así en presencia de la mejor sociedad de la ciudad perdió su sangre fría. Con el pulgar, deshizo el cuello que le ahogaba para poder gritar:

—*Ma qué!* ¿Quién soy yo aquí, don Ludovico? ¿Es mi ayuntamiento o el suyo, eh? ¡Venga, póngase en mi sitio puesto que quiere regentarlo todo! ¡Así son los insignes! ¡Así es el código! ¡Venga! ¡Reempláceme puesto que se cree capaz de darme lecciones! ¡Bonito ejemplo da al pueblo, don Ludovico! ¡Yo, me vuelvo a mi casa!

Horriblemente molesto, el conde se excusó:

—Perdóneme usted, don Feliciano... Estoy nervioso por este escándalo que ya dura demasiado... Le presento mis excusas.

—En estas condiciones... ¡Ujieres, llévense al perturbador! La ceremonia continúa.

Cuando volvió a encontrar la pista de Soubray, Mike Morton penetró en la sala de la boda en el mismo instante en que Ronald

Hunter se introducía y justo cuando Natacha, seguida de los matones que acababan de disparar sobre Jacques en la vía San Vítale, entraban. Todos, y al mismo tiempo, vieron la cartera que Soubray había abandonado en un banco del fondo para correr a la mesa del alcalde. Se precipitaron y llegaron juntos a la meta. Al verse los unos a los otros, se detuvieron en seco y en seguida se llevaron las manos a los bolsillos y al interior de la americana para coger las armas. La situación era extremadamente tensa. El más anodino movimiento podía desencadenar el tiroteo. De repente, empujando a éste, pidiendo perdón a aquél, excusándose con un tercero, Emil Laub apartó este círculo de muerte, tomó tranquilamente la cartera y dijo con una sonrisa:

—Estoy seguro de que el señor Soubray está ya buscándola...

Se inclinó ligeramente para saludar a los presentes, demasiado estupefactos para pensar en reaccionar.

Mientras el alcalde se volvía a poner el cuello en su sitio y arreglaba su vestimenta, los ujieres habían agarrado a Soubray y le empujaban suavemente. Antes de llegar al final del pasillo central, Jacques se volvió de golpe hacia el primer magistrado de Bolonia y gritó:

—*Signor Podestà!*...

La fuerza del hábito que fijaba a los ujieres en su sitio cuando oían el respetado título suspendió su acción.

—¡Usted no puede casar a Tosca con Santo Faliero!

—¿Y por qué, *signor*?

—¡Porque es mi mujer ante Dios!

Una profunda sensación suspendió la respiración de la mayoría de los asistentes. Cuando se habla de Dios en Italia, se está seguro de ser escuchado. El magistrado no faltó a la regla y a pesar del evidente malhumor de Ludovico Matuzzi y de la cólera expansiva de la *signora* Faliero, protestó:

—¡Un aserto muy osado, *signore*! ¿Qué prueba puede usted darnos?

—¡Espera un hijo y yo soy el padre!

A pesar de la solemnidad del lugar, la asamblea entera explotó. Los unos indignados, los otros encantados del escándalo que manchaba a una familia envidiada. Algunos periodistas salieron furtivamente. El alcalde, no sabiendo ya qué actitud adoptar, miró a

Tosca que, aturdida, se preguntaba si había oído bien… si era en efecto el Jacques que ella conocía quien trataba de deshonrarla delante de todo el mundo. Linda Faliero cayó desvanecida sobre su marido que la sostuvo, al tiempo que preguntaba a los que le rodeaban:

—¿Qué tiene? ¿Qué es lo que pasa?

Dino Vacchi estaba doblado en dos por una risa inextinguible. Su hermana se precipitó hacia la hija:

—¡Oh! ¡Tosca! ¿Por qué no me habías dicho nada?

Desde su sitio, Ludovico Matuzzi gritaba:

—¿Vamos a acabar de una vez?

Ultrajado, el alcalde respondió:

—¡Si hay un impedimento legal al matrimonio, lo cambia todo!

Los Faliero juntos ofrecían —con Lidia ya recuperada— una imagen viva de familia escarnecida. Pero Tosca, desprendiéndose de los brazos maternos, se dirigió al alcalde:

—¡Miente, *signor*! ¡Miente para tratar de impedir mi boda! ¡Y quiere impedirla porque me quiere y porque sabe que le quiero!

Santo Faliero chilló:

—¡Tosca!

Desde su sitio, Ludovico Matuzzi preguntó:

—¿Estás loca?

Con pertinencia, Dino Vacchi señaló:

—Pequeña, debes equivocarte en algún lado… o sobre tus sentimientos, o sobre los del que quieres que le aprovechen, ¿eh?

Colgada del brazo de su marido, Lidia Faliero, al borde de la crisis de nervios, gemía:

—¡Una vergüenza! ¡Estamos deshonrados!

Enternecida, Domenica Matuzzi tomaba al alcalde por testigo:

—Las jóvenes de hoy son terriblemente complicadas, ¿no lo encuentra así usted, don Feliciano?

Completamente perdido, el alcalde veía su prestigio irse a la deriva. Reaccionó como el hombre que está a punto de ahogarse y trata de salir del agua donde se hunde.

—Sí, eso encuentro, *signora* condesa, ¡pero no es razón suficiente para que todos los Matuzzi de la creación me tomen por paño de lágrimas! ¡*Signorina* Matuzzi, le ordeno que respete mis funciones y este local! Sí o no, ¿consiente usted en tomar por esposo a Santo

Faliero aquí presente?

Jacques gritó:

—¡Te lo prohíbo, Tosca!

No tendría que haber dicho eso. Como si la hubiera picado una avispa, Tosca se volvió:

—¡No tiene ningún derecho a prohibirme nada!

Y volviéndose de nuevo hacia el alcalde:

—¡Sí, lo acepto! ¡Sí! ¡Sí! ¡Sí!

—Un solo sí es suficiente. Y usted, Santo Faliero. ¿Acepta usted por esposa a Tosca Matuzzi?

—Sí.

—Entonces, ¡os declaro unidos ante la ley! Ahora, *signora, signori* permítanme que...

Pero todos tenían demasiadas ganas de comentar las espeluznantes escenas, a las que acababan de asistir, para soportar que esta extravagante ceremonia se alargase. Las últimas filas salieron y los de las primeras se dieron prisa para no quedar distanciados en llevar las extraordinarias noticias a los curiosos de la ciudad. Ya sin ninguna exaltación, Soubray dijo a los que le sujetaban:

—Ya pueden dejarme ahora, se acabó...

Había tanto desamparo en su voz que los ujieres obedecieron, persuadidos de que no mentía. Por su parte, Tosca, después de haber fijado su destino, lloraba a raudales, mal consolada por su esposo. El conde Matuzzi, sin preocuparse del alcalde, se acercó a su hija.

—¡Nos has ridiculizado, Tosca! ¡Tardaré bastante en perdonártelo! ¡Venga, vamos a San Petronio!

Jacques se quedó solo en la sala abandonada por el público. Emil Laub se le acercó y le tendió la cartera:

—Nos hemos permitido coger la cartera que el señor había olvidado sin duda.

Soubray se encogió de hombros:

—Encuentro mi cartera pero he perdido a Tosca...

—Hemos asistido al drama, señor.

—¿Me lo echa en cara, Emil?

—¡Le echamos en cara sobre todo al señor el no haber sabido mostrarse suficientemente persuasivo!

—Era muy difícil…

—Creíamos que el señor tenía la costumbre de remontar mayores dificultades.

Otra vez, Jacques tuvo la impresión de que el mayordomo se burlaba de él.

—¿Qué quiere decir exactamente con eso, Emil?

—Queremos decir, señor, que convencer a los yugoslavos, a los checos y a los húngaros de comprar las pastas alimenticias capitalistas debe ser un trabajo delicado… el señor querrá perdonarme pero nuestras ocupaciones nos obligan a ir a la mansión Matuzzi…

Cuando Emil se fue, Soubray, antes de salir, miró hacia la mesa del alcalde y vio a un pobre hombre tirado en su sillón mientras uno de sus ayudantes le abanicaba y el otro le golpeaba respetuosamente las manos. Don Feliciano no se recuperaría jamás de su discurso abortado.

Habiendo olvidado totalmente que le vigilaban para quitarle los documentos que se suponía llevaba, Soubray, dedicado enteramente a su pena se dirigió hacia San Petronio para ver por última vez aquella que acababa de traicionarle. Entró en la iglesia y se deslizó entre los fieles. En la inmensa nave, Tosca allá arriba en el coro, no era más que una mancha de luz. Se celebraba una misa espectacular. Una multitud de clérigos asistían al oficiante. Una coral cantaba a Bach. Las mucetas rojas de los dos cardenales sobresalían resplandecientes entre los oros. Una bonita ceremonia de la que Soubray hacía caso omiso de la pompa. No llegaba a convencerse de que había perdido a Tosca… ¡su Tosca a la que jamás había querido tanto! Con el alma alicaída, se preguntaba qué sería de él. No sentía ya ninguna ilusión por este oficio de agente secreto que le costaba su felicidad y por primera vez desde hacía una hora pensó en la cartera. La sostenía aún, maquinalmente, sin ni siquiera darse cuenta de su peso. ¡Ah! ¡Ya podrían quitársela! ¡Le era totalmente igual! Todo lo que pedía era que le matasen antes de robársela. Así, le librarían de una existencia que ya no le servía para nada puesto que, ahora, Tosca ya no formaría parte de ella.

Cuando se acabó la ceremonia, vio salir al clero, luego a los

esposos y las familias llegar a la gran sala que tenían reservada para recibir las felicitaciones de los amigos. Los siguió con la multitud de admiradores de los Matuzzi, con las mejores intenciones del mundo. Quería pedirle perdón a Tosca y desearle toda la felicidad posible. Se puso en la cola y cuando llegó su turno, ya no quedaba demasiada gente. Al ver al joven, Tosca palideció y balbució:

—Jacques...

Santo estaba de espaldas discutiendo con su suegro. El profesor Faliero trataba de extraer, de memoria, una raíz cuadrada que necesitaba para juzgar una idea que había tenido en el recogimiento de la Elevación. En cuanto a su mujer, hablaba con las grandes damas de Bolonia, a las que iba, al fin, poder tratar de igual a igual.

—Tosca... Te pido perdón por lo de antes... pero... soy desgraciado... perderte así... cuando volvía a ti... Ahora no me queda nada...

Trastornada, dándose cuenta de la tontería cometida, estalló en sollozos tan estridentes que todo el mundo la miró. Domenica quiso coger a su hija en sus brazos:

—Pequeña... Cálmate...

Reconociendo a Jacques, Santo saltó.

—¡Otra vez! ¿Pero es que no nos libraremos nunca de él?

El conde Matuzzi, aún no totalmente repuesto de su cólera del ayuntamiento, apretó las mandíbulas y avanzó hacia Soubray con la intención evidente de echarlo fuera. Constantino Garapazzi, el soldado suizo de San Petronio —que paseaba una mirada altiva por la piazza Magiore y permitía a los curiosos, que habían asistido a la salida de los novios, admirar su magnífica vestimenta y sus perfectas piernas— sintió que algo anormal pasaba detrás de él. Volvió hacia los recién casados en el preciso momento en que Jacques cogía a Tosca en sus brazos y la besaba largamente en los labios, bajo los ojos espantados de la *signora* Faliero que estaba a punto de un nuevo desvanecimiento. Incómoda, Domenica trataba de explicar a los invitados:

—Son amigos casi desde la infancia...

Las risas contenidas que salieron por todas partes le demostraron que nadie se lo creía. Ante tal espectáculo, el suizo se quedó sin voz y estuvo a punto de soltar su alabarda. Santo arrancó a Tosca del abrazo de Jacques, pero éste, cogiendo a su feliz rival por la

espalda, le obligó a girarse y le pegó un derechazo poniendo todo el peso de su rencor, de su decepción y de su pena. Golpeado en plena frente, el joven Faliero titubeó, se le pusieron los ojos en blanco y salió a reculones para ir a caer sin conocimiento al otro extremo de la sala.

—¡Madre mía! ¡Ya me lo han matado!

La *signora* Faliero, olvidando su decoro, se tiró sobre el cuerpo de su sobrino mientras Matuzzi se arrojaba sobre el francés, ayudado por los que querían darle coba. Fue una corta y terrible «*melée*» en la que Dino Vacchi se cuidó de no intervenir, contentándose con decirle a su hermana que abrazaba a Tosca:

—Tu hija no ha tardado en darse cuenta de la tontería que ha cometido...

En cuanto a Constantino Garapazzi, asustado, daba vueltas alrededor del grupo suplicando:

—*Signori*! ¡Por piedad! *Signori*! ¡Por decencia!

Si no se hubiera contenido, habría cargado contra ellos con la alabarda, tanta era la indignación que le agitaba. Al fin, Jacques cayó al suelo sin sentido mientras Santo se levantaba y se llevaba a Tosca. Ya en la puerta, en el momento de deslizar su brazo bajo el de su esposo aún no despierto del todo, se volvió hacia el interior para decir:

—¡Jacques!...

Rápidamente, su madre le susurró:

—¡No te olvides, querida, de que tu marido se llama Santo!

El cortejo, después de descender las escaleras de San Petronio, subió a los coches que esperaban. Jacques, en un estado lamentable, recobró la consciencia para ver a una joven vestida modestamente inclinarse sobre él y quitarle la cartera. No tuvo fuerzas para reaccionar y, además, no le importaba. Sentado en el suelo vio a su ladrona llegar a la puerta y luego al hombrecillo pelirrojo, que tenía detrás suyo al subir las escaleras de la Montagnola, precipitarse sobre la joven, traerla otra vez al centro de la nave e intentar arrancarle la cartera. Sin saber demasiado por qué, Jacques se puso a reír. No se sentía con fuerzas para mezclarse en una nueva pelea. El hombrecillo pelirrojo, exasperado por la resistencia de su

adversaria, le pegó un puñetazo en la nariz y la pobre chica soltó la cartera para llevarse las manos a su apéndice nasal. El vencedor se agachaba para recoger la cartera cuando un coloso surgió de no se sabía dónde para decir suavemente:

—*Hello*, Ronnie. ¿Parece que ha sido usted más rápido que yo?

Rabioso, el hombrecillo gritó:

—Apártate de mi camino, Mike, si no...

—¿Si no qué, querido viejo Ronnie?

Sin responder, Ronald se llevó rápidamente la mano al interior de su chaqueta, mas no tuvo tiempo de acabar su gesto porque el gigante le dio un golpe en el estómago que le dobló en dos. Con una sonrisa, el enorme tipo recogió la cartera y acabó a su adversario de un golpe en la nuca que le hizo de entrada caer de rodillas y luego extenderse cuan largo era, de cara al suelo. La joven asaltada por Ronald continuaba secándose la nariz mientras Soubray se levantaba con dificultad, temblándole las piernas. El coloso le dirigió una sonrisa.

—¿Supongo que no quiere que le vuelva a enviar al suelo, my boy?

Constantino Garapazzi, que subía las escaleras se preguntó qué significaba toda esa gente por el suelo, y luego, en seguida, se percató que la cartera del joven que había creado el escándalo se encontraba en manos de un tipo que le daba la espalda. Divirtiéndose, Soubray vio al suizo, y picado por el instinto del juego, dijo en voz alta:

—¡Me está robando mi cartera, *signore*!

—Lo siento mucho, créame... ¿pero no está usted en estado de defenderla, no es verdad? Pero, yo, si que puedo, ¿eh?

Al mismo tiempo que esta voz llegaba a sus oídos, Mike Morton, de los Servicios Secretos americanos, sintió algo duro y puntiagudo hundiéndose en sus riñones. Sin insistir, dejó la cartera y levantó los brazos. Jacques aprovechó para recuperarla y eclipsarse a toda velocidad por el interior de la iglesia mientras el suizo, encantado de sí mismo, le gritaba:

—Tómese todo el tiempo que quiera *signore*: si se mueve, lo atravieso, ¿eh?

Natacha Andreievna, a pesar del desconsuelo que sentía, y Ronald Hunter, del Intelligence Service, volviendo en sí, no

pudieron contener la risa a la vista de la cara del americano reducido por el suizo de San Petronio quien, sin pensarlo, acababa de dejar en nada los esfuerzos de los agentes de tres grandes potencias.

Molido, sangrante, con la ropa arrugada, Soubray se refugió en el bar que su amigo Paolo Chiafino tenía en la vía San Marcelino. Su entrada produjo sensación. Mientras se apoyaba en el mostrador, el gordo Paolo se acercó:

—Se diría que ha pasado usted bajo un autobús, ¿eh?

—Peor aún, Paolo... Necesito algo fuerte... ¡Acércame la botella de coñac!

—¿La botella? ¿No será demasiado?

—¡No!

Jacques cogió la botella que el dueño del café le puso delante y se sirvió un vaso lleno que se tomó de un trago. Paolo le contemplaba con tristeza.

—Piense en su madre, *signore*...

—¡Exactamente, Paolo! ¡Mi madre está muerta y voy a reunirme con ella, ya que estoy muerto desde hace dos horas y necesito beber para no darme cuenta de ello!

Soubray se bebió un segundo vaso. Paolo movió la cabeza con conmiseración. Ultrajado, Jacques replicó:

—Paolo, ¿si hubieses asistido a la boda de la joven a quien amas y que deseas sea la madre de tus hijos, no necesitarías una botella de coñac?

—En ese caso, *signor* Soubray, ¡bajaría a la bodega y no subiría hasta haber olvidado a la infiel!

—La desgracia es que yo no podré olvidar jamás a Tosca... ¡Necesito olvidar que no podré olvidarla!

Entristecido, Paolo volvió a fregar vasos suspirando:

—Nosotros los hombres somos demasiado sentimentales... ¡Y ellas se aprovechan!

No había transcurrido una hora cuando Jacques, completamente borracho, contaba sus desgracias a media docena de parroquianos, a quienes su angustia encantaba o se compadecían según su grado de inhibición. De repente, a través de los vapores del alcohol

paralizando su cerebro, Soubray vio entrar al pequeño pelirrojo que había dejado en tan mal estado en San Petronio. Su espíritu en desorden ya no podía razonar. Cedía a las impresiones inmediatas. Estalló en carcajadas. Le miraron con sorpresa. Reunió a sus vecinos y reclamando silencio musitó:

—Mi... mirad... ese peli... ese pelirrojo... pelirrojo que... que se sienta...

Paolo se inclinó por encima del mostrador.

—¿Y bien?

—Pues bien, viejo... es un eses... ¡un espía!

Se rieron, pero, tozudo, Jacques insistía:

—Os digo que... que es un... eses... un espía... Le conozco. Desde esta mama... mañana... me sigue... entonces... ¿eh?

Arnaldo Fusato, el carnicero gigante, preguntó:

—*Ma qué!* ¿Por qué le iba a seguir, *signore*, eh?

Soubray levantó un dedo sentencioso:

—Para rorro... robarme mimi... mi car... ¡tera!

El dependiente de colmado Ugo Saraceno indicó:

—No parece tan pesada como para guardar un tesoro, ¿eh?

Se rieron, se dieron golpes en la espalda, se golpearon las piernas, y Enrico Tenconi, el oficinista, ofreció una ronda. Pero Jacques no daba su brazo a torcer.

—No es... no es un tesoro... sino uhuh... unos documentos se... ¡secretos!

—¿De verdad? ¿Y por qué los tiene usted?

—Porque yo... también... soy... soy...

—¡Usted está borracho., *signor*!

—¡Eso... dede... de acuerdo! Estoy borracho... e incluso... incluso enorme... mente borracho... pero eso nono... no impide que yo sea también un eses... ¡un espía!

Esta vez, fue Paolo Chiafino quien pagó la ronda. ¡Hacía tiempo que nadie se divertía tanto! Queriendo continuar la broma, Arnaldo Fusato pidió más precisiones:

—Entonces, *signore*, ¿quién podría ser ese pelirrojo, eh?

—¡Es... es el ojo de Lonlon... Londres o de Wawa... Washing... ton! Pero los inin... los ingleses o los ahah... america… canos, ¡no han concon... contado con mi ojo!

Doblados por una risa inextinguible, armaban tal follón que

Ronald Hunter, el pelirrojo del MI5 británico, levantó la cabeza por encima del periódico que simulaba leer sin, de todas formas, perder de vista la cartera objeto de sus desvelos. Arnaldo Fusato y Ugo Saraceno, generosos por su incipiente borrachera, fueron a la mesa del pelirrojo para invitarle a brindar con ellos. Ronald Hunter no entendía nada, y por ello no osó negarse. Con un guiño a sus amigos, Paolo preguntó:

—¿Qué quiere usted tomar, *signore*?

—Un Campari con soda.

Le sirvieron. Chocaron amablemente los vasos y el inglés empezó a beber. Paolo, soberbio, declaró:

—Bebo a su salud, *signore,* ¡y permítame decirle que nunca había visto un espía tan simpático!

Bajo el efecto de la sorpresa, Ronald se ahogó, sacó una parte de su soda por la nariz, estornudó, se sofocó, lloró y todos le golpearon los omóplatos mientras Soubray, ladino, le decía:

—¿Qué coco… colega? ¿Ya le gusgus… gustaría tener mimi… mi cartera, eh?

Habiendo superado la tos, el inglés, muy digno, respondió:

—Si es una broma, *signore*, no la entiendo.

Ugo Saraceno protestó:

—*Ma qué!* Yo creía que los espías lo entendían todo.

Enrico Tenconi ponderó:

—¿Quizás el ojo de Londres es miope?

El inglés intentó protestar:

—Pero si yo no soy…

Arnaldo Fusato le golpeó gentilmente la espalda.

—Déjelo estar signare, ¡ya estamos al corriente!

Y Soubray se colgó de su chaqueta para decirle en las narices:

—Usted… usted me gusta… viejo… pero no puedo dada… darle mi cartera… con el dodo… dossier Fafa… Faliero, ¿eh?

Con la mente en desorden, el pelirrojo veía desmoronarse todas las reglas de prudencia, de discreción que tan pacientemente le habían enseñado. Se desvelaba su identidad y estos boloñeses, lejos de molestarse, ¡parecían encontrar el asunto muy divertido! Hunter no había pensado nunca —y sus jefes tampoco— que podría, un día, encontrarse en una situación parecida. Al llegar a Italia, había calculado todo lo que le podía pasar, desde la expulsión pura y

simple hasta la prisión de por vida pasando —¿quién sabe?— por la tortura, ¡pero jamás ninguno de sus instructores le había dado a entender que se las vería con una banda de repugnantes borrachos denunciando las actividades secretas de Ronald Hunter, sujeto de Su Graciosa Majestad y nativo de Cockermouth, en Cumberland!

El gigantesco carnicero posó un brazo fraternal en la espalda del inglés.

—¡Gelsomina, mi mujer, no querrá creer que he encontrado un espía! ¡Le gustaría tanto a mi hijo mayor, Giuseppe! ¡No se pierde ni una película de espionaje!

Dividido entre la angustia y la humillación, Hunter estaba a punto de desfallecer. Ugo Saraceno le cogió por el talle y gritó:

—*Ma qué!* ¿No veis que se encuentra mal? ¿No tendréis piedad de un pobre espía?

Su voz de tenor llegaba hasta la calle y Hunter juzgó que tendría mucha suerte si los servicios del contraespionaje italiano no venían esa noche mismo a cogerle en su cama. Resolvió inmediatamente que debía cambiar de hotel y enviar a alguien a buscar sus maletas. Cerrando los ojos, vio su casa de Cockermouth donde Daisy le esperaba con los niños, Daisy que sería una viuda tan bonita... Las lágrimas le obligaron a abrir los párpados y se percató de que ya no era el centro de interés. Sus torturadores, ocupados escuchando una historia que Paolo les contaba a media voz, le daban la espalda.

En cuanto a Soubray, dormitaba a medias, y la cartera abandonada estaba al lado de la mano del inglés que no osaba creer en su suerte. Dirigió una oración tan ferviente como muda a San Jorge, que era, desde siempre, especialista en cuidar dé los ciudadanos de Gran Bretaña y, suavemente, inclinó el busto hacia delante, tendió la mano a la cartera y... recibió tal bofetada en el trasero que, perdiendo el equilibrio, cayó sobre Soubray quien, saliendo de su sopor, le rodeó con sus brazos murmurando:

—¿Tú ya sabes, sin embargo, que... que yo no... no quiero a nadie más que a ti?

Rojo de vergüenza, Hunter se arrancó del abrazo de Jacques mientras detrás suyo, los bromistas rugían de contento. El inglés comprendió que había caído en una trampa y, no teniendo más cartas en la mano, esperó, resignado, que llamaran a la policía. Pero el gran carnicero le llevó gentilmente hacia la barra y, poniendo su

enorme dedo bajo su nariz, le riñó afectuosamente:

—¿A quién han pillado en flagrante delito, eh? ¿Tanto le interesa, pues, saber lo que hay en esa cartera?

Ronald ya no sabía dónde estaba. Se sentía como un tapón movido por una ola, sin necesidad ninguna de manifestar su voluntad. Fraternal, Arnaldo Fusato le confiaba:

—¡No queremos que se vaya enfadado, *signor*! Y sólo para que se quede contento le vamos a enseñar lo que hay en la cartera de nuestro amigo...

Por reflejo del profesional que no desea que los aficionados se inmiscuyan en el terreno que tienen reservado, el inglés estuvo a punto de protestar, pero renunció. ¿Para qué? Y, con los ojos dilatados, la boca seca, contempló al carnicero apoderarse de la cartera y hurgar en los papeles que una media docena de Servicios Secretos se disputaban a precio de oro y de ya bastante sangre.

—Bonos de pedido de lasaña, de tagliatelas, de spaghettis... ¿Qué, lo encuentra apasionante, *signore*? ¡Venga! Confiese que su amigo y usted, han querido engañarnos, ¿eh? ¡De todas formas, son muy buenos actores! ¡Sólo que aún no ha nacido el que les tomará el pelo a los boloñeses! ¿Tomamos un último vaso?... Yo pago... Les debemos eso: ¡Nos han divertido mucho!

Ronald tuvo que tomarse un Campari antes de obtener permiso para retirarse. Y Ugo Saraceno creyó que era su deber acompañarle hasta la puerta, que abrió gritando con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Hagan sitio al espía preferido de Su Muy Graciosa Majestad Elisabeth II!

Mudo de horror, dando traspiés, Hunter pensó en aquellas personas que en la Edad Media, exponían, en picota, a los insultos del pueblo. Un agente se acercó. El esposo de Daisy se persuadió de que vivía sus últimos segundos de libertad; sin embargo, el representante del orden, por encima de la cabeza del inglés, apostrofó a Saraceno:

—¡A ver si te calmas, Ugo! Si no ya te enseñaré yo a estarte tranquilo, ¿eh?

Luego, saludando a Ronald:

—Perdónele, *signore*, ¡es más tonto que malvado!

No consiguiendo convencerse de la realidad de su suerte, el

hombre del MI5 no pensó en dar las gracias a su salvador y se alejó tan rápido como le fue posible, sin llamar la atención.

Soubray salió de su sopor hacia las cinco y se encontró extendido en la cama de su apartamento en la vía Vascelli. No adivinaba cómo había llegado y tampoco comprendía la presencia del dueño del café Paolo Chiafino en su cabecera. Este último acercó su enorme cabeza.

—¿Qué? ¿Ya va mejor?

—¿Qué me ha pasado, Paolo? ¿Qué hago en mi cama?

—¡Calmar una borrachera de todos los diablos! Cuando le he traído en el taxi, estaba como un cadáver…

Soñador, Paolo afirmó:

—No es por darle coba, *signore*, ¡pero es una de las borracheras más bonitas de mi carrera y la Madona sabe cuántas he visto! ¡Una especie de campeón en el género, palabra! Y, conociendo su dirección, he creído mi deber traerle y velar su sueño… Ya hace tres horas de todo esto…

—¡Tres horas!

Y, a Jacques estupefacto, Paolo le contó la escena que se había desarrollado en el café con la complicidad del pelirrojo que tan bien había hecho su parte. De color verde, Soubray, oyó que su amigo le confiaba:

—¡Lo que nos ha hecho reír cuando ha querido persuadirnos de que era un espía y que transportaba documentos ultrasecretos en su cartera que el pequeño pelirrojo esperaba quitarle! ¡No hay nadie más divertido que usted cuando ha bebido, *signore*!

Con voz ahogada, Soubray preguntó:

—Ese… ese pelirrojo… ¿Ha cogido la cartera?

—¡Qué va! Entre nosotros, no sé si ese pelirrojo es un buen amigo suyo, ¡pero, no ha parecido comprender demasiado la broma!… De todas formas, no le habríamos dejado. No queríamos que usted perdiese sus órdenes de pedido…

—¿Mis órdenes de…?

—Arnaldo ha mirado lo que había en su cartera, ¡para divertirse, vamos! Pero lo ha dejado todo en su sitio, ¡yo le vigilaba!

—¿Dónde está mi cartera?

—Debajo de su mesilla de noche.

Jacques se aseguró y respiró aliviado. Antes de dejarle, Paolo le preparó café muy fuerte, del que le hizo beber gran cantidad, le ayudó a llegar al cuarto de baño donde se duchó con agua fría y cuando, al fin, el buen samaritano consintió en abandonar el lugar, Soubray, envuelto en su bata, se recuperaba fumando un cigarrillo.

Un poco embrutecido todavía, puso la radio en marcha; relataron la crónica de la ciudad. El reportero hablaba con entusiasmo de la boda que, en San Petronio, había unido a Tosca Matuzzi, hija del conde Matuzzi, uno de los bienhechores de Bolonia, con Santo Faliero, sobrino del ilustrísimo sabio que el mundo entero envidiaba a Italia, y sabio él mismo. No se permitió ninguna alusión al doble escándalo del ayuntamiento y de la iglesia, aunque recordó que antes de salir de viaje de novios, los jóvenes esposos recibirían a sus amigos en la mansión Matuzzi, desde las ocho.

Otra vez con la tristeza que la borrachera había adormecido un momento, Jacques volvió a pensar en Tosca. Convencido de que ella le amaba —¿no se lo había gritado al alcalde?— no admitía que pudiese construir su vida con otro. De nuevo, el dossier Faliero se alejaba de sus preocupaciones presentes. ¡Poco le importaba descubrir a tal o cual agente enemigo sólo para quedar bien con Giorgio Luppo, cuando le estaban quitando a su Tosca! Sus ardores belicosos de la mañana reaparecían, y se juró que los Faliero y los Matuzzi aún no habían acabado con él. Para empezar, decidió ir a la recepción del conde Ludovico, a pesar de no estar invitado. Contaba con la complicidad de Emil para introducirse en la fortaleza de la vía San Vitale.

A las ocho y cuarto, Soubray, vestido de esmoquin —pero con su querida cartera en la mano— se mezcló con un grupo de última hora para entrar en la mansión Matuzzi. Emil —que anunciaba a los que llegaban en la puerta del gran salón— le hizo signos a Jacques de aguardar en el salón pequeño donde no tardó en unirse a él.

—Creemos que no sorprenderemos al señor diciéndole que hemos recibido órdenes formales para prohibirle la entrada en esta casa en caso de tener la audacia —estamos repitiendo los términos de que se ha servido el señor Conde— de presentarse. Si el señor es tan amable de salir sin provocar escándalos...

—¿Me echa usted, Emil?

—...A fin de volver a entrar en cuanto le demos la espalda... y esto el señor lo comprenderá, con el único fin de no traicionar la confianza del señor Conde... Añadiremos que la habitación de la señorita Tosca —¡perdón!, de la señora Faliero— sirve de vestidor para las damas y que sería un lugar ideal para un encuentro con la señorita Tosca —¡perdón!, señora Faliero— si, como suponemos, el señor ha venido con la esperanza de un último encuentro.

—¡Emil, es usted un tipo sorprendente!

—Tenemos la debilidad de creerle, señor.

—Pero Tosca no querrá venir... ¡No osará!

—Podríamos susurrarle a la señorita Tosca —que no nos resignaremos jamás a llamar señora Faliero— que hemos visto al señor y que el señor nos habría confiado su firme voluntad de poner fin a sus días y dejar su cadáver en la canastilla de boda. Es quizás un poco grosero, pero si las boloñesas son románticas al venir al mundo, ¿por qué no aprovecharse?

Lo que se ha convenido en llamar una brillante asamblea se apretaba en el salón de la gran casa. Ludovico Matuzzi se mostraba de una amabilidad diplomática, luciendo esa sonrisa desengañada de los que no oyen a su alrededor más que fórmulas repetidas. Su mujer, siempre bella y majestuosa, no podía desprenderse de esa melancolía que le iba tan bien; el *signor* Faliero parecía aburrirse profundamente en el rincón al que él mismo se había relegado, mientras que Lidia Faliero resplandecía, disfrutando de una de las más grandes alegrías de su existencia. Santo, más habituado a manejar los tubos de ensayo que el compás, parecía un poco rígido entre esas ropas elegantes y esas charlas que no le eran en absoluto familiares. Sin embargo, resultaba simpático a la mayoría de los invitados. Se envidiaba su suerte, mas tampoco demasiado.

En cuanto a Tosca, a pesar de todos sus esfuerzos, no conseguía parecer alegre. No conseguía olvidar los gritos de Jacques y ya no se preguntaba si había cometido una tontería: ¡estaba persuadida! Suerte que su tío, el eternamente joven Dino Vacchi, se encontraba allí poniendo un poco de animación. De vez en cuando, su hermana le miraba sonriendo. Le estaba agradecida, a pesar de todos sus

defectos, de mantener la tradición de un mundo desaparecido.

Tosca bebía una copa de champán en compañía de sus mejores amigas que la felicitaban, cuando al levantar la cabeza, su mirada se cruzó con la del mayordomo y comprendió que deseaba llamar su atención. Intrigada, se excusó de sus huéspedes y se dirigió hacia Emil que salió al hall donde ella le alcanzó.

—¿Algo no funciona, Emil?

Laub, representando a la perfección al hombre bajo el efecto de una fuerte emoción, balbució:

—¡Ah!, *signora*... Tenemos miedo...

—¿Miedo? ¿Usted?... ¡No es posible Emil! ¿Y de qué tiene usted miedo?

—Del *signor* Soubray, *signora*...

Tosca se puso roja:

—¿No estará aquí?

—Ha aprovechado que acompañábamos a unos invitados al salón, para deslizarse al hall... No hemos osado echarle por miedo a provocar un nuevo escándalo...

—Ha actuado bien, ¡pero no quiero verle! ¿Dónde está?

—En su habitación, *signora*.

—¿En mi habitación? ¡Qué audacia! ¿Y por qué razón?

—Nos ha gritado su intención de poner fin a sus días.

—¿Qué?

Rápidamente Tosca corrió hacia la escalera y la subía tan deprisa como se lo permitía su vestido de cola que había recogido. Emil la seguía. Llegaron juntos delante de la puerta que el mayordomo abrió y la joven estuvo a punto de gritar al ver el cuerpo de Soubray balanceándose del enorme clavo que aguantaba las gruesas cortinas de terciopelo. En seguida Emil se precipitó diciendo:

—¡Ah! ¡Santa Madona! ¡El desgraciado! ¡Se ha colgado!

No creyó necesario añadir que había sido él quien, tan cuidadosamente, había colgado a Jacques y que este último podía quedarse indefinidamente agarrado a su cadalso de ocasión sin arriesgarse demasiado. Por eso era indispensable que fuese él, también, quien le descolgase.

Jacques, los ojos cerrados, extendido en la cama, hacía su papel a la perfección. Con voz sepulcral, Emil anunció que volvía al salón

para ver si podía prevenir discretamente al médico.

—Creemos acordarnos, *signora*, que el doctor Camusso se encuentra entre los invitados.

Al cerrarse la puerta, Tosca se inclinó sobre el pseudo suicidado.

—¡Jacques!... ¡Mi Jacques!... ¿Por qué lo has hecho?

Este último no respondió, a pesar de las ganas que tenía de estrecharla en sus brazos. Llorando, Tosca proseguía sus lamentaciones:

—Si me querías hasta ese punto, ¿por qué no me llamaste hace tres meses, y por qué razones no me diste noticias tuyas? Creía que no querías saber nada de mí, que te habías escapado... Y, ¡miseria de mi vida! Cuando Santo pidió mi mano, dije que sí, porque eso quería mi padre... Para mí, él u otro, me era igual... ¡puesto que no eras tú!

Y le susurró al oído:

—¡Pero yo no querré a nadie más que a ti, Jacques... que a ti!

No pudiendo aguantar más, Soubray se levantó bruscamente y abrazó a la joven que tuvo un gesto de espanto. Los acontecimientos iban, evidentemente, a precipitarse en una pendiente fatal para el honor de Santo Faliero si Domenica Matuzzi no hubiese entrado en ese preciso momento. Contemplando la escena que se ofrecía a su vista, dijo con voz tranquila:

—¿No piensas que es de todas formas un poco pronto, Tosca?

Rápidamente desembriagada, ésta se arrancó de los brazos de su amante y se refugió cerca de su madre, quien se dirigió a Soubray:

—¡No le falta una cierta audacia, Jacques! No le digo que me moleste: ¡pero si mi marido se enterase, sería terrible!

Tosca, dándose cuenta que había sido engañada por el falso suicidio de Jacques, se arrebataba:

—¡Me ha vuelto a mentir, mamá! ¡Me ha hecho creer que se había colgado por amor! ¡Es un monstruo!

—¡Tampoco exageres por el otro lado, niña! Te quiere y ya está. De todas formas tendría que haberse declarado más pronto, mi pequeño Jacques.

—¡No podía suponer que Tosca me traicionaría para casarse con esa especie de pera sin madurar de Santo!

—¡Es usted quien me ha traicionado! ¡Pera o no, Santo es mi marido y me dará la existencia regular que deseo!

—¡Eso lo veremos! ¡No ha terminado conmigo, Tosca Matuzzi!

—¡*Signora* Faliero, por favor!

—¡Para mí, usted será siempre Tosca Matuzzi!

La joven salió dando un portazo. Domenica encendió un cigarrillo mientras Jacques arreglaba su esmoquin un poco arrugado.

—Vaya lío, pequeño... Supongo que no le sorprenderé confiándole que le hubiera preferido como yerno a Santo y sus ecuaciones... Sin contar que su madre me horripila... Pero ya está todo acabado...

—Siempre se puede deshacer lo que se ha hecho...

—¡Si se imagina que Tosca se divorciará, se equivoca!

—¡Entonces mataré a Santo!

—Evidentemente es una solución, pero no se lo aconsejo. Venga al salón después de haber dejado, por lo menos, la cartera en el guardarropa. Entrará de mi brazo y Ludovico no osará decir nada.

Al ver Soubray, el conde Matuzzi enrojeció de cólera y la asistencia esperó con curiosidad su reacción. Domenica se acercó a su marido.

—Ludovico... en este día tan hermoso, creo que no hay sitio para el rencor. Jacques ha venido a presentarnos sus excusas por los incidentes de esta mañana... Espero que le perdonarás.

A regañadientes, el conde tendió la mano al joven. Un suspiro de decepción corrió entre los invitados. Tosca pretendió no encontrarse jamás cerca de Jacques. Al contrario. Santo trató de reconciliarse

—Soubray pongo su locura de esta mañana a cuenta de su extravío ¿quiere usted que no hablemos más? Le ofrezco mi amistad.

—La acepto, pero con una condición: ¡pruébemela usted en seguida!

—¡De acuerdo! ¿Qué debo hacer?

—¡Suicidarse!

—¿Qué?

—Desaparecer de una manera u otra, pero definitivamente, a fin de que Tosca y yo podamos reparar el lío que su estúpida iniciativa ha creado. ¡Ella no le amará nunca, viejo, que tiene que persuadirse

de ello! Tosca —la conozco bien— es mujer de un solo amor y ese amor, aunque le pese, Santo Faliero, ¡soy yo!

—¿De verdad?

—¡De verdad!

Se amenazaban con la mirada, cuando Domenica, pasando cerca de ellos cogió a cada uno de un brazo para susurrarles:

—Soy feliz al ver que os entendéis bien y estoy convencida de que Tosca estará contenta...

Sin responder, Santo se arrancó bruscamente al abrazo amigable de su suegra para buscar a su mujer a quien llevó a un rincón. Sorprendida, Domenica inquirió:

—¿Qué tiene?

—¡Un carácter imposible!

—Jacques, ¡sea franco! ¿Qué le ha dicho?

—¿Yo?... Nada... en fin, casi nada. Simplemente le he pedido que se suicide a fin de que pueda casarme con su viuda lo más pronto posible... Pero no era más que un consejo... una oración... No le obligaba. No tengo los medios, ¡por desgracia!

—Jacques, ¿cuándo será usted formal?

—Soy lo bastante para ser desgraciado.

En ese momento, Santo llegó hasta ellos en compañía de Tosca. Imaginándose ya el escándalo. Domenica les llevó al salón pequeño y, dirigiéndose a su yerno:

—¿Qué le pasa, Santo?

—Me pasa que quiero poner las cosas en su sitio. Aquí tenemos un individuo que, desde esta mañana, nos persigue, a Tosca y a mí, ¡con el pretexto de que quiere a mi mujer y de que ella le quiere! ¡Quiero que Tosca le responda ella misma! ¿Quizás entonces lo comprenda y nos deje en paz?

Domenica insinuó:

—Lo que usted intenta hacer es peligroso, Santo... y muy desagradable para todo el mundo.

—¡Tanto peor! ¡Debemos acabar! Venga, Tosca...

La joven, con la cabeza ligeramente inclinada hacia el suelo, dijo con voz que, por momentos, se quebraba:

—Jacques, sea razonable... Santo es mi esposo ahora, y nada puede separarnos... Le he esperado bastante tiempo... ¡pero prefería galopar por montes y valles! ¡Pues bien! ¡Continúe corriendo,

Jacques, y déjenos, a Santo y a mí, llevar nuestra pequeña vida tranquila!

Pivotando sobre sus talones, salió corriendo. Hubo un instante de embarazo. Santo quiso fanfarronear:

—¿Está prevenido, Soubray? En su lugar, yo me iría...

A su vez, abandonó el salón pequeño. Jacques se quedó con Domenica.

—¿Está usted apenado, Jacques?

—¿Lo dudaba?

—Tosca es una tonta... Le había repetido que no se apresurase a casarse con Santo, pero estaba tan desengañada por su silencio... ¿Qué va a hacer ahora?

—¡Morir!

Domenica sonrió. ¡Este francés se había convertido verdaderamente en un italiano!

3

No faltaba mucho para la media noche. Alrededor de los jóvenes esposos y de sus padres se encontraban todavía una veintena de personas además de Soubray, que a pesar de todos los consejos se había negado a abandonar el lugar. Sentado en un sillón cerca de la puerta, permanecía solo, contentándose en seguir a Tosca con los ojos y ésta, sintiendo esa mirada perpetuamente posada en ella, tenía los nervios de punta. Dos criados, llevando bandejas donde burbujeaba el champán en sus copas, se pusieron a circular a través de los últimos grupos para un último brindis por los nuevos esposos. Cuando se fueron los criados, se vio a Jacques deslizarse de uno a otro para susurrarles en la oreja de cada persona abordada:

—Perdone... ¿No siente usted nada?

Cada vez, el interpelado, sorprendido, reclamaba explicaciones complementarias:

—No entiendo el sentido de su pregunta, *signore*.

—¿No le quema el estómago? ¿Ganas de vomitar? ¿Vértigo?

—¿Está usted loco?

Y, con un suspiro, el rostro aparentemente deshecho, Soubray confesaba:

—Debería estarlo en este momento...

Se encogían de hombros creyendo que se trataba de una broma de mal gusto, pero, de todas formas, se quedaban intrigados y una cierta ansiedad comenzó a pellizcar el corazón de los amigos de la familia Matuzzi. Puesto al corriente de las preguntas de Soubray, el conde Ludovico olió la trampa, y deteniendo a Jacques en mitad del salón, le pidió en alta e inteligible voz que dijese a qué venía esta farsa ridícula. Temiendo lo peor, sin tener la menor idea de lo que pasaba, Tosca se acercó del brazo de su marido, seguida de

Domenica, mientras Dino Vacchi, que dormitaba, se despertó, convencido que la velada, aburrida hasta el presente, iba a terminarse en fuegos artificiales gracias al espíritu inventivo del francés. Congestionado, el conde trataba de expresarse pausadamente:

—¡Soubray!... Usted se ha introducido en mi casa sin mi permiso y ahora, se permite... ¿Qué pretende con las groseras preguntas que les hace a mis invitados?

—Tranquilizarme.

—¿Lo que significa?

—Que siento remordimientos...

—¿A propósito de qué?

Se rodeaba al dueño de la casa y a su adversario. Este último se dirigió a todos.

—*Signore*, *signori*, deben saber que quiero a Tosca Matuzzi y que ella me quiere... ¡Se ha casado con Santo Faliero por error!

Las mujeres se indignaron de esta falta de tacto. Los hombres —aunque sorprendidos— sonrieron. Esta tozudez del francés tenía un sentimiento que les llegaba hasta el fondo. Sólo Lidia Faliero quiso protestar, mas el conde la detuvo con un gesto:

—Se lo ruego, querida amiga, ¡déjele terminar su número antes de que le eche fuera!

Con el mismo aire desgraciado, Soubray proseguía, gimiendo:

—Verán... lo que está hecho, hecho está.

Para vengarme, había decidido morir para que Tosca tuviese que pasar por encima de mi cadáver antes de salir de viaje de bodas...

Mientras su hija estallaba en sollozos, el conde Matuzzi aseguraba que Soubray había tenido una excelente idea y que sentía mucho que no la hubiese llevado a efecto. Jacques se defendió quejumbroso:

—Pero si precisamente he empezado... ¡a ejecutarla!

Se pusieron más atentos.

—Hace un momento, he tirado el contenido de un frasco de veneno en la copa que estaba resuelto a beber, pero me ausenté unos segundos y cuando volví, me di cuenta de que la bandeja había desaparecido. Entonces, ¿cómo podía reconocer mi vaso entre los que les ofrecían a sus invitados?

Bruscamente un pesado silencio sucedió a las risas. El conde,

con la boca seca, expresó la inquietud general.

—¿Quiere dar a entender que alguien, aquí, ha bebido la copa envenenada que se había reservado?

—Exactamente. Lo siento mucho... Aunque, si es Santo Faliero...

Jacques no pudo acabar, Ludo vico tirándose sobre él, le agarró la garganta, y Domenica tuvo que llamar a los criados para separar a los dos hombres. Pero ya dos damas se desvanecían, y persuadidas de haber absorbido el veneno, desviaban la atención. Afirmaban sentir intolerables quemaduras. Un cuadragenario de una palidez cadavérica que se había dejado caer en un sillón, suplicaba que se fuese a buscar un doctor ya que se creía en su última hora.

No se le escuchó demasiado; el temor a la muerte vaciaba el espíritu de todos de cualquier deseo de dignidad, de respetabilidad. Se peleaba cerca de los teléfonos para llamar a su médico particular. Ahora ya eran siete jurando que sentían los síntomas característicos del envenenamiento. Enloquecida, Domenica Matuzzi corría de uno a otro, reconfortando a éste, calmando al otro. El conde luchaba con el deseo de muerte que le sublevaba. Lidia Faliero gritaba que era necesario llamar a la policía. Su marido, despertado de golpe, trataba de saber si el barco naufragaba.

—*Ma qué!* ¡No se trata de un barco, Pietro, vamos! ¡Estamos en casa de los Matuzzi!

—¿Se ha incendiado?

—No... ¡Han envenenado a alguien!

—¿A quién?

—¡No se sabe!

—¡Ah!...

Y el profesor Faliero, estimando que el comportamiento de los hombres le resultaría siempre incomprensible, se volvió a dormir. Santo se superaba ayudando a sus suegros a tratar de restablecer un poco de calma, y Tosca observaba, pasmada, esta especie de pandemónium desarrollándose en el salón. Jacques, en quien ya no se interesaba nadie, consiguió acercarse a ella:

—¿Entonces, querida? ¿No encuentra que empieza bien su pequeña existencia tranquila?

—¡Jacques!... ¿Cómo se ha atrevido usted a hacer una cosa parecida? ¡Asesinar a un desgraciado con el solo fin de vengarse de

mí! ¡Es usted un monstruo!

Dino Vacchi, pasando por allí, la oyó y se puso a reír. Ella volvió su cólera contra él:

—A a usted, tío, ¿esto le divierte?

—Mi pequeña, ¿no me digas que has creído un instante lo que contaba tu enamorado?

Ella miró a Soubray y comprendió que le habían tomado el pelo como a los demás. El alarido que dio impuso silencio a todos los lamentos, a todos los gemidos, e incluso los que se creían a punto de morir se levantaron. Jacques consideró que había llegado el momento de eclipsarse. En el hall, Emil le esperaba:

—Hemos asistido a la escena, señor. ¡De gran clase! Nuestros invitados no olvidarán fácilmente esta velada… Sin embargo, aconsejaríamos al señor que se pusiese al abrigo de la búsqueda durante algunos minutos, ya que juzgando lo que oímos, el señor podría pasar unos instantes difíciles en el caso de que el señor Conde y sus amigos le pongan la mano encima…

Antes de dirigirse al reducto donde el mayordomo le invitaba a esconderse, Jacques fue a recuperar su cartera al guardarropa y, un poco avergonzado, se confesó que había olvidado completamente la misión confiada por Giorgio Luppo. Se consoló pensando que los otros debían buscarle por los alrededores del Palazzo del Genio Civile y que se arriesgaban a esperarle bastante. Telefonearía al alba a su jefe para anunciarle que se dirigiría a él por la mañana. Era evidente que sería abatido antes de llegar, lo que por lo demás, le era totalmente igual porque la vida sin Tosca…

Apenas se cerró la puerta de su retiro, se abrió la del salón empujada por Ludovico Matuzzi y sus huéspedes, que informados por Tosca, se lanzaban en persecución de Soubray. Emil, interrogado, respondió que el pesado bromista se había largado sin más. Los invitados, avergonzados del triste espectáculo que se habían dado unos a otros, fueron a su vez despidiéndose fríamente de los Matuzzi, algunos incluso sin saludar al dueño de la casa.

Durante algún tiempo, resonaron por la mansión las imprecaciones y amenazas que el conde dirigía a Jacques, jurando que se tomaría una venganza clamorosa. Luego, la calma se hizo poco a poco. Tosca, una vez cambiada, se despidió de sus padres y suegros para irse del brazo de Santo. Jacques, fuera de la mansión,

se escondía en un rincón para ver la partida de su amada. Estuvo a punto de intervenir cuando vio a la joven pareja subir a su propio coche y arrancar. Cuando la familia volvió al interior, Jacques se precipitó sobre Emil, que se había quedado en la acera:

—¿Les ha dejado coger mi coche, Emil?

—El señor nos perdonará, pero está equivocado. Su coche está un poco más lejos. El señor y la señora Faliero han subido en el que el señor Conde les ha ofrecido como regalo de bodas. Se parece mucho al del señor.

En ese momento, un hombre subido en una motocicleta pasó delante de ellos.

—Ya hace más de una hora que ese motorista da vueltas alrededor de la mansión, señor... ¿A quién espiaba y por qué parece lanzarse en persecución de los recién casados? A menos...

—¿A menos?

—¿A menos que también él se haya equivocado tomando el coche de los Faliero por el del señor?

—¿Y por qué cree usted que me seguiría?

—¿Quizás un cliente del señor que no ha quedado satisfecho con las pastas que el señor le ha servido?

—Emil... ¿Se está burlando de mí?

—¡Oh!, señor... No nos lo permitiríamos... ¿El señor quizá se alegrará de saber que el señor y la señora Faliero van a pasar su noche de bodas en la villa que el señor Vacchi ha puesto a su disposición en Cá Capuzzi?

—¿Y cree que me importa?

—Pensamos, señor, que sería una lástima que le pasase algo grave a la señorita Tosca... por equivocación.

Al principio no dijeron nada. Santo se esforzaba en conducir bien y Tosca, pensando aún en las peripecias de la velada, no tenía ganas de hablar. Cuando dejaron el centro de Bolonia, Faliero se relajó y encendió un cigarrillo. Ofreció uno a su mujer que lo rechazó, y luego gruñó:

—Si ese golfo de Soubray se había jurado estropearnos la boda, ¡puede jactarse de haberlo conseguido!

—Jacques no es un golfo... Un exaltado, como mucho...

—¡Me sorprendes, Tosca!

—Debes comprenderle, Santo, ¡es desgraciado!

—*Ma qué!* ¡Eso no es una excusa! Si se molestase a todas las chicas que se casan con el pretexto de que se las amase y que ellas nos aman…

—¡Qué torpe eres, Santo!

Se corrigió estrechando con su mano derecha el brazo de Tosca:

—Perdóname, querida… Todas estas historias me hacen perder mi sangre fría…

—¿Has visto al motorista que nos sigue?

—¿Qué dices?

—Desde que hemos dejado la vía San Vítale, un hombre sobre una moto se mantiene a una centena de metros detrás nuestro. ¿No te parece raro?

—Sabes, Tosca, la carretera es de todo el mundo… y todos tienen derecho a volver a su casa a la hora que quieran…

Tosca no respondió y Santo, a pesar de lo seguro de sus explicaciones, empezó a vigilar la carretera por el retrovisor. A lo largo de la vía Saragozza, luego de la vía Poretanna, rectilíneas, desiertas, apretó el acelerador y creyó despistar al que les seguía. No obstante, en la salida de Casalecchio, la moto estaba de nuevo cien metros detrás. Santo echó una ojeada a su esposa y le pareció que sonreía. Entonces, comprendió y preguntó secamente:

—¿Soubray tiene una motocicleta?

—Es posible…

—¡Estoy seguro de que es él quien nos sigue!

Ella ahogó una carcajada antes de responder:

—Podría ser… Es lo bastante loco para eso…

De golpe su marido se enfureció:

—¿Y eso te divierte? ¡Pues bien! ¡Te juro que este Soubray no me molestará por demasiado tiempo!

Las casas de Torricella estaban todas cerradas cuando el coche de los Faliero atravesó el pueblecito con el motor rugiendo, ya que la carretera ascendía. Llegaron a Moglio y cogieron el camino que llevaba a Cá Capuzzi. Detrás de ellos, el motorista tomó la misma dirección. Furioso, Santo subrayó:

—¿Te convences ahora?

—¡Pero si eras tú quien no querías creer que nos seguían!

De repente, un golpe seco atravesó la noche. Faliero juró:

—¡Sólo faltaría que se estropease el coche!

—¿Y qué otra cosa podría ser?

Sonó otro golpe seco, luego otro y el cristal de detrás del coche se rompió. Esta vez la duda ya no era posible. Todavía incrédulo, Santo exclamó:

—*Ma qué!* ¡Nos está disparando! ¡Este imbécil nos va a matar!

Tosca, estupefacta, no encontraba nada que replicar. Su marido frenó brutalmente. El coche se detuvo y Santo saltó a tierra después de coger una llave inglesa.

—¡Si quiere explicaciones, las tendrá! ¡Agáchate, Tosca!

El motorista llegaba. Santo abrió los brazos en cruz, mas el otro, sin pararse, le disparó. Falló porque en ese momento el ángel guardián de Santo Faliero puso una piedra justo delante de la rueda de la moto de Mike Morton, obligándole a apartarse, lo que salvó la vida de el marido de Tosca. Morton desapareció en la noche y Santo, agarrado a su coche, trataba de no desvanecerse. ¡Nunca había visto la muerte tan cerca! Su mujer trataba de consolarle, pero, sin oír lo que le decía, no dejaba de repetir:

—Un asesino… es un asesino… un asesino… es un asesino…

Tosca le mojaba las sienes con agua de colonia.

—¿Sabes que no era Jacques?

—¿Estás segura?

—¡Este era mucho más grande y más gordo!

Santo se estiraba los cabellos:

—*Dio mió!* ¡Si incluso la gente que no conozco trata de matarme, pronto serás viuda, Tosca!

—¡No te pongas nervioso, Santo!

—Ya lo intento… ¡pero me quieren asesinar! Hay para ponerse nervioso, ¿no?

Subieron al coche y acabaron el resto del trayecto sin intercambiar una palabra. Tosca pensó que su pequeña existencia tranquila tan deseada empezaba mal.

La villa de Dino Vacchi era el sitio ideal para pasar una luna de miel. La proximidad de los árboles de los que los oídos italianos perciben siempre sutiles armonías, y una soledad que aseguraba el

silencio hacían un nido perfecto para ocultar una felicidad que no necesitaba testigos. Encima de un garaje y de un taller —donde Vacchi trabajaba—, el primer piso, rodeado por un balcón de madera, sobresalía a un jardín algo descuidado. El sonido suave de un chorro de agua cayendo en una fuente de bronce ponía una nota clara en la calma de la noche. El lugar pareció devolver el control de los nervios a Santo.

—Tosca... olvidemos todas nuestras dificultades de estas últimas horas y no pensemos más que en ser felices.

No le pareció al joven que la respuesta de su mujer tuviese todo el calor deseado. No insistió y se ocupó de entrar el coche en el garaje mientras Tosca subía al piso. Parándose en el balcón para contemplar el paisaje nocturno, se confesaba, con lágrimas en los ojos, que todo le habría parecido más bello si Jacques hubiese estado a su lado. Santo llegó en seguida e insistió absolutamente en tomarla en sus brazos para cruzar el umbral de la pieza en que entraban, una especie de *living-room* en el que se abrían a la izquierda la cocina, a la derecha el cuarto de baño y al fondo dos habitaciones. Encendieron la luz y el joven exclamó:

—¡Sí que vive bien, el tío Dino!

Tosca tuvo un pensamiento emocionado para la oveja negra de la familia que no se parecía a nadie y que llevaba, gracias a la liberalidad de su hermana, una existencia conforme a sus gustos. La decoración acogedora incitaba a la pereza y, hundida en un gran sillón, la joven admitía que hubiese hecho falta un alma más templada que la de su tío para encontrar el valor de dejar aquella estancia, aislada del mundo, para irse a encerrar en un despacho o un laboratorio. Evidentemente, Santo no lo podía comprender... Para él, sólo contaba el trabajo y Tosca estaba segura que, desde mañana, añoraría su rutina.

—Sabes que es muy tarde, querida... Haríamos bien acostándonos.

Tosca no mostró tener mucha prisa.

—Se está bien aquí...

—No digo que no, pero...

Balbució algo y se calló. La joven le agradeció su silencio, incluso si era involuntario.

—Tosca, yo no soy quizás el amante que soñabas, pero te quiero

mucho… mucho.

La torpeza de su marido la ablandó.

—No sé expresarme… los discursos no han sido nunca mi fuerte, el romanticismo tampoco… Cuando se vive en cifras, entre fórmulas…se adquiere el hábito de hablar tan secamente como un manual científico… Me doy cuenta que no es exactamente lo que convendría… Tosca, todo lo que puedo prometerte es que seré un buen marido…

Emocionada, ella cogió sus manos entre las suyas. Ahora, estaba segura de haber escogido bien. La fantasía de Jacques sólo convenía en primavera. Pero hay verano, otoño e invierno… sobre todo el invierno que llega pronto, mucho más pronto de lo que la gente se figura generalmente. ¿Cómo podría una mujer esperar guardar a Soubray al lado de la chimenea? Santo sí se quedaría, en zapatillas, fumando su pipa. No brillante, pero sólido y, para los *bambini* que vendrían, más valía un papá con quien se pudiese contar. Ella dijo:

—Seremos felices, Santo…

El pesar no la envolvía más que como un jirón de ligera niebla. Se persuadió de que se disolvería completamente. Se levantó.

—Voy a arreglarme… Hasta ahora.

—Supongo que el tío Dino habrá puesto champán en el refrigerador… ¿No beberías una copa antes de acostarnos?

—Dé acuerdo…

Ella entró en la habitación donde Vacchi había puesto flores en todas las esquinas. En una mesilla, apoyada contra un vaso de Urbino, vio una carta a su nombre. Intrigada, la abrió. Era de tío Dino.

Querida sobrina. Cuando leas esta carta (¡ya ves que empiezo como en las novelas!) habrás roto con la niña que he tratado de divertir durante veinte años. Te deseo, de todo corazón, que seas feliz. ¿Te enfadas si te digo que no estoy seguro de que lo consigas? Mi experiencia me ha enseñado que no se alcanza la felicidad con un hombre cuando se piensa en otro. Espero que me lo desmientas. A la hora en que abras este sobre, estaré en mi habitación preguntándome qué excusa podría encontrar para pedirle dinero a tu madre mañana al despertarse. Di una oración por tu viejo a fin de que el cielo le inspire. Te abrazo, a ti sola,

porque, decididamente, mi sobrino no me gusta demasiado. Me aburre. Reencuentro en él a los buenos alumnos cuyo ejemplo constantemente citado estuvieron a punto de estropear mi juventud perezosa. ¡Suerte que no les dejé!

DINO

¡Querido tío Dino, tan amoral y tan gentil! Evidentemente, Santo no era el tipo de hombre que él admiraba. El hubiese preferido a Jacques... Rompió rabiosamente la epístola del viejo niño. En el momento en que lograba no pensar más en Jacques, tenían que recordárselo, le obligaban a llevar sus pensamientos hacia él. A pesar de sus flores, de sus delicadas atenciones, Tosca se enfadó con su tío y se enfadó aún más por tener razón.

Vestida con la lencería vaporosa que su madre había insistido en comprarle ella misma y con una bata regalo del tío Dino (pero pagada por Domenica), Tosca se dio cuenta de que Santo y su champán no aparecían. ¡Decididamente, no se podía decir que este joven casado tuviese mucha prisa! A menos que su timidez... su delicadeza... El sentimiento oscuro de que quizá ocupaba el sitio de otro le paralizaban. Pensando que esperaba en el *living-room* una llamada que no llegaba, Tosca sonrió apiadada. Vamos, tenía que acabar de sacarse a Jacques del pensamiento. Secó sus lágrimas, se puso un poco de polvo en la cara tratando de reparar los desperfectos, se obligó a sonreír y entró en el *living-room* donde no había nadie.

Sorprendida, dudó un momento y juzgando que su marido estaría en la cocina peleándose con la botella de champán, empujó la puerta y se quedó en el umbral demasiado atónita por el espectáculo que se ofrecía a sus ojos para gritar. Santo, atado sobre una silla, despeinado, un ojo medio cerrado —evidentemente por un golpe— parecía no interesarse por nada. Al fin, Tosca, recobrando el uso de la voz, gritó: «¡Santo!» y quiso precipitarse a él con la loable intención de liberarlo. Mas cuando se lanzó, una mano se posó en su hombro, quitándole el impulso. Se volvió para encontrarse en presencia de un gran tipo forzudo en quien adivinó al motorista que había estado a punto de matar a su marido. Se atrevió a sonreír a Tosca, que cayó al suelo desvanecida.

Cuando se recobró, tardó un cierto tiempo en tener una noción exacta de las cosas, pero la evidencia estaba ahí: se encontraba, como su marido a su lado, atada a una silla de cocina y ese horroroso hombre continuaba mirándola sonriendo, sin por eso dejar el revólver.

—Entonces, *signora*, ¿vuelve con nosotros?

Ella encogió los hombros, sin dignarse a contestar. El se rio, luego se acercó a ella, con aspecto súbitamente malvado y dijo:

—He tenido que sacudir un poco a su esposo... ¿Vuelvo a empezar o consiente en decirme en seguida dónde está?

—¿Quién?

—Soubray.

—¿Soubray?

El se volvió.

—No es lo suficientemente astuta. La habría creído más inteligente. En fin, si el juego le divierte... Cada cual sus gustos, ¿eh?

Dirigiéndose a Santo:

—¿Ha decidido hablar, *signor* Faliero?

El pobre Santo, con su ojo tumefacto, inspiraba piedad. Gimió, desesperado:

—¿Pero cómo quiere que sepa dónde está Soubray?

—Lástima...

A toda velocidad, el desconocido abofeteó a Santo, cuya cabeza oscilaba bajo los golpes, mientras las lágrimas que no podía aguantar corrían por sus mejillas. Trastornada, Tosca gritó:

—¡Bandido! ¡Cobarde! ¡Asesino!

El gigante se volvió a ella.

—Trate de calmarse, pequeña, ¡antes de que me enfade de verdad! Si desea que deje de trabajar a su esposo, no tiene más que confiarme dónde está escondido Soubray.

—¡Le juro que lo ignoramos! Estamos en viaje de bodas... ¡No íbamos a traerlo con nosotros!

El tipazo sacudió la cabeza, parecido al papá delante de la obstinación de su niño:

—Ustedes lo han querido... Me ocupo todavía un poco del *signore* y, si se empeña, me veré en la obligación de dedicarme a usted, *signora*. ...Si la quiere, le evitará cosas muy desagradables

decidiéndose a revelarme dónde está ese condenado chico. ¿Comprende?

—¡No!

Era Santo quien había respondido. Su torturador encogió los hombros.

—Como usted quiera...

Levantaba de nuevo la mano para golpear a Faliero cuando una voz seca ordenó:

—Arriba las manos, Mike... ¡Si la hubieses tocado a ella, ya habría disparado!

Tosca, golpeándole el corazón, vio a Jacques aparecer en el cuadro de la puerta. El también tenía un revólver en la mano. No trataba de adivinar el significado de esta aventura insensata y se contentaba con ser feliz. El llamado Mike, dudó, pero, como viejo en el oficio que sabe reconocer en qué momento la partida está perdida, obedeció y pivotó levemente sobre sí mismo. Jacques le cogió su revólver, le palpó rápidamente y, convencido de que ya no era peligroso, le dejó bajar las manos.

—Qué, Morton, ¿de caza?

Tosca, por reacción natural, se puso a reír nerviosamente.

—¡Oh! ¡Jacques! Es un loco, ¿verdad?

—¿Un loco?... ¿Lo oye, Morton?

El otro gruñó una respuesta indistinta, mientras la joven continuaba:

—¡Ha debido escaparse de algún asilo!...

—Querida Tosca, permíteme que te presente a Mike Morton, agente de los Servicios Secretos americanos...

—¿De los Servicios Secretos?

Arisco, Santo intervino:

—¿Y por qué razones este gran imbécil la ha tomado con nosotros?

—Eso, querido... Venga, Mike, libere a la señora que tan bien ha atado...

El coloso se inclinó sobre la prisionera, pero, cogiendo la silla y la joven sentada encima, de golpe se lo tiró todo a Jacques que, desprevenido, se cayó. Sin soltar el revólver, disparó, pero enterrado con Tosca y la silla en el pecho, falló el disparo y Morton se largó rápidamente. En seguida, el ronquido de una moto les

demostró a todos que el americano abandonaba su compañía. Soubray se levantó con dificultad, liberó a Tosca de sus cuerdas y, como lloraba, la tomó en sus brazos y la besó cariñosamente. Santo rugió:

—¡Soubray!

—Oh, perdón, ya no me acordaba que era su mujer…

—¡Desáteme!

—Cuando me lo pida bien.

—¡Desáteme!

—¡No!

Levantando a Tosca, Jacques la llevó al dormitorio, la puso en la cama y luego cerró la puerta para apagar los gritos de Faliero.

—Jacques, ayúdame a levantarme… No es correcto que esté estirada así…

Él le cogió las manos y tiró hacia sí tan bruscamente que ella cayó sobre su pecho, donde la mantuvo.

—Tosca, querida mía…

Ella se debatía:

—¡No! ¡No! ¡Olvidas que estoy casada!

—Es un error…

—Es igual. Soy la *signora* Faliero… ¡Déjame!

—Tosca, te quiero hoy, como te quería ayer… como te querré mañana… ¡No te dejaré con Santo!

—Es demasiado tarde… Jacques…

—Yo no renuncio nunca, Tosca, sobre todo ahora que estoy seguro de tu cariño.

De nuevo, la tomó en sus brazos. Una vez más, se arrancó de su abrazo.

—¡Estás loco! ¡Mi noche de bodas! ¡Oh!

¡Dios mío!…

—¿Pero qué pasa?

—¡Mi marido! ¡Me había olvidado de mi marido! ¡Qué debe pensar!

—No es difícil de adivinar…

—Ve rápido a desatarlo… Es… Es abominable la forma en que me he conducido… Tengo… ¡Me da vergüenza!

—No deseo en absoluto liberar a Santo… ¡para que venga a molestarnos!

—Está bien, voy a desatarlo yo misma…

—Eso no le impedirá preguntarse por qué no has ido antes…

—Jacques… te lo suplico, ayúdame.

—¿Que te ayude a reunir te con mi rival? ¡Pero qué inconsciente eres, palabra!

—¡No es tu rival, es mi marido!

En su silla, de la que había vanamente intentando liberarse, Faliero reventaba de rabia. ¿Cómo se atrevía Tosca a comportarse de esa manera? Hacía al menos diez minutos que se habían ido los dos, ¡dejándole ahí, despreciando todo respeto humano! Imaginaba terribles proyectos de venganza… Su dignidad le impedía pedir ayuda, pero estaba a punto de olvidarse de su dignidad cuando apareció Soubray.

—Le hemos hecho esperar, viejo, perdónenos… Teníamos un montón de cosas que decirnos…

—¡Canalla!

—Vamos, vamos, Santo… ¿Cree usted que estas expresiones le cuadran a un joven casado?

—¡Le mataré, Soubray!

—¡Le colgarán y Tosca será viuda! ¡Soy capaz de resucitar nada más que para fastidiarle!

Mientras hablaba, Jacques cortaba las cuerdas de Faliero. En cuanto éste estuvo libre, golpeó violentamente en el rostro a Soubray que, cogido desprevenido, fue rodando hasta una esquina, arrastrando en su caída el aparato de radio que había encima del refrigerador. Sin darle tiempo a recuperarse, Santo le saltó encima y se puso a hincharlo a golpes. Atraída por el escándalo, apareció Tosca y en seguida gritó a pleno pulmón. Este grito causó el desconcierto de su marido. Mientras se volvía a ver qué pasaba, Jacques se levantó y cuando Faliero le vio de nuevo la cara, le pegó un derechazo que le envió al cajón de las legumbres, donde cayó entre las zanahorias y las coles. Bajo su apariencia blanda, Faliero se afirmaba poseedor de una buena fuerza. Se lanzó de nuevo al ataque.

En poco tiempo, la cocina del tío Dino dio la impresión de haber sufrido el paso de un tifón. A los dos adversarios les era

completamente igual y se pegaban alegremente. Soubray sabía pelear y ponía un cierto placer sádico en estropear el rostro de su antagonista, que con un ojo cerrado por Mike, no veía casi nada con el otro, cuya ceja había reventado. Con los labios tumefactos, la nariz sangrante e inflada, Santo, a pesar de su valor, estaba en las últimas. Se tenía en pie por milagro. Soubray sangraba por un pómulo y había escupido un diente.

Tosca, paralizada por el terror, se preguntaba si iban a matarse verdaderamente. Al principio, había intentado intervenir, pero en el fuego de la acción, un golpe destinado a Jacques la había alcanzado en el estómago y se había caído sentada, abriendo desesperadamente la boca para encontrar su respiración. Ahora, un poco alelada, bloqueada la mente, se repetía que para ser una noche de bodas, ¡era verdaderamente una curiosa noche de bodas!

Faliero fue abatido por un directo de izquierda y ya no pudo levantarse. Jacques resopló, se pasó la mano por la nariz ligeramente tumefacta y declaró:

—Más bien coriáceo, el marido...

Con un tono lúgubre, Tosca aseguró:

—No te lo perdonaré nunca...

—¿Hubieses preferido que me dejase destrozar?

—¿Por qué has venido aquí?

—¡Tienes poca memoria, querida! ¡Me parece que cuando he llegado, estabais más bien en una delicada situación!

—¡Por tu culpa! ¡Siempre por tu culpa! ¡Ese americano no nos ha atacado más que por tu culpa!

—Ya te había prevenido que por lo que respecta a la pequeña existencia tranquila, ¡podías olvidarte mientras estuviese vivo!

Vehemente, Tosca levantó los brazos como para quejarse al cielo.

—Dios mío, ¿por qué razones no tengo derecho a la quietud, como todo el mundo? Las mujeres que iban a casa de mi madre me han hablado siempre del día de su boda con acento emocionado. ¡Tenía derecho a pensar que conocería la misma felicidad! Pero mi boda civil desata un escándalo, mi boda religiosa se termina en pugilato, mi noche de bodas empieza por un episodio de novela negra y para acabar, en vez de ocuparse de mí, ¡mi marido se pelea como un golfo y héteme aquí transformada en enfermera! ¿Y

encuentras que es normal? ¿Que es justo?

—¡Tan normal y justo como abandonar al hombre que se ama, para casarse con el hombre que no se ama!

—¿Qué te permite pretender que te amo?

—Tú, querida mía, ¡nadie más que tú!

—¡Vete, Jacques! Te lo suplico, ¡vete o me vuelvo loca!

—¿Y quién se ocupará de él?

—¡Yo!

—¿Y si vuelve el americano cuando no esté aquí?

—En fin, no te irás a quedar con nosotros toda la noche.

—¿Por qué no?

—Es… es impensable… absolutamente impensable…

Soubray mostró a Faliero todavía sin conocimiento y dijo con aire desprendido:

—Por lo demás, te aseguro que en el estado en que está, eso ya no tiene ninguna importancia.

Transportaron a Santo a la habitación y le tendieron en la cama, mientras Jacques comentaba:

—Me pregunto si voy a dejar de mimaros a uno detrás de otro.

—¡Mimar! Tienes cada palabra…

Durante el cuarto de hora que siguió, se relevaron poniendo compresas en la cara de Santo y se emplearon a fondo deteniendo hemorragias. Cuando el herido empezó a dar signos de vida, Tosca tomó a Jacques por el brazo:

—Es mejor que desaparezcas antes de que abra los ojos…

—Reflexiona, Tosca. No puedo dejarte sola con un hombre que no está en condiciones de defenderte, dado el caso.

—¡Me es igual! ¡Vete!

—Bueno… Como quieras…

Su aceptación la aliviaba y, al mismo tiempo, la vejaba un poco. El le tomó la mano, la besó:

—Buenas noches, querida. ¡Felices sueños!

Ella le habría abofeteado.

En la comisaría de Moglio, el carabinero Silio Morano, aunque de servicio, dormitaba tranquilamente cuando la llamada del teléfono le sobresaltó. Descolgó y, con voz pastosa, preguntó:

—Comisaría de Policía de Moglio, diga… ¡Espere! ¡Espere!… ¿De dónde llama usted?… ¿Del puesto de socorro de Cá Capuzzi?

A medida que su corresponsal le hablaba, Morano abría cada vez más los ojos.

—¿La hija del conde Matuzzi?… ¿en casa del señor Vacchi?… ¿Un ataque a mano armada?… Pero… ¿pero quién es usted?… ¿Qué?… ¿Uno de los bandidos con remordimientos? ¿Se está burlando de mí?

Rabiosamente, el carabinero colgó. Si hubiese tenido al imbécil que se permitía estas bromas, ¡habría pasado un mal cuarto de hora! Quiso coger de nuevo el sueño, mas no lo consiguió. ¿Y si, contra todo pronóstico, la historia fuese verdad? Murano conocía a los Matuzzi de nombre y Dino Vacchi era familiar de Moglio. ¿Debía o no telefonear a su jefe, el mariscal Corrado? Se arriesgaba a pasar por un imbécil… ¿pero, por otro lado?…

Durante este tiempo, seguro de que su llamada telefónica acabaría por alertar a las autoridades locales, Jacques dejó discretamente la villa, escondiéndose en el jardín, ya que no estaba seguro que los que querían apoderarse de su cartera no viniesen a buscarlo, otra vez, hasta aquí.

Santo tardó bastante en recobrar el conocimiento, pero en cuanto volvió a comprender las cosas, el ojo que tenía aún intacto resplandeció. Hizo un esfuerzo para sentarse, gritando:

—¿Dónde está?

Poniéndole la mano en la frente, Tosca le obligó a estirarse de nuevo.

—Se ha ido… ¡Cálmate!

—¡Pondré una denuncia contra él y será condenado! ¿Cómo te pudiste interesar por ese individuo?

—No hablemos más de esto, Santo, por favor…

—De todas formas confesarás que, gracias a ese personaje, hemos tenido una curiosa noche de bodas, ¿eh?

—Desde luego… Es un poco culpa mía y te pido perdón…

—¡No! Tendría que haberlo hecho detener esta mañana, en el ayuntamiento.

—Había perdido la cabeza…

—¿Ahora le defiendes?

Movido por la indignación, Faliero se había levantado de nuevo

y, esta vez, se quedó sentado.

—El me ama y sufre... ¡Ponte en su lugar!

—¿Para que él se ponga en el mío, quizás?

—¡Oh! ¡Santo!...

—Perdóname, querida, estoy tan furioso que ya no sé lo que digo... ¿Quieres acercarme el espejo que hay sobre la cómoda?

Ella obedeció. El se miró y gimió:

—*Ma qué!* ¡En menudo estado me ha puesto ese asesino! ¡Estoy asqueroso! ¡Repugnante!

Sin demasiada convicción, ella protestó:

—No... no...

Faliero se cogió la cabeza con las manos.

—¿Cómo quieres que te hable de amor con esta cara? ¡Sólo de verme, ya me dan náuseas!

—No tiene importancia... Me hablarás mañana... Y además, tenemos toda la vida para hablar.

—¡Eres una buena chica, Tosca! ¿Y si igualmente nos bebemos esa botella de champán?

Atenazado por la duda el carabinero Silio Morano continuaba preguntándose cuál era su deber. Pero como pertenecía a un cuerpo de élite y tenía una cierta grandeza de alma, acabó convenciéndose de que era mejor pasar por un imbécil que no socorrer a gente que quizá tenía necesidad de ello, sobre todo cuando esa gente eran parientes del conde Matuzzi. Decidió despertar a su jefe.

El mariscal Cario Corrado dormía con el sueño de los hombres que tienen la conciencia tranquila, al lado de Antonina, su mujer, cuando sonó el teléfono. Antonina, que soñaba con su país natal, la Toscana, se veía todavía pastora, guardando sus rebaños, cortejada por pastores vestidos de carabinero y que tocaban temas militares en una flauta de Pan. Uno de ellos vino a tocar la flauta hasta su oreja y con una insistencia que la irritó hasta el punto de hacerla despertar para darse cuenta de que estaba en el lecho conyugal y que sonaba el teléfono. Descolgó.

—*Pronto?*

—¿Es usted, *signora* Corrado? Aquí Morano, para servirla... Lamento molestarla a estas horas, *Ma qué!* Tengo que hablar con el

mariscal, ¡eh!

—¿Es urgente?

—Peor que eso, *signora*, ¡es grave!

—¡Jesús! ¿No será peligroso, al menos?

—En nuestro oficio, *signora*, ¿quién podría decir dónde está el peligro y cuándo se mostrará, eh?

Más aún que estas palabras, el tono del carabinero impresionó a Antonina y respondió con voz temblorosa:

—Espere un momento... Tengo que despertarle suavemente, si no tendrá su dolor de cabeza...

—Espero respetuosamente, *signora*, ¡y mil perdones!

Antonina dio la luz, y contempló, enamorada como el primer día, a su bello mariscal que, durmiendo de espaldas, le mostraba el perfil. Enternecida, notó que a cada expiración, la extremidad inferior del mostacho de Cario se levantaba... Sin saber por qué, tuvo ganas de llorar. Tiernamente, delicadamente, acarició la mejilla de su marido, acentuando la presión hasta que acabó abriendo un ojo de una fijeza inquietante. Ella susurró:

—Cario. amor de mi vida...

El mariscal se volvió hacia ella:

—¿Qué te ocurre a estas horas, Antonina?

—Te llama Morano.

—¿Morano? ¡Pásame el teléfono!

Obedeció, y medio acostado encima de ella, ya que el hilo no era demasiado largo, dijo con su tono de mando:

—¿Qué es este capricho, Morano, eh? ¿Molestar el reposo de su superior? No tiene miedo, ¿eh? ¿Qué pasa?

El carabinero le contó la advertencia recibida, pero le calló sus temores. Corra do empezó por preguntar a su subordinado si se estaba burlando de él y quiso prevenirle de la serie de catástrofes que le esperaban si era ese su propósito. El desgraciado invocó a los santos de su pueblo de Garugano para que garantizasen su sinceridad y su buena fe. El mariscal le cortó:

—¡Entonces es usted un imbécil, Murano, y un imbécil no tiene derecho a llevar nuestro uniforme!

Casi llorando, el carabinero hipó:

—Ma qué... mariscal... Me ha parecido hacer bien... la hija del conde Matuzzi... A mí, eso me ha llamado la atención, ¿eh?

—¿Qué, el conde Matuzzi? ¿Qué pinta en esta historia?

Aterrado, Silio Morano se dio cuenta de que había olvidado darle a su jefe las precisiones concernientes a los ocupantes de Cá Capuzzi. Lo hizo tan precipitadamente que el mariscal, al otro lado del hilo, comprendió que se estaba desarrollando un drama político en Cá Capuzzi y que el conde Ludovico Matuzzi acababa de ser asesinado por su cuñado.

—¡Ni una palabra más, Morano! ¡No es el momento de hablar sino de actuar! Diga a Grinda que ocupe su sitio y venga inmediatamente a buscarme en el jeep. ¡Ejecución!

El mariscal colgó y se quedó un instante reflexionando sin darse cuenta de que seguía estirado a través del cuerpo de su mujer.

—Antonina... ¡Un asunto terrible! ¡Muertos de la alta sociedad! ¡Necesitaré tacto e iniciativa! ¡Exactamente lo que me conviene!

Sorprendido de que su esposa no lo aprobase como tenía por costumbre, Cario le echó una ojeada y, advertido al fin por el rostro violáceo de su compañera, comprendió que la ahogaba. Se levantó de un salto, salió de la cama con ese aire juvenil que encantaba a la que Dios le había dado por compañera, y socorrió a la desgraciada.

—¡Antonina!... ¡Luz de mis ojos! Miserable de mí, ¡pero si he estado a punto de matarte!...

La *signora* Corrado fijó en su esposo una mirada tierna aunque bastante congestionada.

—Es verdad que pesas, Cario mío...

—¿Pero por qué no me has dicho nada?

Entonces. Antonina dijo, juntando las manos en gesto de fervor:

—¡Estás tan guapo dando órdenes!...

Santo, con los labios inflados, cortados, tuvo todas las dificultades del mundo para conseguir beber su copa de champán. Trató de sonreír a su joven esposa, pero no le dirigió más que una espantosa mueca.

—Tosca mía, ¿no crees que ya es hora de descansar?

—Santo, tengo un poco de miedo... Con todo lo que ha pasado desde que hemos llegado... Nada nos dice que no haya todavía gente escondida alrededor de la villa.

—¿Con qué fin?

—No lo sé… pero lo que hemos sufrido hasta aquí nos dispensa, creo yo, de buscar razones.

Habiendo encontrado su equilibrio, Santo se levantó:

—Espérame aquí, Tosca. Voy a asegurarme de que no hay nadie en el jardín.

—¿Me dejas sola?

—En caso de peligro, estarás mejor en esta habitación.

—¿Y te vas con las manos vacías contra personas que tienen revólveres?

—*Ma qué!* ¡Yo también tengo el mío!

Y, de su maleta, Faliero sacó un Beretta.

—Mi tío y yo tenemos derecho a tener armas; desde el robo de los dossiers no me separo nunca de él. Si lo hubiese llevado encima hace un momento… Hasta ahora, querida.

Tosca no tuvo fuerzas para contestar. Nunca habría imaginado que su boda arrastrase tamañas complicaciones. Sin hablar de Jacques, ¡esa violencia, esos golpes, esas heridas, esos insultos! No, ¡las cosas no podían continuar así! ¡Era simplemente monstruoso! Desde mañana, volvería a casa de sus padres y se instalaría con su marido. A la sombra del severo Ludovico Matuzzi y de la dulce Domenica, se sentiría segura.

En el jardín, Santo avanzaba prudentemente, el ojo y el oído vigilantes, el dedo en el gatillo de su pistola. Agachado detrás de un pilón, Jacques le había visto salir de la casa, ignoraba que estuviese armado y se preguntó qué era lo que emprendía su victorioso rival. Intrigado, se levantó fuera de su escondite. Santo, al ver la sombra, disparó, y la bala rozó el rostro del aturdido Jacques. Una segunda bala golpeó el vaso de bronce haciéndolo cantar. Soubray gritó:

—¡Soy yo, Faliero!

En respuesta, Santo disparó aún dos veces su arma y Soubray le debió la vida a un reflejo que le tiró vientre a tierra. ¡Ese imbécil parecía decidido a matarle! A su vez, Jacques disparó teniendo cuidado en apuntar a otro lado, con el solo fin de calmar el ardor de Faliero.

Destrozando un pañuelo entre sus apretados dientes, Tosca, aterrorizada, escuchaba el eco de los disparos.

A la orden de Corrado, el carabinero paró el jeep.

—¿Lo oye usted, Morano?

—Sí, mariscal…

—En su opinión, ¿qué es?

—¡Disparos, mariscal!

—Lo mismo creo yo. ¡La masacre continúa! ¡Va usted a tener ocasión de cubrirse de gloria, Morano!

—¿Yo, mariscal?

—¡Sí, usted, carabinero! ¡Es justo que se aproveche de la posibilidad que se le ofrece de distinguirse! No me lo agradezca, es natural que usted merezca esta clase de confianza, ¿eh?

El carabinero Silio Morano pensaba en todo, salvo en darle las gracias a su jefe. Nunca se había sentido tan lejos de Garugano.

En el jardín, Jacques consiguió escapar al encolerizado Santo que, para calmar su conciencia sin duda, envió una última bala en la dirección en que Soubray desaparecía.

Morano paro el jeep a una veintena de metros de la entrada de la villa.

—Entonces, ¿qué decidimos mariscal, eh?

—El fusil en posición del vigía a la búsqueda del enemigo… penetra en el jardín y avanza lentamente en dirección a la casa. Yo le cubro.

—Usted… ¿no cree, mariscal, que sería mejor que fuésemos lado a lado?

—Y si le pasa algo, Morano, ¿quién señalará que ha caído usted en cumplimiento del deber, eh?

Cuando Santo entró en la habitación, Tosca, con los nervios a flor de piel, estuvo a punto de gritar.

—¿Qué significaba ese tiroteo?

—Había alguien… Nos hemos disparado mutuamente… Ignoro si le he dado.

—¿No sería Jacques, al menos?

—Seguramente no… Permíteme que te diga Tosca, que tu emoción me sorprende. ¡Sobre mí también han disparado!

—Ya no sé dónde estoy, pero lo que sé, ¡es que no me quedaré aquí un minuto más!

—¿Y dónde vas a ir?

—¡A casa de papá!

El carabinero, con la garganta seca, el estómago en la boca, y las piernas titubeantes, avanzaba a pasitos a través del jardín. Estuvo a punto de disparar sobre el vaso que tomó, de entrada, por un adversario espiándole. Detrás de él, aunque bastante lejos, el mariscal, revólver en mano, tenía los ojos fijos en la silueta de su subordinado.

Tosca y su marido habían vuelto a cerrar sus maletas, apagaron las luces antes de abrir la puerta de su habitación y saltaron hacia atrás en perfecto acuerdo: en el umbral, un carabinero les apuntaba con su fusil gritando:

—¡No se muevan o disparo, eh!

4

Asombrados, Tosca y sui marido contemplaban al carabinero salido de no se sabía dónde. La cara rubicunda de Silio atestiguaba un júbilo intenso. Volvió ligeramente la cabeza para gritar:

—¡Puede venir, mariscal! ¡Ya los tengo!

Prudentemente, mirando desconfiado a derecha e izquierda, Carlo Corrado entró en la habitación, pero a la vista de Tosca, levantó el torso, alisó su mostacho con dedo ágil antes de preguntar con autoridad:

—Entonces, ¿han caído en la trampa, eh? Creían que se podrían ir tranquilamente, pero eso era sin contar con Corrado, ¿eh?

Demasiado orgulloso de su hazaña para haber vuelto a su timidez, Morano protestó:

—¡Y sin mí, mariscal!

Cario fulminó a su subordinado con una mirada altiva:

—Usted es el brazo y yo la cabeza. Morano, no lo olvide nunca, ¿eh? Todo lo que hace usted, yo lo he pensado antes. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, mariscal...

Morano no comprendió que no sería tampoco esta vez cuando haría admirar su medalla a sus amigos de Garugano. Corrado ya no se ocupaba de él y volvía a sus prisioneros.

—¿Dónde están las víctimas?

Faliero explotó:

—¿Las víctimas? ¡Pero si las víctimas somos nosotros!

El mariscal se rio:

—¡A mí con esas, *signore*! ¡Conozco todas las astucias criminales! ¡Ustedes han disimulado los cadáveres y se disponían a largarse cuando he aparecido para ponerme en su camino con una audacia, un desprecio del peligro que no se encuentra más que en los

carabineros, cuerpo de élite! ¡Lástima que no haya un periodista o dos, eh! *Ma qué!* ¡la oscuridad conviene al soldado fiel a su deber!

Pálido, Santo cortó el discurso de Corrado:

—¿Va a acabar pronto?

El mariscal se sobresaltó. Silio, con la emoción —¡un civil hablando así a su superior!—, dejó caer el fusil. Se disparó y la bala se metió en la cabecera de la cama. Todos se contemplaron mutuamente, asustados por el peligro que acababan de correr. Cario no pudo decir más que, con voz estrangulada:

—Carabinero...

Avergonzado, Morano recogió su arma.

—Perdón, mariscal...

—Y si me hubiese matado, imbécil, sería a mi cadáver a quien pediría perdón, ¿eh?

Viendo el teléfono en la mesilla de noche, Cario se precipitó sobre él, cogió el aparato, compuso el número:

—¡Aló! ¿Antonina?... Es tu Cario... ¡Una carnicería! ¡Acabo de escapar milagrosamente a la muerte! Pero el cielo no quería privarte de tu esposo, ángel mío... Sólo te llamaba para tranquilizarte... Puedes dormir, pobrecita, ¡yo continúo! ¿Qué? ¿No dormirás?... *Ma qué!* La mujer de un soldado debe saber vivir en la inquietud... Sí, te lo prometo. ¡Seré digno de ti! Hasta pronto, si Dios quiere, ¿eh?

Exasperado, Santo cogió al mariscal por el brazo.

—¿Ya ha acabado, no?

—¡Atención! ¡La agresión a un carabinero en el ejercicio de sus funciones, puede llevarles lejos! ¿Dónde están los cuerpos?

—¿Qué cuerpos?

—¡Los de los desgraciados que han asesinado! ¿El conde Matuzzi, por ejemplo?

Tosca gritó:

—¿Han matado a mi padre?

Corrado la miró:

—¿Su padre? ¿Quién es usted, *signora*?

—Tosca Faliero, la hija del conde Matuzzi.

—La... ¿Y ése?

—Santo Faliero, ¡mi marido!

—¡Ah! Entonces, quizá ha sido un error, ¿eh? Y un error cuando

es de buena fe, siempre se puede arreglar, ¿eh? ¿Dónde está el *signor* Vacchi?

—En Bolonia. Nos ha dejado su casa unos días.

—¡Ah!...

El mariscal miró a su carabinero y, con voz cuya dulzura escondía poco todo un mundo de resentimientos:

—Será necesario que tengamos una explicación, Morano...

Volviendo a Tosca:

—¿Decía, *signora*?

—Nos hemos casado esta mañana, mariscal, es nuestra noche de bodas.

—¿De verdad?

Faliero se metió en la conversación:

—¿Sabe lo que es una noche de bodas, mariscal?

—¡Tenemos nuestros recuerdos, *signore*! ¡Ah! ¡*signora*, los mejores momentos de la vida de una mujer! La crisálida se hace mariposa... Una noche que no se olvida nunca, *signora*, ¡nunca! Mire, a menudo, mi Antonina me dice: «Cario —soy yo— Cario, ¿te acuerdas?...»

—¡Nos importa un pito!

—Al *signor* Faliero no le gusta la poesía, parece. Lo lamento por usted, *signora*, porque una existencia sin poesía no vale la pena de ser vivida... *Signora*, permítame que le salude respetuosamente. El carabinero y yo nos retiramos, para dejarles saborear en paz esta alegría embriagadora... ¡única!

Con un perfecto «firmes», Cario Corrado saludó, ejecutó una admirable media vuelta a derecha y se dirigió a la puerta, con la cabeza alta. Morano, preguntó:

—¿Y qué hago yo, mariscal?

—¡Me sigue, imbécil!

Cuando salieron, Tosca, agotada, se dejó caer en la cama.

—¡Nunca había oído tantos disparos en mi vida y tiene que ser en mi noche de bodas!

Santo quiso abrazarla. Ella se debatió furiosa de repente:

—¡Déjame! ¡No vales más que los demás! Me habías jurado que contigo, si no la pasión, tendría una existencia tranquila y, en cambio, ¡me llevas a mitad de una batalla!

Para calmarla, Faliero cogió a su mujer en sus brazos. Ella se

defendió:

—¡Déjame! ¡Te digo que me dejes!

—Y si la deja tranquila, *signor*, ¿eh?

Sonriente, el mariscal estaba de nuevo en el umbral de la habitación. Detrás de él, en la oscuridad, brillaba el cañón del fusil del carabinero. Después de un momento de silencio, Tosca cayó en la cama llorando y gimiendo, casi con una verdadera crisis de nervios. Santo iba a socorrerla, mas el mariscal le adelantó:

—¡Permítame! ¡Ya tengo costumbre, *signor*, no soy un principiante!

Se sentó en la cama al lado de la chica, acariciándole suavemente el cabello, los brazos, la espalda:

—Sí... sí... sí..., palomita..., gorrioncillo mío... Respira tranquilamente..., cierra los ojos, dulce niña de Dios...

Con los ojos exorbitados, Santo contemplaba la escena. Abrió la boca como para gritar, pareció arrepentirse y se sentó en una silla, la mirada vacía, el labio colgante.

—¡No es verdad!... ¡Hay algo trucado en alguna parte!... Me caso y porque me caso, a la vista de todo el mundo y con la aprobación de mis padres, todo se precipita... Un energúmeno me insulta en el ayuntamiento..., me pegan en la iglesia... Me refugio en la montaña para estar tranquilo con mi mujer... Un tipo al que no he visto en mi vida me pega una tunda, me ata a una silla... Mi rival vencido reaparece y me hace picadillo la cara... Los disparos suenan como en otros sitios los petardos y cuando espero librarme de esta banda de locos, ¡un mariscal de carabineros se pone a acariciar a mi mujer delante de mí! Ustedes dirán lo que quieran; aquí hay algo que no funciona...

Severo, Corrado le reprendió:

—Yo no acaricio a su mujer, *signore*, ¡la cuido! ¡Hay una diferencia! Y vea, ya está más calmada... Es que la mano de Cario Corrado, ¡es conocida! Y, entre nosotros, ¡hay más de una que le gustaría quedársela! ¡Pero está mi Antonina! ¡Le soy fiel! Fiel a su mujer y a la patria, ¡así es el mariscal Corrado!

Faliero, ya recuperado, reaccionó:

—¡Pues bien!, ¡el mariscal Corrado estaría muy inspirado yéndose, y a toda velocidad!

—¡Un momento!

—¿Cómo?

—¡Digo que un minuto, *signore*! Porque en fin, están los tiros... ¿Y si hablamos un poco de esos tiros, eh? ¡Son sospechosos esos tiros, si quiere mi opinión!

—¡Desde luego que lo son!

—¡Ah! ¿Confiesa? Y luego me contará que han venido aquí a pasar la noche de bodas...

—Es la verdad.

—¡Eso es lo que necesito que me demuestre, *signore*! He oído hablar de mandolinas, de guitarras, de acordeones, de flautas, de harpas, incluso de clarinetes o de trompetas cuando se tiene un espíritu marcial, para alegrar una noche de bodas, ¡pero nunca disparos! En América, los salvajes, ¡pero nunca en este país! Además, ¡está su cara!.

—¿No le gusta?

—Es repugnante, *signore*, positivamente repugnante. ¡Es el rostro de un vampiro que no se hubiese lavado la cara después de su última comida!

—¡Le prohíbo que me hable en ese tono!

—Perdone, *signore*, ¡no soy yo, es su madre!

—¿Mi madre?

—¡Italia, que reencarno en este uniforme! Para finalizar, he oído a esta joven, que usted trataba de violentar, ¡gritarle que la dejase!

—*Ma qué!* ¡Es mi mujer!

—Eso está por probar y aunque así fuera, *signore*, ¡un hombre galante no se impone! ¡Morano!

—¿Mariscal?

—Vigíleme a esta pareja, que no digo que sea culpable —entérese, carabinero—, quizá ni siquiera sospechosa, ¡sino rara! ¡Esa es la palabra, carabinero! ¡Rara!..., mientras echo un vistazo por las demás habitaciones, a ver si descubro quizá —dese cuenta, carabinero, que digo quizá— el *corpus delicti*...

—¿El qué, mariscal?

—¡Demasiado para usted, Morano! No insista, sería de mal gusto... *Signore*, *signora*, hasta ahora, ¿eh?

Después de un amable saludo y una ligera inclinación del busto,

en la más pura tradición de la cortesía italiana, Carlo Corrado volvió al *living-room*, donde estuvo un momento, probando los sillones uno detrás de otro y soñando que podía regalarle unos iguales a su Antonina. Inspeccionó la segunda habitación vacía, luego fue a la cocina donde delante del cuadro que se ofrecía a sus ojos, se quedó un instante paralizado por la emoción. Volviendo precipitadamente a la habitación ocupada por los Faliero, inquirió:

—Vengo de la cocina... ¡Prodigioso! Me ha recordado el único terremoto del que pude constatar los efectos en Calabria... ¿Qué horrible escena se ha desarrollado, pues, en esa cocina?

—¡Hace media hora que intento explicárselo!

—Pues bien, *signore*, le escucho.

Faliero empezó a contar los sucesos que habían pasado en la villa desde su llegada en compañía de Tosca. Cuando terminó de exponer los hechos, el mariscal alisó pensativamente su mostacho.

—*Signore*, supongo que no se atreverá usted a burlarse de un mariscal de carabineros, ¿eh?

—¿Por qué me pregunta esto?

—Porque su historia es difícilmente creíble...

—Lo reconozco y si no tuviese mi rostro para probarme que no lo invento, ¡me imaginaría haber tenido una pesadilla!

—*Ma qué!* Ese forzudo que les perseguía en motocicleta, que ha tratado de matarle, que le ha torturado, ¿no lo había visto nunca?

—¡Nunca!

—¿Y usted, *signora*?

—¡Nunca!

—¿Y ese Soubray qué buscaba?

Entonces, tuvieron que explicarle al mariscal quién era Jacques, la razón de su descabellada conducta a lo largo de todo el día. A medida que Tosca avanzaba en su narración, Corrado daba signos evidentes de un entusiasmo cada vez más difícilmente contenido. Al fin, no pudiendo aguantar más:

—*Signora*, ¿cómo ha podido usted desesperar a ese chico hasta ese punto? ¡Ese desgraciado la ama con locura! ¡Ah, *signora*, permítame decirle respetuosamente que ha actuado mal!

Y, apuntando con el dedo al techo:

—...¡Se arriesga a que le guarden rencor, allá arriba!

Faliero no aceptó este arranque lírico por una mala causa.

—Mariscal, ¡le ruego que preste atención a lo que está diciendo! ¡Es a mi mujer, a la *signora* Faliero, a quien está hablando!

—Lo sé, *signore*, lo sé. *Ma qué!* ¡Me pongo en el lugar del poverello a quien le han robado la chica que ama! Si me hubiesen quitado a mi Antonina, ¡habría prendido fuego de un extremo a otro de la península! ¡Y habría matado al raptor, al seductor, al sobornador!

—¿Pero qué está diciendo?

—Si no hubiese sido carabinero, naturalmente... Y ahora, ¿y si me enseña sus papeles, eh?

Santo le dio el libro de familia, y sus carnets de identidad que el mariscal examinó cuidadosamente.

—¿Está convencido ahora?

—¡Lo estoy! *Signora* Faliero, tengo el honor de saludarla respetuosa y rápidamente... Comprendo la pasión devoradora del francés. Sólo contemplándola, se siente uno turbado, emocionado...

Faliero le hizo volver a tierra de nuevo.

—¡Cálmese usted, mariscal, y ayúdenos a salir!

—¿Para ir a dónde, *signor*?

—¡Volvemos a Bolonia!

—¡Imposible! No tengo derecho a dejar mi circunscripción y se arriesgan a que les ataquen en la carretera. Pasarán la noche aquí en esta agradable habitación. Yo velaré, con el carabinero, sobre su sueño y sus amores.

—Pero...

—¡Es una orden, *signor* Faliero! ¡Una orden que me dicta mi responsabilidad! ¡Piense que quizás el francés llora por los alrededores inmediatos la pérdida de su amada! ¡Los amantes desesperados son capaces de todo, *signor* el Buenas noches, *signora*... Buenas noches, *signore*... No se preocupen de nada: ¡Corrado está aquí! ¡Venga, Morano! ¡Y tacto! Discreción, chico...

Cuando se encontraron solos, Tosca susurró:

—No estamos locos el uno y el otro, ¿verdad?

—No, querida mía...

—Entonces, ¿ese carabinero existe?

—¡Desgraciadamente!

—¿Y si telefoneo a papá?

—No te creerá y me pondrías en ridículo: aunque debo estarlo bastante a tus ojos, ya...

—No, Santo, no... Hemos sido víctimas de algo monstruoso, impensable... Tratemos de dormir, pero con todos los peligros que nos rodean, yo no me desnudo.

Tosca se quitó los zapatos, imitada por su marido. Se estaba quitando su blusa para ponerse la bata cuando, una vez más, entró el mariscal. La joven dio un grito y se escondió bajo las mantas. Corrado saludó después de una nueva inclinación.

—¡Saludo a la belleza y al pudor *signora*!

En calcetines —lo que le quitaba peso a su cólera— Faliero gritó:

—¡Lárguese usted!

—Está delante de una dama, *signore*, cuide sus expresiones, ¿eh? Una simple llamada telefónica a mi Antonina, para tranquilizarla. Estoy seguro de que la señora lo comprenderá... la solidaridad entre mujeres, ¿eh?

Mientras el mariscal se dirigía al teléfono, Santo miraba a su mujer de la que sólo se veían los ojos, luego separó los brazos en un gesto de impotencia.

—¡Hola! ¿Antonina? Es tu Cario... Todavía intacto, corazón mío, ¡y siempre amante! He estado muy bien en una situación difícil, por no decir delicada... Tú me conoces, miel de mis días, soy más bien modesto, ¿eh? Si te aseguro que he estado bien, puedes creerlo... ¿Dónde estoy? En el dormitorio de dos jóvenes que se disponen a iniciar su noche de bodas... Si la vieses, Nina, ella es casi tan bonita como tú lo eras... ¿Qué? ¡Oh! Nina, ¿cómo puedes pensar algo así?

Puso una mano discreta en el micrófono y lanzó a Tosca, con aire de intenso júbilo:

—¡Está celosa!

Luego volvió a su mujer.

—No continúes, Antonina, me darías pena y ya sabes en qué estado me pongo cuando me das pena, ¿eh? Entonces, ¡no insistas más!... Claro, la dejo con su marido... No, no creo que sea tu tipo, al menos eso pienso..., mucho menos guapo que yo... y luego sin ese andar marcial que tanto te gusta, ¿eh? Buenas noches, muñequita mía... Te beso en el cuello, bajo tus rizos... ¡Ah!, ¡ah!, ¡ah!

—¡Espero no haber sido indiscreto!

Estaban estirados uno al lado del otro en la cama, con la colcha sobre sus piernas. Trataban de dormir, y no lo conseguían. A Santo, con fiebre por los golpes recibidos, le dolía todo. Oyó a Tosca llorar suavemente. Torpemente, le cogió la mano con la suya:

—No llores, Tosca...

—No puedo impedirlo cuando pienso en todo lo que esperaba... No pedía demasiado, tampoco... La menor empleadilla de Bolonia tiene derecho a esa existencia tranquila que todo el mundo se pone de acuerdo en negarme. ¿Por qué? Estoy segura de que, desde que existe el mundo, ¡nunca una mujer ha tenido una noche de bodas como la mía!

—¡La culpa es de Soubray!

—Santo, ese hombre que deseaba tanto encontrarlo, ¿crees que lo habría asesinado?

—¡Eso espero!

—¡Oh!

—Escucha, Tosca, no me gustaba demasiado Soubray, pero después de hoy, ¡le odio! Jamás olvidaré lo que nos ha hecho y me pregunto cómo puedes todavía pensar en él sin asco.

—Quizá porque he pensado demasiado tiempo en él con ternura... Tú lo sabes, Santo.

—Sí..., pero lo que no sé, es por qué no hay llave en ninguna de las puertas.

—El tío Dino sufre claustrofobia... Le tiene horror a estar encerrado. Viviendo solo, teme siempre estar enfermo y que no se pueda llegar a él.

—¡Por culpa del tío Dino, no tenemos la posibilidad de encerrarnos! ¡Nos lo podría haber dicho!

—¿Quién habría podido prevenir lo que nos esperaba aquí? Santo, ¿crees que los carabineros nos velan?

—¿Y qué otra cosa podrían hacer?

—¿Dormir?

—¡Los carabineros, no! Pero tú deberías tratar de descansar...

—Buenas noches, Santo.

—Buenas noches. Tosca.

Llena de buena voluntad, cerró los ojos y empezó a dormirse, mas un ligero chirrido la arrancó del sopor sosegado por el que se deslizaba. Abriendo los ojos, vio entreabrirse ligeramente la puerta del baño. Luego la puerta se abrió totalmente y una sombra se introdujo en la habitación. Tosca se acordó de que el cuarto de baño tenía una ancha ventana, de vidrio emplomado, que daba al balcón circular. Se lanzó, asustada, sobre Santo, que se sobresaltó:

—¡Eh! ¿Qué pasa?

—Santo... ¡hay un hombre en la habitación!

—¿Un hombre? ¡Estás soñando!

Se volvió y encendió la lámpara. Había un hombre al pie de la cama.

—¡Usted!

—Yo mismo. Una suerte que no sea mi fantasma, ¡con todas las balas que me ha disparado hace un momento!

—¿Y qué es lo que quiere ahora?

—¡De usted nada! ¡Ni siquiera de esa desgraciada que empieza a pagar el precio de su traición!

Como movida por un resorte, Tosca saltó de la cama, ¡y Soubray vio con regocijo que no se había desnudado!

—¡Fuiste tú quien me traicionó!

—¿No tienes vergüenza? Te acabo de encontrar acostada con otro.

—¡Es mi marido!

—¡Ah! ¿Confiesas, eh? Eres tú quien se ha casado, ¡no yo! ¿Y con quién te has casado? ¡No conmigo, supongo!

—¡No, evidentemente!

—Entonces, ¿quién ha traicionado?

Cogiéndose los cabellos con las manos, Tosca se puso a gemir lúgubremente:

—¡Virgen santa! ¡Me están volviendo loca! ¡Tendrán que internarme! ¡Ya no sé con quién me he casado! ¡Ya no sé dónde estoy! ¡Socorro! ¡Socorro!

Despiadado, Jacques sentenció:

—¡Es el principio del castigo!

A su vez, Santo se levantó:

—Soubray, ¡aquí va a haber una desgracia!

—¡Ya ha tenido lugar cuando esta desgraciada ha dicho sí al

alcalde, esta mañana!

—¿Qué esperaba usted introduciéndose aquí, en plena noche?

—¡Encontrar mi cartera!

Y, sin más preámbulos, Jacques apartó a Faliero y pasó la mano bajo el colchón para sacar su cartera.

—La había escondido antes de ir a salvarle de ese gorila americano que le tomaba por un punching-ball... He tenido que esperar a que los carabineros se durmiesen y, ahora, no me queda más que desearles las buenas noches...

—¡Espere!

A la orden de Santo, Jacques suspendió su movimiento de retirada.

—Espere, Soubray... ¿Cree usted que tiene el derecho, el poder de intentar hacernos perder la razón, a Tosca y a mí? ¿Se figura usted que vamos a aceptar ser sus víctimas hasta que decida parar? ¡Pues bien! ¡Se equivoca, especie de crápula! ¿Dice usted que le he disparado en el jardín, hace un momento? ¡Pues lo único que siento es haber fallado! *Signor* Soubray, ¡un error como ese se puede reparar!

Mientras hablaba, Faliero había vuelto a la mesilla de noche para coger su pistola, que ahora apuntaba a Jacques, aún incrédulo.

—¿No me irá a disparar a sangre fría?

—Se ha introducido usted en mi casa en plena noche... me ha golpeado... ¿Quién se atrevería a reprocharme el haberme defendido?

—Tosca no permitiría...

—¡Cuando yo mando, Tosca se calla! Estamos en Italia, *signore francese*, no en su país, ¡y nuestras mujeres nos obedecen!

Soubray comprendía perfectamente que en el estado de exaltación en que se encontraba su rival, se arriesgaba mucho a morir. La puerta estaba lejos... ¿Llamar a los carabineros? Llegarían demasiado tarde. Se resignaba ya a esta muerte estúpida cuando Tosca —cuyo silencio hubiese debido intrigar a los dos hombres si sus pensamientos no estuvieran atrapados en su propia cólera— se lanzó sobre su marido quien vaciló, desequilibrado, y la bala se alojó en el suelo. Jacques dio un salto hasta el cuarto de baño y desapareció mientras la puerta del *living-room* se abría de una patada y ordenaban:

—¡Protección de disparo desde el suelo! ¡Cuerpo a tierra, Morano!

El carabinero obedeció:

—Y, ahora, ¡disparo sobre todo lo que se mueva! ¡Fuego a voluntad!... Entonces, ¿qué? ¿Dispara o no dispara, Morano?

—Mariscal, ¡no se mueve nadie!

—¿Hay algún muerto?

—Me parece que no, mariscal...

Cario Corrado avanzó prudentemente la cabeza, lanzó una rápida ojeada por la habitación y, de nuevo, con toda su soberbia dijo:

—¿Quién ha disparado?

—He sido yo.

—¿Usted, *signor* Faliero? ¿Y sobre quién, eh?

—Sobre el francés.

—¿El francés enamorado de la *signora*? Un atrevido, ¿eh? ¡No renuncia fácilmente! ¡Un hombre de mi estilo! Me gustaría conocerle...

—¿Y si le persigue?

—Antes, ¿por qué ha intentado usted matarle, *signore*?

—Porque no me gusta que alguien se introduzca en mi habitación por la noche, mientras duermo, salvo cuando se trata de carabineros, naturalmente...

—¿Y usted no había invitado al francés a entrar?

—Ya he tenido el honor de indicarle que me acabo de casar con la *signora*, aquí presente, ¡y por extraordinario que parezca, esta es nuestra noche de bodas! Ignoro cómo se hace en su pueblo, mariscal, pero en Bolonia, ¡nos gusta ser sólo dos para esta ocasión!

Con voz resignada, Tosca subrayó:

—Hubiera sido lo mismo irnos a la sala de espera de la estación. No habría habido mucha más gente y habríamos tenido más seguridad...

Cario Corrado saludó, se inclinó y con voz enamorada:

—*Signorina*, ya sabe que no debe temer nada mientras esté cerca de usted.

Tosca encogió los hombros y le dio la espalda.

—¿Tengo la desgracia de no gustarle, *signora*? ¡Sería la primera vez que una dama se enfada con Cario Corrado!

Santo se contenía desde hacía demasiado tiempo para no vaciar su corazón de una vez por todas:

—¡Un pelele, eso es lo que es usted, mariscal! ¡Un pelele ridículo, ni siquiera capaz de ejercer su oficio!

—*Signore*, ¡su rival francés me resulta cada vez más simpático!

—¿Sin duda es por eso por lo que le ha dejado escapar?

—Mil perdones, *signore*, ¡es usted quien le ha disparado... es usted quien ha fallado, luego es usted quien le ha dejado escapar! ¡y además, a mí no me ha hecho nada ese hombre! ¿Por qué quiere usted que le detenga?

—¿Y el estado en que me ha puesto la cara?

—Debe ser que usted le exasperó porque yo, *signore*, si no llevase mi uniforme, tendría un enorme placer partiéndole la cara... aunque ya se lo han hecho, y me excuso, *signora*, por la vulgaridad del término. Pero, voy a buscar a su enemigo, ¡contra el que no es capaz de defenderse solo! Si no estuviese la *signora*... en fin... Entonces, ¿cómo es este empecinado?

—Un tipo banal...

—Perdone, *signore*... Hablaba con la *signora*. Tengo la impresión de que ella le conoce mejor que usted... La escucho, *signora*.

—Es grande... Es moreno... Es guapo...

—¿Mucho?

—¿Perdón?

—Porque, *signora*, en Italia, los hombres guapos no faltan... Entonces, ese *signore* es bastante guapo... belleza banal, clásica... en fin, ¿cómo lo ve usted? O, entonces, es verdaderamente bello en el género de las estatuas de Miguel Angel o de Donatello... ¿la belleza con, además, la gracia? O bien es muy bello, ¿cree, *signora*, que se trata de esa belleza que te corta el aliento y te vuelve esclavo desde la primera mirada que te roza?

—No, tampoco hasta ese punto...

—Entonces ha tenido usted más suerte que Antonina... ¡Pobre corderita!... Había ido a San Gimignano en peregrinaje... Ella había venido con otras chicas toscanas... Cuando nuestras dos procesiones se cruzaron, ¡ah! *signora*... fue algo terrible, inolvidable... Cuando mi mirada topó con la suya, ella titubeó, cayó de rodillas... y se acabó.

—¿Se acabó?

—Nunca más pudo volverse a levantar. ¡Hace once años que está de rodillas ante mí! Y que es feliz, *signora*, como le deseo a usted que lo sea... ¿Carabinero?

—¿Mariscal?

—Vamos a buscar cuidadosamente —para calmar a este *signore* que parece creer que el cuerpo de los carabineros fue creado con el único fin de distraer a las clases pudientes con insomnio— vamos a buscar este hipotético francés que rueda por los...

El primer disparo le cortó la palabra al mariscal. El segundo le hizo mirar con inquietud a sus compañeros. El tercero estuvo a punto de mandarlo a esconderse, mas el grito de Santo Faliero: «¿Lo cree ahora?» le devolvió una clara noción de su deber. Saltó al teléfono:

—¿Antonina? Soy Cario... Quería decirte simplemente que salgo ahora para el combate... Los disparos suenan por todas partes... ¡Sé fuerte, amor mío, como yo lo soy! Y si no vuelvo, ¿me prometes ser fiel a mi memoria? Gracias.

Colgó pausadamente, sacó su pistola, quitó el seguro.

—*Avanti, carabinieri!*

Y salió a paso gimnástico con Morano.

En seguida, los disparos crepitaron: el mariscal y su subordinado parecían decididos a no ahorrar sus municiones.

Tosca preguntó a su marido:

—¿Sobre quién pueden disparar así?

Disparaban sobre todo, y Ronald Hunter, del MI5 británico, sorprendido por este refuerzo inesperado ayudando a Soubray, al que había pensado tener a su merced, se creía de vuelta a la época del desembarco de Dunkerque. Con la nariz en un ramillete de euforbas, dejó pasar la tormenta. Al inglés no le gustaba su oficio; no obstante, lo hacía escrupulosamente, persuadido de que cada misión lograda le acercaba al feliz momento en que tendría, al fin, derecho a volver con Daisy y los niños a Cockermouth. Gracias a esta convicción, Ronald estimaba que su principal preocupación debía ser conservar su esposo a Daisy que hacía tan bien los *cakes* al chocolate. Con la idea de los «high-teas» de antaño, el pelirrojo sonrió en las euforbas, sin ocuparse más de las fantasías guerreras

del mariscal y su carabinero. Llevado por una ola de aromas culinarios evaporados, sin embargo, hacía ya mucho tiempo, el marido de Daisy se perdió en sueños confortables, sonriendo a las escenas caseras a las que el eco de los disparos italianos no les quitaba en absoluto la claridad.

A pesar de su natural optimismo, Ronald Hunter, después de su fracaso en el café de Paolo Chiafino y de su afrenta, había estado a punto de abandonar la partida. Se creía quemado y fue más que nada para calmar su conciencia profesional por lo que, por la noche, decidió rondar el Palazzo del Genio Civile. La vista del equipo soviético le reconfortó. Ella también había fracasado... Pero se inquietó al no ver a Mike Morton. Hacia la medianoche, le advirtieron que Soubray se encontraba en la recepción de los Matuzzi. Cuando llegó a la vía San Vitale, los recién casado acababan de marcharse, seguidos de Morton. El británico tardó demasiado tiempo en enterarse de los últimos acontecimientos y tuvo que utilizar varios medios de locomoción para llegar a Cá Capuzzi. Llegaba, cuando vio salir a un hombre corriendo, con una cartera en la mano. Hunter no había dudado en disparar, pero el otro respondió, y siguió un tiroteo que se complicó con el fuego de los carabineros, salidos de la villa; lo que hacía que el marido de Daisy no comprendiese gran cosa de la situación. Viendo de nuevo al portador de la cartera deslizándose otra vez en la villa, se decidió a penetrar, si antes no caía bajo las balas con las que ese par de imparables continuaban regando el jardín a su alrededor.

—¿Es algo así, la guerra?

—Sabes, Tosca, no tenía más que catorce años cuando se acabó la última, pero me parece que los combates de vanguardia deben parecerse a lo que oímos...

Apelotonados los dos en la cama, escuchaban el cambio de disparos del que no llegaban a comprender las razones. Resignada, Tosca ya no lloraba. Aceptaba lo absurdo de la situación.

—¿Te parece que va a durar mucho tiempo, Santo?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

—¿Hubieras creído que el hecho de decirle «sí» al alcalde podía desencadenar toda esta serie de sucesos?... ¡Se diría que

innumerables fuerzas se han unido contra nosotros para impedirnos disfrutar del más mínimo instante de reposo!

—Quizá, Tosca, ¡pero te juro que, a partir de ahora, se acabó!

Dejó su revólver para tomarla en sus brazos.

—Ten confianza en mí, nadie vendrá a molestarnos, ¡no lo permitiría!

Emocionada por el acento convincente de Santo, cansada también, Tosca iba a abandonarse cuando mandaron brutalmente:

—¡Arriba las manos o disparo!

Se separaron y, volviéndose hacia el cuarto de baño, vieron a un pequeño pelirrojo que les amenazaba con su revólver. Santo juró groseramente; Tosca, al borde de la locura, estalló en risas y no recobró la respiración más que para decirle al intruso:

—¡Entre pues, por favor!

Hunter dudó, un poco desorientado por la inesperada acogida, mientras Faliero decía a su mujer:

—¿En qué estás pensando, Tosca, para invitar a este individuo a entrar aquí?

—Mejor tomar las cosas por el lado bueno, Santo. Sin duda está escrito que todo el mundo nos visitará en nuestra noche de bodas...

—Allá tú si quieres aceptar las cosas con resignación, ¡yo no!

Y empezó un gesto tratando de atrapar su pistola. La voz del inglés le clavó en su sitio:

—Mejor no lo intente, signare... Disparo bien.

—En fin, ¿qué es lo que quiere usted? Y, de entrada, ¿de dónde sale?

—Eso no le importa. Lo que quiero, es que me digan dónde se esconde.

—¿Quién?

Tosca cogió el brazo de su marido y dirigiéndose a Hunter:

—Un minuto, *signore*, déjeme adivinar. ¿No se tratará, por un sorprendente, un increíble azar, de Jacques Soubray?

—Sí.

Triunfalmente, la joven le gritó a su esposo:

—¡Estoy progresando, Santo! ¡Verás cómo acabo comprendiendo algo de lo que pasa!

—Yo, hace tiempo que he comprendido que mientras Soubray no repose a seis pies bajo tierra, no tendremos paz. Usted, pelirrojo,

¿está buscando a Soubray, eh?

—Sí.

—¡Entonces encuéntrele, amigo! Y cuando lo haya atrapado, ¡si necesita que le eche una mano para mandarlo al otro mundo, llámeme!

A Ronald Hunter no le gustaba mucho esta pasión.

—¿Es que no le gusta?

—¡Es lo menos que se puede decir!

—Entonces, ¿por qué no le busca usted por su cuenta?

Faliero señaló a Tosca.

—Porque no quiero dejarla sola: ¡sería capaz de raptármela!

—Ya veo...

En verdad el inglés no veía nada en absoluto, pero, en su oficio, hay que hacer ver.

—...Y, en su opinión, ¿por qué lado se escondería?

—Detrás de la fuente, en el jardín, en dirección del muro y los cipreses.

Cuando el pelirrojo volvía al cuarto de baño, para llegar al balcón, y luego al jardín, Tosca le detuvo:

—*Signore*... ¿usted detesta a Soubray?

—¿Yo? ¡Vaya idea!

—¿Pero si creía que tenía intención de matarlo?

—¡Sólo si estoy obligado! Es un colega... No tenemos ningún interés en molestar si no estamos obligados.

Se fue dejando a la joven perpleja.

—Santo... Me habían enseñado que el matrimonio y lo que seguiría me darían una nueva visión del mundo. Más bien tengo la impresión de actuar, a pesar mío, en un film surrealista donde la lógica no tiene ninguna importancia, donde las reglas sociales se toman a broma... Santo, ¿se ha visto alguna vez mujeres encerradas, el día siguiente de su boda, en un sanatorio siquiátrico?

—Lo ignoro, querida... ¿por qué me preguntas esto?

—¡Porque creo que es la suerte que me espera

—¡Estás loca!

—¡Lo ves!

—En fin, ¡no es eso lo que quiero decir. Tosca! estoy loca, ¿lo entiendes? ¡Loca! ¡Loca!

—Te lo suplico, querida, ¡cálmate!

—Y a ti, Santo Faliero, ¡te detesto! ¡Eres un mal hombre! Delante de mí, ¡has osado decirle a ese pelirrojo desconocido que matase a Jacques si podía!

—¿Pero, qué es lo que necesitas para abrir los ojos y obligarte a admitir que ese maldito Jacques es el origen de todo?

Sin responder, la joven saltó sobre la pistola de su marido que se había quedado sobre la mesa.

—Si el pelirrojo mata a Jacques, ¡te mato, Santo!

—Pero, yo soy tu esposo ante Dios y ante los hombres, Tosca.

—Verdaderamente, ¡no es el momento de recordármelo!

—Acabarás por hacerme creer que te arrepientes de nuestra unión.

—¡Y cómo! Si esto es el matrimonio, ¡no se lo aconsejaría ni a a mi peor enemiga!

—Veamos, Tosca mía, eres lo bastante inteligente para comprender que todo lo que estamos sufriendo no tiene nada que ver con nuestro matrimonio... con el sacramento... Es una venganza de Soubray complicada de sucesos cuya significación se me escapa.

—Pero, Santo, ¿estás de acuerdo en afirmar que el coloso que te ha golpeado, el pequeño pelirrojo, los carabineros, no son indispensables para nuestra noche de bodas?

—¡ Evidentemente!

—¿Entonces por qué están aquí? Faliero separó los brazos para significar su incapacidad total para responder, para encontrar una explicación. Estaba tan divertido que Tosca no pudo dejar de hacer notar:

—Pareces un pingüino, Santo...

Mas, como había desamparo en los ojos de su marido, añadió, amablemente:

—...Pero, me gustan mucho los pingüinos...

Dirigiendo mentalmente un último adiós a Jacques, fue a abrazarse con Faliero quien cerró sus grandes brazos alrededor de ella mientras el mariscal Cario Corrado entraba en la habitación y, llevándose la mano a la visera de su gorra, dijo:

—*Scussi... signora, signore...* ¡Vengo a rendir cuentas!

Santo quiso protestar, pero le fallaron las fuerzas. Le tocó a Tosca calmarle:

—Era evidente, amigo mío... Es suficiente que nos acerquemos

mutuamente para que las puertas se abran…

Impávido, el mariscal continuaba:

—Creo poder asegurar a la *signora* que ya no tiene nada que temer. …El individuo ha dado la impresión de huir más allá de los límites de la propiedad… Cuando se haga de día, buscaremos las huellas. ¿Me permiten?

Descolgó una vez más el teléfono:

—¿Aló?… ¡Ah!, ¿estás ahí, Antonina? ¿Estás de guardia cerca del aparato? Está bien. Estoy orgulloso de ti, mi palomita valiente. No haces más que tu deber, pero lo haces brillantemente, ¡te lo dice un mariscal!… Aquí, esto se calma. Hemos tenido un furioso encuentro. Gracias a Dios, todo está en calma por el momento… Creo que el carabinero Morano, y yo mismo, volveremos por la mañana. Cuento con calentarme en tus brazos, ¡oh, Antonina! ¡Ah! Sí, habría querido que hubiese muchos más adversarios, alma mía, ¡sólo para abatirlos en tu nombre!

Con el aparato en la oreja, Cario Corrado se volvió ligeramente para sonreír a Tosca, mas su sonrisa se colapso, ya que en el umbral de la puerta del cuarto de baño, un hombrecito con pinta de ser terriblemente malvado apuntaba al mariscal su pistola. Cario suspiró estranguladamente y, en el otro extremo del hilo, esta onomatopeya tuvo sobre Antonina el efecto de un SOS desesperado. Gritó, inquieta:

—Cario mío, ¿qué está pasando?

De color verde, el mariscal balbució:

—Caído en la trampa, Nina… la muerte me mira… Adiós, amada mía…

Desde la cama donde estaban sentados, contemplando el espectáculo que ya no les emocionaba, Tosca y Santo oyeron a través del aparato el ruido de la caída de Antonina en el suelo de su habitación. El mariscal se levantó y, habiendo puesto el teléfono en su sitio, se dirigió al pelirrojo:

—¿Entonces, *signore*?

Mientras lanzaba esta pregunta, Corrado bizqueaba del lado de la puerta del *living-room* que vio abrirse suavemente. Respiró a sus anchas, deseando que el carabinero se diese un poco de prisa.

—¿Dónde está el hombre sobre el que disparaban hace un momento?

—Lo ignoro, *signore*… ¡Sin duda ha escapado!

—Si hubiese escapado, ¡habríamos oído el motor de su coche!

El mariscal, asqueado, se dirigió a Santo y Tosca:

—Me habían dicho un moreno grande…

—¡Si no es él, mariscal!

—Entonces, ¿toda la población de la Emilia se ha dado cita aquí, esta noche? Faliero confesó lamentablemente:

—Empiezo a creerlo.

Tosca dejó oír una risa cantarína cuyos trinos se enredaron en las ramas de los árboles respondiendo a la canción del chorro de agua en el vaso de la fuente. Ronald Hunter odiaba esta alegría italiana —que no sabía nunca si era sincera o simulada— y gritó:

—¡Basta!…

Se callaron, contemplándole como a un bicho raro.

—¡La situación es grave y parece que ni lo sospechan! Están en juego enormes intereses, intereses delante de los cuales la muerte de un hombre, de una mujer, o de un mariscal de carabineros, ¡no tendría más que una importancia relativa!

Cario intentó protestar:

—Permítame, *signore*…

—¡No! Tengo que encontrar a Soubray, o a su cadáver… ¡y rápido!

—Tenga cuidado, *signore*, si no deja su arma sobre la cama, es su propio cadáver a quien se arriesga a encontrar, ¿eh?

El inglés se sobresaltó, mas, siguiendo la dirección de la mirada del mariscal, vio a un carabinero que le apuntaba con su fusil. Hunter, buen padre de familia, tiró su arma en la cama que debía ser nupcial. Cario carraspeó. La situación le volvía a sonreír. Alzando ligeramente el mostacho con un golpe de pulgar algo arrogante, comentó la coyuntura:

—Entonces, *signore*, ¿qué dice usted de esto, eh? Tendré que cachearle; ¿querrá perdonarme? Morano, mantenga el dedo en el gatillo de su arma y al menor gesto sospechoso… ¿Comprendido?

—¡Sí, mariscal!

—Y, al menos, dado el caso, apunte bien, ¿eh?

—¡Cuente conmigo, mariscal!

Silio Morano estaba tan ensimismado en su labor que no oyó abrirse la puerta detrás de él. Bruscamente, se sintió levantado por los aires y antes de tener tiempo de preguntarse nada llegaba, con la cabeza por delante, sobre la pareja Faliero. Santo, al recibir la masa del carabinero en el estómago, se desinteresó en el acto de la continuación de los acontecimientos. En cuanto a Tosca, aplastada bajo el peso del soldado, se contentó con señalar:

—¿Le parece a usted que así se comporta un carabinero?

El mariscal, no habiendo asistido al vuelo de su subordinado, sólo lo vio cuando estaba tirado en la cama. Gritó, ultrajado:

—¡Morano!

Ronald Hunter aprovechó la ocasión y, de un empujón, envió a Cario Corrado a reunirse con el carabinero y los Faliero, sobre la cama, donde se formó un extraño nudo gordiano, mientras Tosca, nerviosa, abofeteaba todo rostro que se presentaba ante ella. El inglés se fue hacia la puerta del *living-room* donde se encontró, bajo la forma de un directo clásico, el puño de Mike Morton, lo que tuvo como resultado inmediato no sólo parar su impulso, sino incluso hacerle recular hasta la cama donde cayó sobre el mariscal que se levantaba. De golpe, este último volvió a caer sobre Tosca quien le recibió con una nueva bofetada. Cario juró, anunció terribles sanciones y ordenó a Morano que le sacase rápidamente de esta molesta situación si no quería tener noticias suyas.

En cuanto a Santo, fuera de combate por el cabezazo involuntario del carabinero, se dejaba llevar por la refriega hasta el momento en que cayó al suelo, lo que le despertó de su inconsciencia.

Abrió los ojos, vio el techo, no perdió tiempo en preguntarse qué le había pasado, se levantó y tuvo que apoyarse en la pared para no caer de nuevo bajo el choque emocional que le infligió el espectáculo de su mujer legítima peleándose contra tres hombres... ¡en su cama! La paciencia, aunque sea conyugal, tiene un límite. Fuera de sí, Faliero agarró el bello vaso de Urbino del tío Vecchi y lo rompió con todas sus fuerzas sobre la primera cabeza que se le presentó, precisamente la del mariscal.

El bello Cario cayó bajo la embestida. El carabinero, cogido por el cuello, fue sacado de la cama invadida abusivamente. A su vez, el pobre Silio, ahora furioso, saltó sobre el inglés, todavía no del todo

de vuelta del país de los sueños donde le había mandado la derecha del americano, y lo catapultó a un rincón de la habitación, luego se precipitó en socorro de su jefe, pero tuvo que pasar por delante de Santo que, esta vez, se sirvió de un candelabro para dejarlo K.O. Mike, que contemplaba el espectáculo con aspecto de divertirse mucho, ordenó entonces:

—¡Calma! *Signor* Faliero, ¿dónde está el *signor* Soubray?

Antes de que su marido respondiese, Tosca dijo:

—¡Es verdad, no está aquí! ¡Has faltado a todos tus deberes, Santo! ¡Sólo falta él! ¡No está bien dejarlo ausente en este rally que tenía nuestra habitación como final! ¡En cuanto a usted, gorila, deje su arma en su bolsillo, si no quiere que tengamos una desgracia!

La joven volvió a ponerse sus zapatos y el gigante, divertido por esta insolencia, la miró venir hacia él, tan interesado por su bonito rostro enfurecido que no se percató que aguantaba en la mano la pistola de Ronald Hunter. Al llegar cerca del americano, Tosca le propinó una sólida patada en la tibia. Mike dio un rugido y mientras se inclinaba sobre su pierna golpeada que cogía con ambas manos, la joven, con todas sus fuerzas, le abatió la culata de la pistola en el cráneo y Morton, de la CIA americana, se derrumbó en silencio.

Entonces, Tosca lanzó un largo grito de guerra y, a su marido estupefacto, le espetó:

—¡La noche de bodas continúa!

Inquieto ante esta exaltación, Santo le aconsejó que no se pusiese más nerviosa.

—Ve con cuidado, Tosca, no estás en tu estado normal…

Con amplio gesto, ella mostró la decoración que la rodeaba:

—¿Por qué crees que todo esto es normal? Cuatro hombres además de mi marido, esta noche, ¿y debo pensar sin duda que todo está muy bien? Se pelean en mi cama… Recibo golpes… Los devuelvo… y ahora, ¿quieres hablarme de claros de luna y de estrellas? ¡Nunca! ¡Se acabó! Mi noche de bodas ¡quiero pasarla en un ring! ¡Me oyes, en un ring!

Los combatientes volvían poco a poco a la realidad. Santo tomó a su mujer por la mano y se la llevó al *living-room*.

—Dejemos que se aclaren… Ven, vamos a tomar algo caliente.

Entraron en la cocina y un doble grito se escapó de sus labios.

Después de poner un poco de orden, Jacques Soubray comía tranquilamente. Se levantó para invitarlos:

—Entrad... pero cerrad la puerta detrás de vosotros. Toda esta gente es decididamente demasiado ruidosa. ¿Queréis beber algo?

El furor ahogaba tanto la garganta de Faliero que no consiguió más que susurrar:

—Sou...bray...

—Veo que le falla la conversación como siempre. ¿Y tú. Tosca? ¿Qué tal la noche de bodas? ¿Inolvidable?

—Creo que, en efecto, es la palabra que conviene; pero, si sigues hablando, voy a tener una crisis y tendréis que ponerme cuanto antes una camisa de fuerza...

Recobrando la respiración, Santo amenazó:

—Soubray, voy a...

Pero su mujer le impuso silencio:

—¡Ya basta, Santo! ¡Mejor ayuda a Jacques a preparar el desayuno!

Mike Morton fue el primero en volver en sí. Habiéndose asegurado de que no había indicios de la cartera que buscaba en la habitación, no quiso —por espíritu de solidaridad— dejar a Hunter en manos de los carabineros y le despabiló con ayuda de vigorosas bofetadas. De pie, los dos hombres se recuperaban antes de tomar una decisión en cuanto a la iniciativa de irse o no del lugar. El inglés se encogió de hombros.

—Si quiere mi opinión, Mike, Soubray debe estar ya en el despacho de Giorgio Luppo con el dossier. Hemos perdido, viejo hermano...

—No estoy seguro... Si ha venido aquí, es que tenía alguna razón... y nada nos prueba que esta razón que ignoramos le permita volverse a ir.

—¿Entonces?

—Entonces, nos vamos a esconder afuera, para observar las idas y las venidas.

Al volante de su pequeño Fiat, Emil Laub subía gallardamente

por el camino de Cà Capuzzi. Por orden de la condesa, venía a velar por el confort de los jóvenes esposos. Mostró alguna sorpresa al constatar que varios vehículos estacionaban alrededor de la villa de Dino Vacchi. En el momento en que llegaba, vio a dos hombres saliendo furtivamente de la casa. No le gustó todo esto y se precipitó al jardín, donde estuvo a punto de caer, al derrapar en un casquete de bala. Esta vez, verdaderamente inquieto, corrió y entró en el *living-room* donde, al no percibir nada anormal, prestó atención y creyendo oír el ruido de respiraciones alternadas en la habitación, se dirigió de puntillas hacia la cocina cuya puerta abrió bruscamente para ser acogido por una triple exclamación de sorpresa:

—¡Emil! ¡Emil! ¡Emil!

Laub tenía suficiente oficio para no traicionar su sorpresa ante esta reunión matinal en una cocina que parecía haber sido el teatro de un ajuste de cuentas e, inclinándose, dijo:

—¿Podemos permitirnos preguntarle a la *signora* y al *signor* Faliero si han pasado una buena noche?

5

La pregunta era tan incongruente que no pudieron impedir el ponerse a reír. Impasible, Emil —de quien no se sabía nunca lo que pensaba— les miraba. Levantándose de la mesa, Tosca afirmó:

—Emil, ahora que está aquí, presiento que todo volverá al orden...

—Podemos en todo caso, asegurar a la *signora* que lo intentaremos con toda nuestra voluntad.

La joven vino a apoyarse contra la espalda del mayordomo.

—Emil, ¡es increíble lo que he soportado desde que dejé la vía San Vítale!

—Si no tuviéramos ante nuestra vista el desorden inesperado de esta cocina, estaríamos tentados a pensar que la *signora* exagera... ¿Podemos sugerir a la *signora* y a los *signori* que pasen al *living-room* mientras nos esforzamos en prepararles un verdadero desayuno?

Mostrando a Soubray, Faliero protestó: —¡El, no! ¡Ya hace demasiado tiempo que nos molesta! ¡No hay ninguna razón para que además le alimentemos!

Emil, desdeñoso, dijo:

—No es esa la tradición de los Matuzzi, *signor*... En casa de los Matuzzi, todo huésped es sagrado.

—¡Pues bien! ¡Yo no soy un Matuzzi! Y este individuo debe irse inmediatamente, Emil. ¡Échele fuera!

—Sentimos no poder acatar las órdenes del *signor* Faliero. Nos retiraremos con el *signor* Soubray. A nuestra edad no sabríamos conducirnos como en un cafetucho de barrio popular. ¿Quizás el *signor* Faliero no comprende nuestro punto de vista?

—¡Pues lárguense los dos!

Jacques pasó familiarmente su brazo bajo el del mayordomo.

—Vámonos, Emil, quedémonos entre gentes de mundo.

Tosca protestó:

—¡Si se van, me voy con ustedes!

Soubray afirmó, que le parecía lo mejor, lo que hizo que Santo saltara hacia la puerta interceptándolos con los brazos en cruz:

—Entonces, ¿esto continúa? ¿Aún no hemos acabado con esta noche imposible?

Soubray simuló asombrarse:

—¡Oh! Faliero, ¿cómo puede usted hablar así de su noche de bodas?

—Aunque sea la última cosa que haga en este mundo, Soubray, ¡le mataré!

Emil se puso delante de Santo:

—Quedaríamos muy agradecidos al *signore* si el signare quisiese recuperar su sangre fría...

Tosca tomó la iniciativa:

—Santo, ¡deja de decir tonterías! Dame la mano y ven conmigo a sentarte en el *living-room*... Jacques, quédate un instante con Emil para darle tiempo a mi marido a volver a una más justa comprensión de los acontecimientos; luego, reuniros con nosotros.

Una vez la puerta cerrada, Emil dio su parecer:

—La señorita Tosca es verdaderamente perfecta.

—Es terrible, Emil, ¡cada vez la quiero más!

—Lo comprendemos, señor. ¿Podemos preguntar si el señor ha tenido problemas esta noche?

—He estado a punto de tenerlos... ¡pero tengo la impresión de que Faliero ha tenido más que yo! Y sin embargo, él está fuera del asunto.

—¿De qué asunto, señor?

—Nada... en fin, una manera de hablar...

—El señor sabe sin duda, que hay varios coches parados en los alrededores inmediatos de la propiedad.

—¿Y qué?

—Señor, estos coches no han venido solos, desde luego... ¿Dónde pueden estar sus propietarios?

—¿Por los alrededores, sin duda?

—Sin ninguna duda, señor... El señor actuará entonces mostrándose prudente en el caso...

—¿En qué caso?

—En caso de que esta gente intente explicar al señor que no aprecian demasiado las pastas Pastori, de las que el señor se ha hecho el paladín… gente que me ha parecido encontrar ya en el ayuntamiento y que parecían muy interesadas por la cartera de la que el señor no se separa jamás, o raramente. ¡Hoy en día, la curiosidad y la mala educación no tienen límites!

—Escuche, Emil, dejemos este juego. Usted está al corriente, ¿no es verdad?

—Un criado no se permite jamás estar al corriente de lo que sea, señor, si no se le ha juzgado capaz para tomarlo por confidente: lo que, en la mayoría de los casos, está fuera de lugar y es… peligroso.

—*Pronto?*… ¿Perdón? ¿El marido? Nos parece oír el ruido del teléfono…

Dejando a Jacques perplejo, Emil dejó la cocina, atravesó el *living-room* donde, muertos de cansancio, Tosca y Santo dormitaban en un sillón, y entró en la habitación cuyo desorden le chocó. Descolgó:

—*Pronto?*… ¿Perdón? ¿El marido? Nos tememos no entender el sentido de su pregunta, *signora*. ¿Su marido debería estar aquí? ¿Con un carabinero? ¿Para hacer qué? ¿Detener a unos asesinos? *Signora*, creemos que hay un error… o que la *signora* ha sido víctima de una broma de dudoso gusto. Podemos asegurarle que no hay aquí… ¡Oh! ¡Espere! No se vaya, por favor…

El mayordomo se dirigió a la cama donde acababa de ver emerger una bota. Se inclinó y descubrió un mariscal de carabineros. Le sacó de su incómoda posición, notó que tenía la frente azul como si le hubiesen golpeado en la pared con la cabeza, le sentó en la cama, le dio golpecitos en las mejillas y cuando Cario Corrado se decidió a abrir un ojo, Emil preguntó:

—¿Tiene usted una mujer llamada Antonina, *signor* mariscal?

El suboficial dio un suspiro prodigioso cuyo tamaño impresionó al mayordomo.

—Antonina… ¡el sol de mi existencia! ¿Dónde está?

—En su casa, aparentemente.

—Entonces, ¿por qué me habla usted de ella? ¿Con qué derecho se permite usted hablar de esa santa, eh? ¿Dónde la ha visto usted?

—Nosotros no hemos visto a la *signora*.

Sólo la hemos oído.

—¿Dónde?

—Ahí... está al otro extremo del hilo y reclama a su marido, mariscal de carabineros.

—¡Soy yo!

—Es lo que habíamos supuesto.

—Ayúdeme a llegar hasta ella, la pobre...

Emil condujo a Cario hasta el teléfono.

—*Pronto?*... ¿Nina?... No grites, ¡me torturas! ¿Si estoy herido?... No creo... aunque mi cabeza... ¡Ah!, vuelvo de lejos... En una emboscada, ¿oyes, Antonina? ¡En una emboscada, ahí es donde he caído! ¡Me han aporreado! ¿Quién? ¿Cómo quieres que lo sepa? Ve a la tienda de Pierangelli y cómprale una escalopa bien gorda, me la pondré en la frente para sacarme la sangre... si no, ya lo estoy viendo, es la congestión, la fiebre cerebral... ¡la locura o la muerte! No, no llores, Antonina mía... aunque una viuda como tú sería francamente mona... aunque no estaría ahí para decírtelo, palomita mía... en lo que a mí concierne, si no estoy ahí, ya no me interesa, ¿eh?

Discretamente, al darse cuenta que la conversación se tornaba tierna, Emil se había retirado.

—¿Qué me ha pasado? No lo sé... Te juro que, por el momento, soy incapaz de poner dos ideas una detrás de otra... ¡sufro tanto! Se me hace largo el tiempo sin estar a tu lado... tú eres mi salud, mi remanso, Antonina mía... Sí, me iré en cuanto haya recuperado a Morano... Ya comprendes que un jefe no puede volver sin sus tropas, ¿eh? Pongo mi corazón herido entre tus fieles manos... *Ciao!*

El mariscal colgó pensativamente. Aún no del todo vuelto a la realidad, trataba de adivinar lo que le había pasado. Se acordaba vagamente de un pequeño pelirrojo amenazándole con su pistola, luego el carabinero que le daba la vuelta a la tortilla. A partir de ese momento, el hilo de los acontecimientos se interrumpía y se veía en la cama con el carabinero, la joven y el mismo pelirrojo —¡lo que parecía verdaderamente incomprensible!— luego la noche... La vaga impresión, de todas formas, de un terrible golpe en la cabeza... Instintivamente, Cario levantó los ojos al techo para ver si se había caído algún trozo. El techo estaba intacto, lo que no aclaraba el problema. Volviendo al suelo, la mirada del mariscal cogió, de

pasada, una mano saliendo de detrás del diván patas arriba. Empuñó su revólver y fue resueltamente hacia el hombre emboscado. Apartando el mueble, Corrado descubrió al carabinero que parecía dormir. De una magistral patada en el trasero, le traja conjuntamente a la realidad y a la disciplina militar.

—Ma qué? ¿Morano? ¿Dónde se cree usted que está, eh?

Completamente aturdido, el carabinero no comprendía nada.

—Entonces, ¿mientras yo peleo, mientras hago frente a una jauría desencadenada, usted, Morano, duerme, eh?

—¿Duermo, mariscal?

—Si no dormía, ¿qué hacía ahí detrás, eh?

—No lo sé, mariscal.

—¿Y su fusil? ¿Dónde está su fusil?

Morano miró sus manos una detrás de otra como para convencerse y concluyó, desesperado:

—No lo sé, mariscal…

—¿Sabe lo que eso significa, Morano?

—No, mariscal.

—¡El consejo de guerra, Morano, simplemente! ¡El consejo de guerra!

Ante esta perspectiva, el carabinero estalló en sollozos y Cario, emocionado, acabó dándole golpes en la espalda para consolarle.

—Vamos, vamos… Silio… Cálmese… Yo no he dicho que le vaya a mandar al consejo de guerra, ¡sino que era usted punible! Tiene que encontrar el fusil… ¿Cómo podría explicar su desaparición en mi informe?

En seguida, el carabinero se puso a cuatro patas e inspeccionó la habitación. Acabó encontrando su arma bajo la cama. La recuperó y se cuadró en un impecable «firmes» delante de su jefe. Enternecido, el mariscal sonrió:

—Está bien, Morano… Olvidemos todo esto. Pero otra vez, esté un poco más atento a su deber, ¿eh?

En la cocina, Emil acababa de restablecer un orden superficial. En el *living-room*, Santo y Soubray se miraban como perros de loza, sin atraverse a gritar por temor a despertar a Tosca que dormía. El mariscal, seguido del carabinero, se introdujo en medio de esta

escena familiar y, en seguida disipó la aparente quietud dirigiéndose a Faliero:

—¡Ah! ¡está usted aquí!

Tosca se despertó sobresaltada, luego gimió:

—¿Todavía carabineros? La pesadilla continúa...

Cario se volvió hacia ella:

—*Scussi*, *signora*! ¡pero hay algunos límites que el mejor carabinero del mundo no puede permitir que se sobrepasen! ¡Alguien me ha golpeado! ¿Quién?

—¿Cómo quiere usted que lo sepa?

—¿Dónde está el pequeño pelirrojo que nos amenazaba con su arma?

Faliero se rio:

—¡Si se imagina que le ha esperado!

—Por un lado, le comprendo... ¡porque hubiese sido terrible! ¿Y ése quién es?

—El francés...

—¿El francés que ama a la *signora*?

Jacques se levantó:

—Veo que está al corriente, mariscal.

—Estoy al corriente, *signore* y permítame que le diga que tiene usted buen gusto.

—Gracias, mariscal... Es bueno encontrar un hombre de corazón...

Emocionado, Carió Corrado estrechó las manos de Soubray.

—¡No desespere!... ¿Quién puede decir lo que ha decidido el cielo, eh?... ¿quizá será viuda un día?

Faliero chilló:

—¡Venga! ¡No se molesten! ¡Asesínenme ya que están en eso!

Corrado le miró, glacial:

—Me parece, *signore*, que nadie le ha invitado a mezclarse en esta conversación.

De rabia, Faliero cogió un vaso que encontró a mano y lo tiró al suelo donde se rompió. El ruido despertó la memoria del mariscal que se precipitó hacia Santo.

—¡Ya me acuerdo! ¡Ha sido usted!

—¡He sido yo!... ¿Qué?

—¡Quien me ha aporreado con un jarrón!

—¿Está soñando?

Corrado dudó, luego con rabia:

—¡Tiene suerte, *signore*, de que no lo pueda jurar!

—¿Que tengo suerte? *Porca miseria!* ¡Que tengo suerte! ¡Es el colmo!

El mariscal le miró con visible asco y, dirigiéndose a Tosca, dijo:

—Creo, *signora*, que esta actitud debe hacerla arrepentirse.

—¡Lo que sienta mi mujer no le incumbe, mariscal! *Ma qué!* ¡No hay ninguna ley que me obligue a soportar las insolencias de un carabinero! ¡Lárguese de aquí! ¿Me oye? ¡Lárguese!

Cario saludó dignamente a Tosca:

—Acepte mis condolencias, *signora*...

A Jacques le dijo:

—Espere, *signore*... Sus ojos acabarán por abrirse. A propósito, *signor* Faliero, ¿quién es ese hombre que he encontrado en la habitación?

—Emil, el mayordomo del conde Matuzzi.

—¿Y qué ha venido a hacer?

—Su trabajo.

—Perfecto. Si he comprendido bien, los asaltantes han desaparecido, la pareja un instante desunida se reforma, el mayordomo repara los desperfectos materiales y los carabineros que han sido arrancados de su sueño, y que se han arriesgado a morir, ¿no tienen más que retirarse? ¡Qué digo retirarse! ¡Se les pone en la puerta, Santa Madona!

—Exactamente, mariscal. Y, para ser sinceros, ¡cuanto antes desaparezcan los carabineros, mejor!

—Perfecto... ¿Lo oye, Morano? Chico, es necesario acostumbrarse a la ingratitud de aquellos que socorremos para honrar nuestro uniforme. Vamos, Morano, retirémonos... La dignidad ante todo, Morano, ¡acuérdese, la dignidad!

—Sí, mariscal.

Tosca intervino:

—Yo se lo agradezco, mariscal... Sin ustedes, ¡a estas horas, quizás estaríamos muertos, mi marido y yo!

—Por usted, *signora*, lo sentiría...

Y mostrando al francés y guiñando un ojo dijo:

—...por él también, por lo demás.

Se estiró:

—*Signor* Faliero, quiero asegurarle que, por mi parte, pueden robarle, torturarle, destriparle, asesinarle varias veces seguidas, ¡yo no moveré un dedo! ¡Que se burlen del mariscal Cario Corrado una vez, bueno! ¡Pero no dos veces, *signor*! O sea, que ya está prevenido… *Stia bene!*

Una vez se fueron los representantes de la ley, Santo se dio cuenta que acababa de sufrir, en estas últimas horas, más humillaciones que las que se podrían soportar en una vida entera. Entonces, la tomó con su mujer:

—Tosca, ¡no te entiendo! ¡Defiendes a todos los que me insultan o me atacan!

—No exactamente, Santo, y si estuvieses en tus cabales, ¡reconocerías que me esfuerzo en arreglar las cosas calmando a aquellos que atacas injustamente!

—¿Jacques Soubray, por ejemplo?

—Su caso es diferente…

Jacques se inclinó:

—Gracias, Tosca querida.

Santo protestó:

—¡Le prohíbo llamar a mi mujer «querida»!

—Puestos a hacer, prohíbame que la ame.

—*Ma qué!* ¡Claro que se lo prohíbo!

—Mil perdones. ¡Es imposible!

—¿Le oyes, Tosca?

—Evidentemente… ¡No soy sorda!

—¿Y no te indigna?

—¡No puedo impedir a este hombre que me ame!

—¡Pero puedes impedirle que te lo declare! Soubray, ¿qué es lo que quiere en el fondo?

—No lo sé… Cuando la miro, ya no pienso en nada… Hace tanto tiempo que nos amamos, Faliero…

—Eso es, continúe… ¡no se molesten! ¿Quiere que salga?

—No me atrevía a pedírselo…

—¡Ya basta, Soubray! En cuanto a ti, Tosca, déjame decirte que tu actitud me hiere profundamente. Te conduces de una manera…

Señor Soubray, ¿y si se va antes de que llame a Emil?

—¡Imposible!

—¿Se niega a irse?

—No es que no quiera... pero no puedo.

—¿Y por qué, *prego*?

—Faliero, ¡tiene usted poca memoria! ¿No habrá olvidado los incidentes de esta noche?

—¡Santa Reparata! ¿Cómo podría olvidarlo? No he olvidado nada, Soubray, ¡y sobre todo que es usted a quien debo esta noche infernal!

—¿Se figura quizá, que los dos individuos que me buscaban han renunciado a encontrarme?

—Se han ido, me parece.

—No deben estar lejos... Me esperan. Hacerme salir, Faliero, es enviarme a la muerte.

Santo no pareció demasiado afectado por esta perspectiva. Al contrario. Tosca se indignó:

—¡Sólo faltaría que te transformases en asesino, Santo!

—No es ese el asunto... y lo sabes bien, Tosca; pero Soubray, ¿está usted seguro de no exagerar, para hacerse el interesante a los ojos de Tosca, eh? De entrada, ¿por qué esos hombres quieren matarle?

—Para quitarme mi cartera.

—¿Su cartera? ¿Bromea?

—Le juro que no tengo las más mínimas ganas.

—Veamos, ¿qué hay, entonces, en esa cartera?

—Los planos del motor que estaba poniendo a punto con su tío.

—¿Qué está diciendo?

—Me ha oído perfectamente, Faliero.

—¿Pretende usted poseer los planos robados a mi tío hace tres meses?

—Exactamente.

—Entonces, Soubray, es usted quien... quien...

—¿Quien los ha robado? ¿Lo cree usted verdaderamente ?

—Me parece que después de...

—¿Y tú, Tosca?

—Seguramente, no, Jacques. Ignoro cómo están estos planos en tu posesión pero, de todas formas, ¡estoy convencida de que no has

actuado mal!

—Gracias, Tosca.

Esta alianza entre su mujer y Soubray irritaba a Faliero. Veía una forma de mofarse de él y, a su pesar, tenía que convenir en que Tosca se mostraba mucho más amable con Soubray que con él.

—Todo esto es muy bonito, pero cuando hayan acabado de cambiar cortesías ¿quizás el *signor* Soubray aceptará revelarnos por qué milagro esos planos robados en el laboratorio de mi tío están en su poder?

—Porque fui a buscarlos...

—¿A buscarlos? ¿A Rusia?

—No... a Maribor, si le interesan los detalles.

—Y... ¿qué les pasó a los ladrones?

—Lo que les pasa a los espías que fallar el golpe...

—Veamos, ¡todo esto son tonterías! ¿En virtud de qué estaría usted mezclado en este asunto?

—Porque pertenezco a los Servicios Secretos italianos.

Esta revelación, hecha con voz tranquila, dejó a los otros dos anonadados. Santo fue el primero en recuperar su sangre fría.

—Así, ¿usted es un espía?

—Si usted quiere... No lo habría dicho nunca si no hubiese decidido presentar m: dimisión.

—¿Remordimientos? ¿Asqueado?

—Fatiga, simplemente, y también una esperanza que ha durado hasta esta mañana...

Tosca enrojeció y bajó la cabeza. Faliero insistía:

—Entonces, ¿esos hombres que nos han atacado esta noche...?

—Unos compañeros que trabajan para Inglaterra y América.

—¡Nuestros aliados!

—En los Servicios Secretos no hay aliados; ¡no hay amigos!

—¿Y por qué guarda esos planos con usted?

—Porque desde ayer trato de llegar a quien debo dárselos y aún no lo he conseguido.

—¿Por qué razones?

—Demasiada gente me espera en el camino que debo tomar.

—En todo caso, ¡Tosca puede darse cuenta ahora del bonito individuo que es usted! Un espía... ¡No hay nada más asqueroso!

—Quizá... pero se necesitan, ¡aunque sólo sea para reparar las

negligencias de los sabios imprudentes! Para que su invención familiar no cayese en manos de los soviéticos, he tenido que vivir tres meses con la muerte como compañera. Cada paso en la escalera de los hoteles donde vivía podía ser el de la policía viniendo a buscarme... En cada hombre que me rozaba en la calle, el tren o el café, tenía que sospechar al asesino pagado para ponerme en estado de no molestar... Son largos tres meses de este régimen, *signor* Faliero... muy largos...

Tosca escuchaba. Se daba cuenta de que sólo Jacques contaba para ella. No habiendo sabido encontrar en su ternura una razón para esperar, se había separado para siempre.

—Tu silencio, durante estos tres meses, ¿era por esa causa?

—Desde luego... Me lanzaron sobre la pista de los ladrones la noche misma que debía telefonearte, Tosca. No tuve tiempo y ahora, mira...

Ella bajó la cabeza para decir:

—Te pido perdón.

Emil entró por suerte, lo que distendió una situación de difícil salida.

—¿Té o café para la *signora*?

—Té, Emil, por favor.

—¿Y para los *signori*?

Santo y Jacques optaron por café. El mayordomo anunció que aparte de los daños causados por las balas, el apartamento no había sufrido demasiado.

—¿Nos preguntamos si debemos poner al *signor* Vacchi al corriente telefoneándole?

Faliero se encogió de hombros:

—¿Para qué? Igualmente se enterará demasiado pronto... ¿Emil?

—¿*Signore*?

—¿Conoce usted el verdadero oficio de Jacques Soubray?

—Sabemos que el *signor* Soubray viaja de vez en cuando para la casa Pastori.

—¿Y si le dijeran que es falso?

—Responderíamos que eso no nos incumbe de ninguna manera. El *signor* querrá excusarnos pero tenemos unas tostadas en la tostadora.

Furiosa, Tosca le dijo a su esposo:

—¡Toma ejemplo, Santo! ¡Un mayordomo te da una lección de discreción! ¿Qué necesidad tenías de ir a contarle esto? ¡Acabaré creyendo que tienes indignos pensamientos!

—¡Soy, sobre todo, desgraciado, eso es todo! ¡Cómo quisiera estar en el sitio de Soubray!

—¿Y por qué?

—¡Porque me iría y así habría acabado con una existencia que empieza a pesarme!

Disimulados tras un bosquecillo de enebros, Mike Morton y Ronald Hunter habían visto irse al mariscal y a su carabinero.

—¿Cree que van a volver, Mike?

—Esperemos... Puede que crean que hemos huido... como es posible que hayan ido a buscar refuerzos.

—Eso sería malo para nosotros...

El americano sacudió la cabeza.

—En nuestro trabajo, es importante tener siempre confianza, chico, si no estás perdido... Descansemos tranquilamente.

Ya tendremos tiempo de decidir qué conducta adoptar si vuelven los carabineros. Desde aquí, vigilamos la carretera. Si Soubray quiere coger su coche, se encontrará en dificultades. ¿Ve cómo tenía razón, Ronnie? El francés está aún por los alrededores... No ha salido con los carabineros y, ¡mire su coche al lado de la carretera! ¿Es difícil admitir que se dirija a pie a Bolonia, eh? Desde mi punto de vista, ¡están haciendo buenas migas ahí dentro! Tendría que haberme ocupado más activamente de esa pareja, seguramente se habrían desinflado... ¡pero no pierden nada por esperar! Les dejamos recuperarse y si, dentro de media hora no ha pasado nada, vamos allá. ¿O.K.?

—O.K... ¿Está usted casado, Mike?

—¿Con el trabajo que hago? No, gracias. Tengo una amiguita en Sioux City, en Iowa... Yo soy de allí. Si no salgo demasiado malparado de este oficio, dentro de cinco o seis años nos casaremos... Iré a pescar al viejo Missouri. Viviremos felices... Lo único es que pueden pasar muchas cosas de aquí a cinco o seis años... A veces, Ronnie, me digo que habría hecho mejor entrando en la Policía de Sioux City... No habría viajado, de acuerdo, pero

Marión quizás me habría dado niños…

—¿Por qué entró en los Servicios Secretos?

—Me parece que fui engañado, viejo… Había leído demasiados libros… Me figuraba que en este trabajo, entre dos peleas, había muñecas de aúpa, dispuestas a todo por el honor de la profesión… y que se podían gastar dólares a paletadas. ¡Qué va! Como peleas, tengo una bala en la pierna, una puñalada en la espalda y una bala en el costado… Atrapé las tifoideas, la rubéola y estuve a punto de morir de vómito negro… En cuanto a muñecas, los ejemplares encontrados ni siquiera habrían hecho soñar a un colegial… Y en cuanto a dólares, cuando compro una caja de cerillas, tengo que ponerlo en la nota de gastos… Engañado, viejo, no hay otro nombre. ¿Vosotros estáis mejor?

—No… ¡Aún son más ratas!

—¿Fue por las muñecas, por lo que se metió en este oficio de locos?

—No precisamente… Tengo que decir que Daisy —es mi mujer— y yo somos amigos de infancia. Íbamos a la misma escuela allá en Cockermouth, que es de donde somos, en Cumberland. Yo soy forzudo, pero siempre he sido pequeño y las mujeres, al menos en Inglaterra, no prestan demasiada atención a los hombres pequeños…

—Y además, es usted pelirrojo…

—Soy pelirrojo, de acuerdo, ¿y qué?

—¿Eso gusta en Inglaterra?

—Todavía bastante…

—¡Ah! No en nuestro país. Vamos, su Daisy, ¿no le tiene en cuenta que sea pelirrojo?

—¡Ella es pelirroja!

Mike dio una palmada fuerte en la espalda de su compañero:

—¡Vaya con Ronnie!… Entonces, ¿es sólo su talla lo que ella le reprochaba?

—No es que me lo reprochase, pero yo veía que sufría… Los demás conseguían éxitos deportivos y yo no tenía más que la astucia para conseguir alguna proeza. Luego vino la guerra… Esperaba tomarme una buena revancha, pero no tuve, por decirlo así, ocasión de batirme. Estaba en contabilidad. A tres compañeros míos les mataron, dos volvieron heridos y con medallas… Entonces,

un día que estaba en la sala de cultura física donde hacía judo, un tipo vino a hablarme... Brevemente, fue para dejar pasmada a Daisy por lo que entré en los Servicios Secretos. Nos casamos, tenemos dos hijos, Alan y Montgomery...

—¿También pelirrojos?

—¡Lo contrario hubiese sido sospechoso, Mike! Naturalmente, todo Cockermouth está al corriente de mis actividades secretas o, al menos, imagina estarlo gracias a Daisy, puesto que cada vez que en el mundo hay una explosión, un avión que desaparece, un tren que descarrila, un atentado espectacular, vienen de todas partes a preguntar a mi mujer si, por casualidad, estoy en el asunto. Daisy —que no sabe nada— hace ver que se niega a responder, pero con unos guiños de ojos cómplices, con lo que, para la población de Cockermouth, ¡tengo más sangre en las manos que Hitler y Stalin reunidos!

—¿Es el personaje célebre de Cockermouth?

—Sí..., pero, echando cuentas, tendría que haberme quedado como contable. Al menos, vería a Daisy y a los niños... y, además, podría jugar a los dardos el sábado en *La Jarra de Estaño*...

—¡No desespere, viejo! Todo tiene un final. Por el momento, como los carabineros no vienen, vamos a ocuparnos un poco del *signor* Soubray.

—¿Cree verdaderamente, Mike, que ese mariscal no va a volver con refuerzos para organizar una batida?

—¿El mariscal? ¡Estoy seguro de que está en la cama con hielo en la cabeza!

Carlo Corrado no estaba acostado, pero le faltaba poco. Después de haber dado instrucciones a Grinda —su segundo carabinero— y permitido a Morano tomarse unos instantes de reposo, había vuelto a su casa donde Antonina le acogió con terribles gritos y lúgubres gemidos. Había querido quitarle ella misma sus zapatos, quitarle su capa, instalarle en un sillón, prepararle un café bien fuerte antes de permitirle contar nada. Pero si le impedía hablar, ella, en cambio, no se privaba.

—San Enero es testigo, Cario mío, de que he vivido unas horas horribles... ¡Te creí muerto! Ya te veía extendido en la cama con tu

uniforme de gala, las manos juntas sobre un rosario...

—¡Caray, Antonina, caray!

—¿Qué sería de mí sin mi Cario, eh?

—¡Viuda!

—¿Qué es lo que dices?

—Digo que si yo desaparezco, serías viuda.

—¡Nunca! ¡No quiero ser viuda!

—Tampoco es que yo lo desee demasiado, palomita mía.

—Cario, ¡acuéstate en seguida! Yo te hago una infusión de manzanilla con un vaso grande de grappa... Sudas y todo el mal te sale del cuerpo.

—*Ma qué!* ¡No estoy enfermo! Simplemente cansado...

—¡Pues bien!, ¡haz como si estuvieras enfermo!

—¿Y mi deber, Antonina?

—Tu deber es conservarme a mi marido porque un marido como tú, ¡no encontraría otro!

—Si quieres saberlo, Antonina, esa es también mi opinión.

—Entonces, ¿me permites que me lo guarde, a mi marido?

A pesar de sus protestas cada vez más débiles referentes a sus responsabilidades inmediatas, Antonina obligó a Corrado a ponerse un bonito pijama color hoja-muerta, con adornos púrpuras y le puso en la cama, donde le forzó a tomarse una infusión hirviente reforzada con tal cantidad de alcohol que, ayudado por el peso de las mantas, el mariscal no tardó en quedarse transformado en alcázar. Tranquilizada, Antonina respiró: ¡Aún no se quedaría viuda!

Tosca, Santo y Jacques acababan de desayunar. Apenas habían cruzado unas palabras, demasiado cansados para discutir todavía. Las revelaciones de Soubray entristecían a la *signora* Faliero hasta el punto de desear morir. Aceptaba con remordimiento que su impaciencia, su falta de confianza, había estropeado la vida de los dos. Por su parte, Santo se daba cuenta de que su mujer y Jacques le miraban como a un intruso. Sentía una profunda amargura. Impasible, pareciendo no tomar ningún interés en estos debates sentimentales, Emil se dedicaba a sus ocupaciones rituales. Tosca declaró que se disponía a tomar un baño y que advertía a todo el

mundo, ya que la puerta del cuarto de baño no tenía cierre, como las demás puertas, y no quería que alguien fuese, por equivocación, a molestarla en sus abluciones. Cara a cara, Jacques y Santo se examinaban con aversión no disimulada. Faliero hizo notar:

—Siento que los tipos de Maribor no le aventajasen... ¡Así nos hubieran librado de usted!

—En ese caso, habría tenido que decir adiós a los planos de su motor.

—¿Y qué? ¡Prefiero Tosca a todos los motores del mundo!

Soubray se levantó.

—Yo prefiero irme a dar una vuelta... ¡Tengo demasiadas ganas de zurrarle la badana!

Al salir Jacques, Faliero llamó a Emil para pedirle que preparase un segundo desayuno. Cuando el mayordomo se hubo reintegrado en la cocina, encendió su primer cigarrillo, pero olvidó tirar la cerilla —que acabó quemándole— al ver entrar al enorme tipo que, la noche anterior, le había golpeado salvajemente. Santo quiso gritar, pero ningún sonido salió de su garganta contraída. Por lo demás, la pistola que Morton le apuntaba le incitaba a moderar sus manifestaciones indignadas. Se contentó con suplicar a no se sabe quién:

—No es verdad... ¿Es una pesadilla? ¿Otra vez usted? ¿No irá a volver a empezar?

El americano sonrió:

—No pretendía... a menos que usted me obligue, naturalmente. ¿Entonces? ¿Dónde se esconde?

—¿Quién?

—Tengo la impresión de que es usted quien vuelve a empezar, *signore*.

—¿Todavía se interesa por Soubray?

—Todavía.

—Estaba aquí hace un momento... No debe estar lejos.

—Un consejo: no se mueva, quédese en su sitio mientras busco...

Sin quitarle a Faliero la vista de encima, Morton abrió la puerta de la primera habitación, miró rápidamente, luego se fue a entreabrir la puerta del cuarto de baño. En seguida, un grito agudo

atestiguó la turbación de Tosca, sorprendida como vino al mundo. Mike cerró la puerta sin darse demasiada prisa y volvió a decirle a Santo:

—En nuestro país, cuando tomamos una ducha, nos encerramos...

Luego se dirigió a la cocina, donde se encontró con Emil, quien, sin perder la calma, preguntó:

—¿Qué desea, *signore*?

—¿El *signor* Soubray, *per favore*?

—¿No estaba desayunando?

—No.

—Entonces, no lo sé...

Durante esta corta entrevista, Ronald Hunter, a fin de tomar al adversario por la espalda, se presentó a su vez en el *living-room* y preguntó a un Faliero anonadado:

—¿Está usted solo?

—Es una forma de decirlo... ¿Usted también busca a Soubray?

—Sí.

—No está en la casa... al menos no lo creo.

—Con su permiso, voy a asegurarme. Sobre todo, ¡no se mueva!

Resignado, Faliero aseguró al inglés que podía prender fuego a la casa, él no se movería de su sitio. Hunter entró en la habitación, y al abrir la puerta del cuarto de baño fue acogido por otro grito de Tosca. Como buen británico, Ronald enrojeció hasta las orejas delante del espectáculo que se le ofrecía y cerró precipitadamente:

—*Sorry, Mrs*...

Volvió al *living-room* cuando Morton salía de la cocina.

—¿Entonces, Ronnie?

—Nada, Mike.

—¡Sin embargo, no se puede haber volatilizado!

Sin imaginarse lo que le esperaba, Jacques entró en el *living-room*. Los ojos exorbitados de Faliero le hicieron comprender lo que pasaba. Quiso saltar hacia atrás, pero era demasiado tarde, el americano estaba entre el jardín y él. De un empujón, tiró a Hunter y se lanzó a la habitación con los otros en los talones. Soubray trataba de llegar al salón pasando por el cuarto de baño, pero

cuando abrió esta puerta, el grito de Tosca le paralizó y sus perseguidores le cayeron encima. Morton inmovilizó a Jacques, y Ronald cerró la puerta del cuarto de baño diciendo:

—*Excuse me, Mrs*…

Pero Tosca, desfallecida, se deslizaba a lo largo de la pared. En el *living-room*, donde alcanzó a Mike y Soubray, Hunter, buena persona, anunció que la *signora* parecía encontrarse mal. Emil, que atravesaba la habitación, se precipitó y, olvidando llamar, entró en el cuarto de baño cuando Tosca se levantaba. No gritó, ya no le quedaban fuerzas. Horriblemente avergonzado, el mayordomo llegó al punto de hablar en su lengua materna:

—*Verzeihen Sie mich, gnädige Frau*…

En el *living-room*, los acontecimientos se precipitaban. Morton y Hunter, que tenían a Soubray en un rincón de la habitación, le persuadían de darles la cartera sin obligarles a emplear métodos más convincentes. Faliero, muy excitado, protestaba:

—¡No conocen a los franceses, *signori*¡ ¡Este no querrá echar a perder su misión! ¡Preferirá que le maten aquí mismo! ¡Es un hombre valiente, el *signor* Soubray! Pueden prepararse para pegarle… ¡y duro!

Jacques miró a Santo:

—¿Le gustaría que estos gentlemen me eliminasen definitivamente, eh? Pero no tengo ganas de dejarme estropear sólo para complacer a un sádico… *Signori*, aquí está mi cartera. He hecho lo que he podido para conservarla, ¡pero los planos del tío Faliero no merecen, desde mi punto de vista, que les sacrifique inútilmente mi vida!

Santo rio sarcásticamente:

—¡Es usted un cobarde, Soubray! Siempre lo había sospechado…

—Y usted, sin duda, va a mostrarme cómo se muere para defender la invención de su tío.

—¡Mi trabajo es inventar, no pelear! ¡Para eso están los asesinos de su especie!

La llegada de Tosca anudándose el cinturón de su bata acabó de irritar a Faliero.

—¡Tosca! ¿Estás completamente loca? ¿Te presentas desvestida ante las miradas lúbricas de estos energúmenos?

—¿Qué importancia tiene?

—¿Pero qué dices?

—Todos me han visto desnuda en los últimos minutos, Emil incluido... Entonces, no es realmente el momento de hacer gala de mi pudor...

—Tosca... ¡me decepcionas!

—¿Y tú, Santo? ¿Crees verdaderamente estar a la altura de las circunstancias? ¿Acaso me habías anunciado que nuestra noche de bodas parecería un paseo turístico del que yo sería la principal atracción? ¿Estos *signori* se han retrasado, sin duda? ¡Pero los reconozco! ¡Son esos originales que no saben que los Juegos Olímpicos de Roma se han terminado y desean absolutamente mostrarnos sus cualidades pugilísticas! ¿Qué puedo hacer por ustedes, *signori*?

Morton, encantado de la amabilidad que le demostraban, y quizá no lo suficientemente sutil como para molestarse por la ironía de Tosca, se inclinó torpemente.

—Nada, *signora*... El *signor* Soubray nos ha dado prueba de su buena voluntad, y no tendremos que molestar su quietud durante más tiempo... ¿Esa cartera, Soubray, *please*?

Jacques se la tendió. Mike dudaba y luego, riendo, dijo:

—¿Me cree tan ingenuo, Soubray?... Tírela a mis pies, lo prefiero, y levante las manos. Venga, viejo.

La cartera cayó delante del americano, que esperó a que Jacques levantase las manos para sacar la pistola y agacharse a fin de recoger el portafolios sin quitar los ojos del francés. Cuando Mike iba a levantarse, Hunter dijo suavemente:

—Sentiría mucho acabar mi carrera con la muerte de un tipo tan simpático como usted, Mike... Deje su arma en el suelo...

Morton volvió la cabeza hacia su compañero británico:

—*Ronnie, you!... Dobled-cross!...* (¡Traidor!).

—Vamos, Mike, en mi lugar, ¿no haría lo mismo?

—Sí... ¡He sido estúpido! O.K., ¡pagaré el error!

Se levantó.

—¿Y ahora, Ronnie?

—De una patada, envíe su pistola hacia mí...

Morton obedeció.

—Perfecto..., y ahora, haga lo mismo con la cartera.

El americano lo hizo.

—¿Cree verdaderamente que se la llevará con usted, Ronnie?

La sonrisa irónica de Mike inquietó al inglés. Sintió que algo pasaba o iba a pasar para su desventaja. Se agachó rápidamente para coger el arma del americano y meterla en su bolsillo.

—Voy a retirarme con mi trofeo, Morton.

—No lo creo, Ronnie.

—¿Por qué?

—¡Mire detrás suyo!

Hunter se rio, burlón:

—Un truco muy usado, Mike, y que me sorprende de su parte.

Sin perder de vista a los que tenía enfrente y que le contemplaban curiosamente, Ronald empezó a agacharse lentamente para coger la cartera, pero una breve orden suspendió su movimiento dejándole en tan ridícula y grotesca postura que Tosca no pudo aguantarse la risa.

—No se mueva demasiado, camarada Hunter... Me recordaría lo cruel que se mostró ayer con respecto a mí en San Petronio...

El inglés comprendió que Natacha Andreievna tomaba su revancha y admitió, resignado, que Daisy debería educar ella sola a Alan y Montgomery...

—Levántese, Hunter... ¡Venga hacia mí de espaldas y si trata de darse la vuelta, disparo!

Con los brazos levantados, Ronald empezó a andar con paso incierto.

—¡Alto!

Se inmovilizó y Natacha le quitó rápidamente los dos revólveres, el suyo y el de Morton. Este último se puso a reír:

—¡No ha tenido suerte, Ronnie!

Natacha obligó al americano a callarse.

—Vosotros, agentes del capitalismo, hacéis esto por dinero... ¡Me dais asco! Sois demasiados, si no os mataría con placer a unos y otros, ¡sucios enemigos del pueblo! Usted, inglés, vuelva donde está la cartera y empújela hacia mí con el pie... Exactamente como le ha ordenado a su amigo americano que lo hiciese...

Hunter ejecutó escrupulosamente las consignas recibidas.

—Bien. Ahora vaya junto a los demás...

Natacha recogió la cartera objeto de tantos desvelos. Morton y Hunter parecían tristes. Faliero parecía divertido por el espectáculo,

mientras Tosca, a quien ya nada podía sorprender, miraba la escena con indiferencia. En cuanto a Soubray, sabiendo lo que había en la cartera que la rusa se llevaba, no conseguía mostrarse nervioso. Lo único que le molestaba era que Natacha, precisamente, recuperara la cartera. ¡Giorgio Luppo se sentiría decepcionado!

La joven reculó hasta el balcón, con el arma siempre apuntando a los presentes. El interés de estos últimos aumentó cuando Emil abrió suavemente la puerta de la cocina y dio algunos pasos detrás de Natacha sin que ésta se diera cuenta. Hunter y Morton esperaban que el mayordomo, habiendo escuchado lo sucedido, se lanzaría sobre el vencedor despreciando la bandeja que aguantaba con las manos. Natacha se sobresaltó cuando una voz respetuosa le susurró casi en el oído:

—¿La *signora* tomará una taza de té?

Olvidando a los que amenazaba, pivotó sobre sí misma, apuntando el cañón de su revólver en el vientre de Emil.

—¡Vuelva a su cocina, usted!

—Pero, la *signora*...

—¡Largo, lacayo del capitalismo! ¡Esclavo!

—A las órdenes de la *signora*...

Los demás dieron un suspiro de decepción, sobre todo Tosca y Jacques que conocían bien al mayordomo. Este, durante el movimiento que empezó para volver a la cocina tuvo un desliz y soltó la bandeja, cuyo contenido —té, leche, café, mantequilla y confituras— se extendió por la falda de Natacha Andreievna que, al mismo tiempo quemada y escandalizada, gritó:

—*¡Dourak!* (¡Imbécil!).

Instintivamente, bajó la cabeza para constatar la extensión del desastre y el puño derecho de Emil le golpeó en el mentón tan limpiamente que Natacha pasó, sin tener conciencia de la indignación, al sueño. Como movidos por un resorte, Mike y Ronald se lanzaron sobre la cartera. La agarraron al mismo tiempo y Morton levantaba ya su enorme puño para desembarazarse del inglés cuando el mayordomo anunció:

—Los *signori* seguramente se equivocan.

Parados en su impulso, miraron a Emil quien, con la pistola de Natacha en la mano, dijo:

—No creemos equivocarnos acordándonos de que esta cartera es

propiedad del señor Soubray, ¿no es así? Estamos seguros de que los señores no querrán, por nada del mundo, apoderarse de algo que no les pertenece y que tendrán la amabilidad de devolvérsela al señor Soubray...

Morton admitió, el primero, su nuevo fracaso.

—O.K..., bien jugado. Tendremos que volver a empezar, Ronnie...

Mike lanzó la cartera hacia Jacques y, cogiendo a su colega inglés por la espalda, salió en su compañía, no sin haber recuperado las pistolas que Emil tuvo cuidado de descagar excusándose:

—Sentiríamos mucho que tuviesen un accidente... y es natural tomar precauciones.

Antes de abandonar la habitación, el americano le dijo a Emil:

—Usted me interesa, viejo... Tendremos que hablar juntos un día de estos...

—Será un honor para nosotros, *signore*...

Al desaparecer los dos hombres Tosca afirmó juntando las manos:

—Emil, ¡es usted un hombre extraordinario!

—La *signora* es muy buena. ¿Qué hacemos con esta joven que hemos debido golpear con una brutalidad que no es propio de nuestro carácter?

Jacques respondió:

—Átemela bien, Emil, y yo voy a telefonear a Moglio para pedir a los carabineros que vengan a buscar el paquete.

—¿Podemos utilizar la habitación del *signor* y la *signora*? Sentiríamos que, por culpa nuestra, esta *signorina* sufriese más de lo necesario...

Con su mímica, Faliero indicó que esta historia no le incumbía en absoluto y que dejaba a los otros el cuidado de tomar una decisión, de lo que se encargó su mujer:

—Desde luego, Emil...

Tosca acompañó al mayordomo a la habitación donde, apasionadamente interesada, miró atar las manos y los tobillos de Natacha Andreievna, luego poner un cojín bajo la nuca con gestos cariñosos, atentos, que emocionaron a la *signora* Faliero.

—¿Está usted casado, Emil?

—No, *signora*.

—Es una lástima…
—¿Para quién?

6

El carabinero Renato Grinda a quien su colega había puesto al corriente de sus aventuras en Cà Capuzzi, se felicitaba interiormente de no haber estado obligado a participar en la expedición. Instalado en el despacho-sala de guardia, habiéndose puesto a sus anchas, leía un semanario consagrado al cine y saboreaba las últimas noticias concernientes a la Lollobrígida, de quien estaba secretamente enamorado. El repiqueteo del teléfono le arrancó de sus fantasías encantadoras donde se veía en California casado con una célebre actriz parecida a su ídolo, y que no dejaba a los fotógrafos, a los reporteros y a los managers más que para preparar el cocido de los *bambini* que Renato le había dado. En sus delirios oníricos, el carabinero conservaba una mentalidad de pequeño burgués y el sentido impetuoso de la familia.

Todavía sumergido en sus sueños, susurró: «*Pronto?*» con voz lánguida. En el otro extremo del hilo, Soubray se quedó un momento desconcertado. Sin embargo, Renato Grinda reaccionó de pronto ante las explicaciones que su invisible interlocutor le iba dando, arrancándolo de sus brumas irreales. Horrorizado, comprendió que la historia de aquella noche continuaba y que a su vez, se vería involucrado. De entrada, quiso negarse tratando, tonta y puerilmente, de relegar los inconvenientes y protestó:

—¡No, *signore*, no! *Ma qué!* No é posible! ¡El mariscal apenas acaba de llegar a su casa!... Que le llame... ¿Yo? ¡Oh! *Signore*!... ¡Usted no puede exigirme esto! ¡Yo no le he hecho nada, *signore*!... *Scusi?*... ¿Si estoy borracho?

La injusticia tenía el don de hacerle perder la sangre fría al carabinero Grinda. Al escuchar formular tal sospecha, se enfadó:

—¡Tiene usted suerte de no estar aquí cerca de mí, porque le

mostraría que no estoy borracho! ¡Perfectamente, voy a prevenir al mariscal, y vamos a subir a Cá Capuzzi! ¡Y si le encuentro me tendrá que dar explicaciones!

Lleno de ira, Renato colgó y descolgó, inmediatamente, bajo el impulso; aunque, al mismo tiempo que componía el número del mariscal, su cólera disminuía y cuando el timbre sonó, a lo lejos, en el apartamento de Cario Corrado, le falló la moral hasta el punto de que un poco más y deja el aparato en su soporte. La voz de Antonina le respondió antes de que hubiese tomado esta decisión indigna de un carabinero. Puso a la mujer de su jefe al corriente de los acontecimientos y le dijo que por un increíble azar, un prisionero esperaba en Cá Capuzzi que vinieran a prenderle.

La primera reacción de la *signora* Corrado fue negarse a despertar a su esposo que se estaba recuperando de una noche espantosa; sin embargo, la perspectiva de verlo traer, encadenado, al causante de los males nocturnos del bello Cario, encendió en su corazón el fuego de la venganza y le hizo olvidar la prudencia. Aseguró a Renato Grinda que el mariscal estaría dispuesto en media hora y que viniesen a buscarle con el jeep.

Despertado, Cario creyó de entrada que se trataba de una broma de mal gusto que, por parte de Antonina, le sorprendía; mas, cuando se convenció de la veracidad de la llamada recibida y de la promesa hecha en su nombre por su mujer, ¡juró ante sus grandes dioses que deseaban verlo morir! Totalmente resuelto a olvidarse, momentáneamente, de un mundo sin piedad que ignoraba a un mariscal de carabineros, se tiró las mantas por encima de la cabeza, igual que César, moribundo, se llevaba a la cara su toga.

Desconcertada por esta desaparición, Antonina inició un largo monólogo donde empezó por recordarle a Cario el amor que le tenía; de ahí, pasó astutamente a las razones profundas de su ternura, insistiendo sobre el orgullo que sentía de ser la compañera de un hombre al que todo el mundo envidiaba. Luego, con un arranque, se elevó sobre las contingencias terrestres, habló del deber, del honor y cuando, al fin, agotada, tuvo que callarse, se asombró de la falta de reacción de su marido. Con mano temblorosa, estiró la manta que tapaba el rostro querido y se dio cuenta que el mariscal estaba soltando todas las lágrimas de su cuerpo. Antonina no podía soportar tal espectáculo sin participar y,

fundiéndose en llantos, se arrojó sobre el pecho del mariscal.

Cuando hubieron agotado las delicias de la pena compartida, el mariscal se sentó en la cama.

—Antonina, ¡hablas bien!

—Porque hablo con el corazón, Cario.

—Entonces, la próxima vez, ¡trata de hablar con el cerebro!

Ella le miró sorprendida.

—¿Qué quieres decir?

—Simplemente, que he apreciado tu discurso, pero que no me ha convencido. ¡Sigo en la cama!

—Cario, ¡no serás capaz de hacerlo!

—*Ma qué!* ¿Me vas a dar órdenes, ahora?

—¿Y por qué no? Tu honor, ¡no es sólo tuyo! ¡Llevo tu nombre, Cario Corrado!

El mariscal cruzó los brazos sobre su pecho y, con tono lleno de amargura:

—¿Y ahora me insultas, Antonina?

Ella no respondió. El la miró. Ella no bajó los ojos. Cario se dio cuenta bruscamente que tenía delante a una Antonina que no conocía. Tomó conciencia de que su pequeño mundo familiar, reposando sobre verdades tan primarias como esenciales, tales como su poder absoluto sobre su mujer, se venía abajo de golpe. Se levantó y, lleno de una gravedad desesperada, comentó su decisión:

—Me visto... y subo a Cá Capuzzi entre esos asesinos... ¡No tengo ningunas ganas de vivir!

El alarido de Antonina la emparentó un segundo con la leona a quien acaban de matar al macho o de llevarse a sus pequeños, y por lúgubre que fuera esta protesta, cosquilleó agradablemente el amor propio del mariscal. Comprendió que estaba en el buen camino para recuperar su autoridad perdida o, al menos, amenazada. Soberbio, completamente desatado de los problemas de aquí abajo, ordenó:

—¡Cállate, Antonina!

—¡No puedo!

—*Ma qué!* ¿Eres tú o no eres tú quien me envía a la muerte?

—¡No!

—Escúchame, Antonina: ¡Me has insultado! Ahora, ¡aunque te arrastrases a mis pies suplicándome que no fuese a ese matadero de Cá Capuzzi, iría igualmente!

Esperó un instante antes de concluir, lleno de amargura:

—Por lo demás, ni siquiera me lo pides...

Al presentarse Silio Morano, interrumpió la patética escena que se desarrollaba entre Antonina y su marido. Incluso en pijama el mariscal intimidaba al carabinero.

—¿Cómo es que es usted y no Grinda quien me acompaña a Cá Capuzzi?

—Grinda quería venir, mariscal, pero he creído mi deber no abandonarle...

Cario se volvió hacia su mujer y se contentó con contemplarla con ironía. Luego, dirigiéndose a Silio:

—Morano, no lo olvidré... Creemos que podemos contar con los que tenemos más cerca, con los que están ligados a nosotros por lazos de sangre o ataduras sagradas, pero —acuérdese de esto, Morano, incluso si es el último consejo que le doy— ¡los extranjeros son siempre más devotos que los parientes! ¡Le digo gracias, Morano! ¡Gracias, amigo mío! ¿Tu mano?

El mariscal tuvo que ir a buscar la mano que el carabinero guardaba en la costura del pantalón y la estrechó calurosamente. Antonina se sorbía las lágrimas; mas, sus mejillas enrojecidas por la vergüenza, le quemaban. Dispuesto a cualquier arrebato lírico, Cario abandonó la mano de Morano para ponerle la suya en la espalda y empujándole con un bello movimiento digno de la antigüedad:

—*Andiamo, fratello mio!*

Pero Antonina, que tenía los pies en el suelo, hizo notar mientras se mocaba:

—De todas formas, ¿vas a ir en pijama?

A pesar de estar abierta la verja de entrada, el mariscal insistió en llamar. ¡Aplicaba el reglamento, ya que le pedían que se presentase en Cá Capuzzi en virtud de ese mismo reglamento! Emil acogió a los carabineros y Cario se dirigió altivamente al mayordomo:

—*Prego*... ¡condúzcanos a sus dueños!

Emil se inclinó y, precediéndoles, se dirigió al *living-room* donde Tosca, Jacques y Santo les esperaban. El mariscal se inmovilizó en

un «firmes» perfecto y, mientras los demás se levantaban para acogerle, se llevó la mano a la visera de su gorra:

—Estamos aquí, bajo petición del señor Soubray, para proceder al arresto de un individuo que les habría atacado con un arma de fuego y que habrían reducido... *E vero?*

Divertida por la solemnidad del mariscal, Tosca advirtió:

—Es exactamente eso, con la única diferencia, de todas formas, que se trata de una mujer.

—¿De una mujer?

Soubray precisó:

—Una soviética, Natacha Andreievna, doncella.

—¿Usted la conoce?

—¡Claro!

—Bueno... ¡Pues bien!, *signore*, ¿quiere conducirme a su lado? ¿Dónde la han puesto?

—En la cama.

—¿Qué?

—¡Después de haberla atado sólidamente! ¿Si quiere seguirme?

Sin embargo, en la habitación no había nadie, y en la cama, sólo las cuerdas cortadas atestiguaban la estancia de Natacha. El mariscal alisó su mostacho:

—Pues, no estaba tan sólidamente atada, ¿eh?

Jacques contemplaba la cuerda cortada que tenía en la mano.

Cario Corrado aspiró profunda y largamente antes de lanzarse a una diatriba que le pesaba en el alma desde que Antonina le había despertado:

—*Signore* francés, le pido que crea que no siento ninguna animosidad particular hacia sus compatriotas y lo que pasa al otro lado de los Alpes me deja indiferente. Para decirlo todo, eso no me incumbe. La neutralidad, *signore*, la estricta neutralidad. En cambio, no admito, no tolero que un francés se permita atravesar la frontera que separa nuestros dos países, ¡con el único fin de intentar desconsiderar al mariscal Cario Corrado!

—¡Le aseguro, mariscal, que no se trata de eso!

—Scusi, *signore*!... Vivía tranquilo en Moglio, sin ambiciones, al lado de una mujer para quien era el buen Dios vuelto de nuevo a la tierra, orgulloso de la estima de mis superiores y de la confianza de mis subordinados, consciente de hacer honor al uniforme que llevo.

Ma qué! ¡Aparece usted en el horizonte sereno de mi existencia e, inmediatamente, es el infierno!

—Creo que está usted exagerando, mariscal.

—Scusi, *signore*! Me arrancan de la cama para obligarme a subir a Capuzzi en plena noche. Me encuentro con locos y fantasmas. Recibo disparos. Me golpean y cuando se hace de día, se me despide y a punto están de acusarme de meterme en lo que no me importa. Apenas llego a mi casa para reposar, merecidamente, cuando me obligan a volver a salir de mi cama, a pelearme con Antonina, ¿y todo para qué? ¡Para ocuparme de la persona de un prisionero que cuando llego, se ha ido! ¿Y usted, cree que esto es serio, *signore*?

—¿Serio?... ¡Sí, muy serio, mariscal! Usted no puede comprender...

—*Grazie!* Sólo me faltaba oírme tratar de imbécil... ¡Ya está hecho! *Grazie tante, signore*!

—¡No, mariscal, no es esta la cuestión!

Esa mujer atada en la cama no se ha liberado sola. Es imposible, ¿no es así, Emil?

—Absolutamente excluido, señor.

—Luego alguien la ha liberado... Lo que significa que los hombres que se encontraban aquí esta noche no han abandonado los parajes.

—¿El pequeño pelirrojo que ha osado amenazarme con su pistola antes de permitirse enviarme bajo la cama? A ése, ¡lo cogeré! ¡Tenemos cuentas pendientes!

Olvidando sus rencores, el mariscal se llevó a su ayudante para batir la zona con la esperanza de ponerle la mano encima a Ronald Hunter.

Al ver pasar a Cario y a Morano dirigiéndose al jardín, Santo y Tosca se sorprendieron de que Natacha no estuviera con ellos. Puestos al corriente por Jacques, Faliero convenció a Tosca para dar una vuelta con él para escapar, aunque sólo fuese una hora o dos, a la atmósfera irrespirable de la villa donde la continua presencia de Jacques, y la intermitente, pero siempre inesperada, de los representantes de Inglaterra, Estados Unidos y U.R.S.S., volvían la existencia inaguantable a una recién casada soñando en soledad.

Antes de aceptar, Tosca hizo prometer a Jacques que no cometería imprudencias en su ausencia; éste la tranquilizó:

—No tengas ningún temor, Tosca, voy a aprovechar que no estáis aquí para descansar un poco; lo necesito. Para estar del todo tranquilo, por lo demás, voy a esconder la famosa cartera en la lavadora. Si nuestros amigos vuelven, ¡no se les ocurrirá buscar ahí!

Tosca salió al fin en compañía de su marido después de haber obtenido de Emil la seguridad de que velaría a Jacques como si fuese su hijo, lo que no fue demasiado del gusto de Faliero.

Morton y Hunter, liberados por la caída de Natacha entre las manos de sus adversarios, volvieron al puesto de observación del que se habían marchado una hora antes para cosechar un nuevo fracaso. Pero, cabezotas los dos, no querían dejar el hueso. Observaron a Natacha que se iba discretamente saltando por el balcón. Cuando estuvieron seguros de que no se llevaba la cartera, no se movieron. Después observaron la llegada del mariscal y del carabinero. Ronald gruñó:

—¡Otra vez ellos!...

Mike le tranquilizó:

—Ellos no cuentan...

—¡Eso no impide que nos vayan a molestar!

—No... ¡si yo no quiero!

Hunter no pudo reprimir un ligero escalofrío al ver los puños de su compañero. Un poco sorprendidos, vieron a los carabineros irse de nuevo de la villa para lanzarse a la naturaleza, como perros de caza. El inglés preguntó:

—Según usted, Mike, ¿qué están haciendo?

—Nos buscan...

—¿Cree que no nos encontrarán?

—Espero que no, Ronnie, si tienen familia...

Luego les tocó a Santo y a Tosca abandonar la casa cogidos de la mano. Hunter que, decididamente, no estaba a su gusto, hizo notar:

—Y ésos, ¿nos buscan también?

—¿Esos?... Ya tienen bastante ocupándose de ellos mismos sin preocuparse de nosotros... ¡Parece que desean facilitarnos el trabajo vaciando el lugar!

—¿Qué entiende por eso, Mike?

—Que Soubray se queda solo...

—¡Con el mayordomo!

—Nos ocuparemos también de él. Ese chico me interesa mucho... ¿Vamos, Ronnie?

—Le sigo.

Se levantaron, pero, casi inmediatamente, Ronald juró y tuvo que agacharse para abrocharse el lazo de su zapato. Sin apenas reflexionar, Morton levantó su puño y pegó duramente en la nuca de Hunter quien se derrumbó, con la nariz en las piedras, sin dar un suspiro.

—*Sorry*, Ronnie..., pero usted me hizo lo mismo hace un rato. Sólo puede haber un ganador, viejo, y, con su permiso, seré yo.

Morton arrastró a Hunter hasta un arbusto al que le ató cuidadosamente; pero, condescendiente, le dejó su pistola. No quería humillarlo.

Emil estaba muy atareado en la cocina, al obligarle la carencia de personal a ocuparse de todas las cosas. Preparaba un *osso buco* con las provisiones traídas de la vía San Vítale. El *osso buco* era un gran éxito. Acababa de enharinar cuidadosamente las rodajas de jarrete de buey y las disponía con amor en una gran cacerola de cobre con mantequilla cuando preguntaron a su espalda:

—Seguramente estará bueno, ¿eh, viejo?

El mayordomo se volvió pausadamente y no demostró la más mínima emoción al reconocer a Morton. Se contentó con hacer notar:

—Nos imaginábamos que era usted...

—¿Por qué?

—Porque sólo un americano es tan mal educado como para llamar «viejo» a un mayordomo. Querrá perdonarnos, pero si tiene que seguir con sus excentricidades, será preferible que apague el horno, si no se quemarán mis *osso buchi*.

—¡Continúe así y será usted quien se quemará!

Emil se inclinó.

—Vemos que usan juegos de palabras fáciles en Washington.

—¡Ya basta! ¡Usted exagera, viejo! Soy buen chico, eso está claro, ¡pero tengo un límite! ¡Siéntese!

—¿En las rodillas del *signore*?

—¡Eso es, continúe! ¡Búrlese de mí! ¡Y luego se quejará si le doy un directo en la nariz!

—¿Qué hacemos entonces?

—Ya le he dicho que se siente, ¿no?

Emil obedeció, ya que no le gustaba en absoluto la nerviosa manera de Morton de agitar su pistola.

—¿Y ahora?

—Se calla, mientras le ato con los trapos que corren por aquí.

—Desde luego, vaya pasatiempos tienen en América.

Una vez el mayordomo atado, Mike le colocó una mordaza en la boca y, tranquilo. se fue en busca de Soubray. No tardó en encontrarlo dormido en la cama. El americano estuvo mirando por la habitación con la esperanza de ver la cartera, mas en vano. Se vio forzado a despertar a Jacques, quien al verle no pudo aguantarse de decirle:

—Me parece que es usted algo pesado.

—Sí. Esa cartera, ¿me la da sin más tonterías?

—No.

Morton suspiró resignadamente.

—¿Le divierte este tipo de ejercicio?

—Nadie le obliga a hacerlo.

—No diga tonterías, Soubray. Sabe usted muy bien que no me iré de esta casa sin los planos del profesor Faliero, ¡incluso si me veo obligado a matarle para conseguirlo!

—Mi muerte no le indicaría nada…

—Su muerte, quizás no, sino lo que la precederá.

—¡Ah!, ya veo… ¿Piensa torturarme?

—Con disgusto… ¿Le golpeo en seguida o se deja atar?

—Prefiero recibir los menos golpes posibles. O sea, áteme.

Con la ayuda del cinturón de Jacques, de su corbata y de todo lo que encontraba a mano, el americano inmovilizó al francés. Este último no parecía demasiado emocionado y Mike daba la impresión de estar menos a sus anchas que él.

—Y ahora, Soubray, escúcheme bien: necesito los documentos. No me detendré ante nada para conseguirlos. Luego, lo más simple sería que me confiase en seguida dónde está esa condenada cartera.

—Vamos, ¿me propone que traicione?

—Sólo le propongo que reconozca que ha perdido la partida.

—Yo no estoy tan seguro, Morton.

—Usted lo habrá querido, Soubray. Le juro que no soy un sádico, pero si tengo que emplear todos los medios, ¡los emplearé!

—¡Venga, viejo!

El americano dudó:

—Soubray…, no me obligue a torturarle, se lo pido como un favor personal… Lo odio…

—¡Pero si nada le obliga!

—Sí, el dossier Faliero…

—Entonces, creo que tendrá que torturarme…

—No es usted buena persona, Soubray…, pero si insiste…

Mike sacó un cuchillo de su bolsillo.

—Seguramente, voy a hacerle saltar un ojo, Soubray… ¡Será espantoso!

—¡Tanto peor! Le debo eso a mi honor…

—¿Le es igual quedarse tuerto?

—Como no puedo hacer nada…

—Sí… Basta que me diga dónde está su cartera.

—No.

Morton hizo salir la hoja de su navaja y se inclinó sobre el francés.

—No grite demasiado fuerte, tengo los nervios sensibles…

Jacques empezó a sentir el sudor perlándole las sienes. ¿Iría el americano hasta el final? La hoja de la navaja se acercó a su ojo izquierdo. Tragó difícilmente saliva. En el momento en que la punta iba a tocar el globo ocular, Mike se levantó diciendo con voz entrecortada:

—¡No podré!… ¡Nunca he podido!… ¡Es más fuerte que yo!

Soubray tuvo la impresión de volver de muy lejos. Tuvo piedad de su vencedor.

—Tranquilícese, Morton… Son gajes del oficio, estas tonterías…

—Le voy a contar, Soubray… Me imaginaba que era fácil cortar a un tipo a trozos… En todas las novelas de espionaje que he leído, los chicos son capaces de tostar a su madre para distraerse… Yo me creía tan duro como ellos…, pero esos tipos son como las muñecas, ¡nunca los he encontrado! ¡Soy víctima de un abuso de confianza!

—¿No se va a poner a llorar?

—Hombre, no… ¡Si se cree que es divertido!… Hace diez años

que me paseo por el mundo... Encajo siempre y no devuelvo nunca...

—¿Por qué?

—Porque soy un blando... Pelearme, de acuerdo, pero a puñetazos... Es correcto,

¿lo entiende, Soubray? ¡Ni uno! ¡Todos usan golpes prohibidos! Y mientras tanto, quizás, ¡Marión se habrá buscado otro amigo!

—¿Marión?

—És mi chica, Soubray... Se quedó en Sioux City jurándome que me esperaría... ¿Cree que puedo tener confianza?

—Las mujeres, sabe...

—Sí, desde luego...

Olvidaban el dossier Faliero para no pensar más que en sus problemas íntimos. Tosca... Marión..., la misma pena para los dos..., la misma convicción de haber sido engañados sin saber demasiado por quién y por qué... Tímido, Mike preguntó:

—¿Por qué cree usted que no tienen siempre el valor para esperar?

—Ayer tuve la prueba... Volvía del fin del mundo con ese dossier que tanto le interesa... Había conseguido apoderarme de él, estaba contento de mí y más contento aún pensando que iba a anunciarle a Tosca que renunciaba a este condenado oficio para casarme con ella...

—¿Entonces?

—Llegué justo a tiempo para verla casarse con otro...

—Quizá es lo que me espera con Marión.

—Hay posibilidades...

—¡Ah! ¡No me eleva usted la moral!

—Ya no tengo ganas de mentir...

Bruscamente, Morton se puso a sollozar y Soubray intentó reconfortarle:

—No se deje abatir, Mike. Es la suerte de todos. Hacemos un trabajo que nos impide vivir como todo el mundo... Somos unos pobres tipos, Morton.

—Es verdad... ¡unos pobres tipos! Es usted un hermano, Soubray... Nunca he tenido intención de arrancarle un ojo.

—Lo suponía.

—Y verdaderamente, ese dossier, ¿no quiere pasármelo?

Cuando llegaron al fondo del jardín sin encontrar a nadie, el mariscal ordenó a su carabinero:

—Usted vaya por la derecha, Morano, yo iré por la izquierda. Usted va a ese bosquecillo; lo explora y vuelve aquí dando un rodeo. ¿De acuerdo?

—¡De acuerdo, mariscal!

—¡Ejecución! Yo haré lo mismo, pero por ese lado... ¡En marcha, Morano, observaré cómo se aleja!

Cuando su carabinero desapareció, Corrado se puso en marcha a su vez y el azar le condujo cerca del árbol donde Ronald Hunter, atado, se consolaba imaginando lo que le haría a Morton el día que le pusiese la mano encima. De entrada, el mariscal no se percató exactamente de la naturaleza de esa especie de paquete fijado contra el tronco del arbusto. Al acercarse, ahogó una exclamación al ver que se trataba de un hombre y estuvo a punto de gritar de alegría al reconocer al pequeño pelirrojo que se había permitido amenazarle con su pistola. Se plantó delante de él:

—Si no soy demasiado indiscreto, *signore*, ¿puedo preguntarle a qué se dedica?

Hunter no estaba de humor como para disfrutar con las bromas, incluso las más anodinas.

—¿Si le respondo que me entreno para el maratón olímpico, no me creerá, eh?

—No *signore*, no le creería... No me lo tome a mal, pero es que somos más bien escépticos, nosotros los boloñeses... Se va a reír, *signore*, pero tengo la impresión de que está atado a ese arbusto... ¿Me equivoco?

—No creí que se notara.

—¿Y se puede saber por qué razones está usted en esta situación, *signore*?

—Me aburría... Entonces, para pasar el rato, me he atado... Y he esperado que viniese usted a desatarme... Porque usted me desatará, ¿no es así?

—Desde luego, *signore*, le desato y le llevo a Moglio.

—¿Con qué fin?

—Meterle en una bonita cárcel recién repintada a la cal. Espero que le guste el color.

—¿Quiere usted encerrarme porque me libera? ¡Vaya

mentalidad!

—No, *signore*, ¡le encerraré por haber osado, esta noche, amenazar a un mariscal de carabineros con su pistola! ¡Y ni una palabra más! El reglamento me impide conversar con un prisionero.

Cario Corrado, dando gracias interiormente al cielo de esta revancha que se le ofrecía, cortó las cuerdas que sujetaban a Hunter.

—Y ahora, *signore*, sírvase tenderme sus muñecas para que le ponga este bonito par de esposas.

—¡Encantado, mariscal!

Ronald tendió bruscamente sus dos brazos hacia Corrado, cuya sonrisa murió en sus labios al constatar que el puño derecho del inglés se prolongaba con una pistola cuyo cañón amenazaba el vientre del mariscal. Cario miró el arma, luego a Hunter y puso de nuevo sus ojos en la pistola antes de protestar:

—*Ma qué!*, *signor*, ¿acaso tiene usted la intención de asesinarme?

—¡Si es necesario, sí!

—*Signore*, estoy casado...

—¿Y qué?

—¡Esto no se hace! No se mata al marido de Antonina, así, sin razón... Y luego, yo no tengo demasiadas ganas de morir, ¿eh?

—Por mi parte, mariscal, no deseo particularmente quitarle la vida, a menos que me obligue...

—Eso me sorprendería, *signore*.

—En esas condiciones, sírvase acercarse a este árbol, a fin de que pueda atarle.

—¿Atarme a mí? ¡Eso es deshonrarme, *signore*!

—¿Prefiere usted morir?

—Reflexionando, no, *signore*...

Morton había atado tan bien a Soubray que no conseguía deshacer los apretados nudos. Cansado, volvió a coger su navaja.

—Lo corto, será más simple...

—Lo que habría sido más simple, Morton, ¡es que el *Mayflower* se hundiese en el Atlántico y así no habría americanos!

Mike se volvió y, al ver a Hunter, se rio.

—¡Tiene sentido del humor, Ronnie!

—¡Le prohíbo que me llame Ronnie, después de lo que me ha hecho!... ¡Y levante las manos, o le juro que le meto una bala o dos en el cuerpo!

Morton obedeció.

—Parece verdaderamente enfadado, Ronnie.

—¡Lo estoy! Y no me llame Ronnie. ¿Dónde está la cartera de Soubray?

—¡Pregúntele a él!

—Cuando haya tomado mis precauciones con respecto a usted, Mike.

A su vez, en un momento, el americano se encontró inmovilizado en una silla. Después, Hunter se dirigió al francés:

—Ahora, Soubray, cuanto antes acabemos, mejor. ¿Dónde está el dossier Faliero?

—¡Búsquelo!

—No tengo tiempo. ¿Dónde lo ha escondido?

—Es mi secreto.

—¿Desea sufrir, Soubray?

—No especialmente.

—¡Pues es lo que le ocurrirá si no se decide a hablar!

—No le he dicho nada a Morton, ¿por qué no haría lo mismo con usted?

—Porque si Morton no ha encontrado el método, ¡yo sí!

—Me gustaría verlo.

—Como usted quiera.

Hunter, después de encender un cigarrillo, desató el pie derecho de Soubray y, aguantándolo sólidamente, retiró el calcetín y acercó el extremo inflamado de su cigarrillo al pie del francés.

—¿Sigue sin decidirse a hablar?

—Sí.

—Entonces...

Cuando Ronald estaba a punto de quemar a Jacques, Morton protestó:

—¡Ronnie!

—¡Déjeme usted en paz, Mike!

—Ronnie..., ¿cree usted que Daisy estaría contenta si supiera que su marido se convierte en verdugo?

—¡Le prohíbo ocuparse de mi mujer!

—¿Cree usted que Alan y Montgomery estarían orgullosos de su padre si supiesen que hace de torturador chino? Yo creo que sentirían un irreprimible horror cuando les llamase para estrecharlos entre sus brazos…

Exasperado, el inglés abandonó el pie de Soubray para dirigirse a Morton.

—¿Soy un agente de los Servicios Secretos?, sí o no. Mike.

—Sin ninguna duda, Ronnie.

—Entonces, ¡déjeme hacer mi trabajo!

¡Y no me llame Ronnie!

—No es su trabajo, Ronnie… Le daría vergüenza, estoy seguro, hacer semejantes marranadas… Es usted un *gentleman*, Ronnie…

—¿Usted cree? Pero, *by Jove*, ¿cómo quiere que le obligue a revelarme dónde ha escondido el dossier Faliero?

—Ni idea, viejo…

—Mike, no está bien de su parte el haberme hablado de Daisy y de los chicos…

—¡Era para evitarle remordimientos, Ronnie!

—Quizá, son capaces de enviarme a Checoslovaquia o a Bulgaria, para castigarme por haber fracasado… ¡y, entonces, no será mañana cuando volveré a ver a Daisy!

—Lo siento por usted, Ronnie… Pero, sabe, yo me arriesgo a encontrarme por Djakarta o Bangkok…, nada divertido, tampoco…

—¿Por qué escogimos entonces este oficio, Mike?

—Se lo repito, viejo, ¡nos engañaron!

Atado al árbol, el mariscal vivía unos dolorosos minutos. Sentía, ahora, que el pelirrojo no le hubiese matado… Lo sentía con más fuerza aún, ya que el inglés no estaba ahí para cumplir sus hipócritas deseos. Jamás Cario osaría reaparecer ante Antonina. ¡Ella no le respetaría más! No podría admirarle, adorarle… No se venera a un hombre al que se encuentra clavado al tronco de un árbol como una mariposa en un tapón de corcho. Corrado tenía una devoción particular hacia San Javier —devoción heredada de una abuela napolitana— y le dirigió una ardiente oración para que —olvidando sus preferencias meridionales— socorriese a un hombre del norte. Pero San Javier debe ser un regionalista convencido, ya

que se hizo el sordo a las súplicas del boloñés, y el mariscal, amargado, convino en que incluso allá arriba eran cabezotas...

Juntos los dos, Tosca y su marido trataban de recobrar su equilibrio moral paseándose por el campo. Santo empezó a preguntarse si había estado bien inspirado al casarse tan rápidamente con la *signorina* Matuzzi, y Tosca comprendía que nada, ahora, podría impedirle arrepentirse de una impaciencia que la privaba para siempre del único hombre que había amado, que amaba y que amaría siempre. En Italia, uno no se divorcia. Por lo demás, aunque la ley le hubiese dado la ocasión, ella no se habría divorciado. Llevaría hasta el final el peso de su error. Lo esencial era no volver a ver a Jacques.

—Santo... ¿deseas quedarte en Bolonia?

—Vaya pregunta, Tosca. Ya sabes que trabajo con mi tío.

—Qué prefieres, Santo: ¿tu trabajo o tu felicidad?

—¿Acaso son incompatibles?

—En Bolonia, sí.

—¿A causa de Soubray?

—Sí.

Todavía dieron algunos pasos en silencio; luego Faliero se decidió:

—Estoy contento de que me hables así, Tosca... No me he casado contigo por tu dinero, sino porque te quiero. El dinero, me es igual. Puedo olvidarme de él y estoy dispuesto, si quieres acompañarme, a dejar Bolonia desde mañana. En verdad, hace tiempo que quiero irme...

—¿Pero tu tío?

—El no me necesita y yo no le necesito.

—Entonces, ¡tenemos que irnos lo antes posible!

—Cuenta conmigo.

Mientras hablaban, llegaron a donde el desgraciado mariscal sufría, esperando y temiendo a la vez ser descubierto. Fue Tosca quien le vio primero. Se detuvo de pronto y, señalando con el dedo al pobre Cario:

—¡Oh!... ¡Mira, Santo!

Faliero se acercó al mariscal:

—¡Vaya! A su edad...

Rojo de vergüenza por la joven, Corrado quiso fanfarronear:

—Se lo ruego, *signore*... No creo que sea el momento de bromear.

Su acuerdo inesperado con Tosca ponía a Santo de excelente humor:

—Pero si no bromeo, mariscal... Me pregunto simplemente si tengo derecho a intervenir en el juego.

—Se burla de mí, ¿eh? ¡Libéreme o le detengo por negarse a asistir a una persona en peligro!

Soubray estaba harto de oír lamentarse a los dos.

—Si me desatan, podría decirles la verdad sobre el dossier Faliero

Hunter le miró intensamente:

—¿De verdad?

—Tienen mi palabra...

Después de dudar un momento, el inglés cortó las cuerdas de Jacques, quien, mostrando a Morton, declaró:

—Puede liberarlo también, ya que ni uno ni otro tienen ninguna posibilidad de procurarse...

Fue entonces cuando, viniendo de la cocina, se oyó una serie de gruñidos ahogados, de sonidos inarticulados. Severo, Soubray se dirigió a Ronald:

—¿No le habrá hecho algo a Emil, por casualidad?

—¿Yo?

—Entonces..., ¿usted, Mike?

Confuso, el americano bajó la cabeza como un niño cogido en falta.

—Sólo le he atado un poco...

—¡Vamos a ver qué le pasa!

Soubray salió precipitadamente. Hunter se disponía a seguirle cuando Morton le volvió a llamar:

—¿No me irá a dejar así, Ronnie?

Rápidamente, el inglés soltó a su colega y juntos alcanzaron a Soubray, ocupado en desatar al mayordomo que explicaba:

—Ha entrado sin molestarse en lo más mínimo y sin preocuparse de hacer o no ruido. Se diría que esperaba encontrarnos en el estado

en que estamos. Nos ha dirigido una amable sonrisa, y se ha dirigido al escondite donde estaba la cartera, la ha cogido, nos ha vuelto a sonreír, y luego se ha ido.

Todos al mismo tiempo, preguntaron:

—¿Pero quién?

—¿Cómo... quién? Pues Natacha Andreievna... si es así como se llama esa señorita a la que hemos golpeado brutalmente hace un momento...

Ya, sin escucharle más, se empujaban para correr a sus coches, resueltos a intentar atrapar a la soviética, pero, en el portal del *living-room*, se dieron de narices con el mariscal Corrado, revólver en mano, seguido de los Faliero.

—¡Alto! ¡No se pasa!

Quisieron empujarle, mas él disparó a sus pies para darles a entender que no bromeaba. Ellos se echaron atrás.

—En el nombre de la ley, ¡les detengo!

—¿A los tres?

—¡A los tres!

Santo dijo a Tosca:

—Podremos quedarnos solos, querida mía...

Soubray intentó parlamentar:

—Mariscal, tiene que dejarnos pasar... ¡se trata de un secreto de Estado!

—Y usted es sin duda nuestro Santo Padre viajando de incógnito, *signore*, ¿eh? ¡Se han burlado ya suficientemente de mí y se tiene que acabar! ¡Levanten las manos si no quieren tener serios problemas!

Obedecieron, no pudiendo hacer otra cosa. Por encima del hombro del mariscal, Jacques se dirigió a Tosca:

—Tosca... Es grave, te lo aseguro... La soviética ha conseguido apoderarse de mi cartera... No atraparla, es traicionar, es ser su cómplice... ¡Este imbécil no lo comprenderá!

Corrado se sobresaltó:

—¿Es a mí a quien trata de imbécil, *signore*?

Pero ya Tosca se inquietaba:

—¿Pero qué puedo hacer, Jacques?

Su marido intervino:

—No te mezcles en esto, querida... ¡Son sórdidas historias que

no nos incumben!

Soubray gritó:

—¿Está loco, Faliero? ¿Es que no sabe de qué se trata?

—¡No le creo! Toda esta historia, ¡es una mentira para impresionar a Tosca!

Recuperado de sus emociones, Emil apareció, viniendo del jardín. La poca emoción que demostró al ver el cuadro que se ofrecía ante él hizo comprender a todos que estaba al corriente. Tosca estuvo a punto de dirigirle la palabra, pero, con un gesto imperioso, él le impuso silencio. Al llegar detrás del mariscal, dio tal grito que no sólo Corrado se sobresaltó, imaginando que cargaba contra él un búfalo furioso, sino también todos los demás parecieron paralizados por la sorpresa. ¡Ninguno habría creído al solemne Emil capaz de esto! Cario, fuera de sí, se volvió hacia el mayordomo:

—¿Pero qué le pasa? Es usted...

No acabaron de saber lo que Emil podía ser en el espíritu del mariscal, ya que Soubray, Hunter y Morton, aguantándose por los hombros como una primera línea de rugby en la *melée*, se lanzaron sobre Corrado que creyó que le atropellaba un camión. Bajo el choque, sus pies dejaron el suelo y, pasando a través de la ventana cerrada del *living-room* que pulverizó, fue a caer en el jardín donde se quedó inanimado mientras sus agresores se lanzaban hacia sus vehículos con la vana esperanza de atrapar a Natacha.

En el momento en que los tres hombres salían del jardín a la carretera, Mike Morton, con su pistola, golpeó violentamente a Soubray en la cabeza. Este se derrumbó, mientras Hunter sacaba rápidamente su arma.

—¡No haga bromas, Mike!...

—Nos habría molestado, Ronnie.

—De acuerdo, pero usted me molesta también, Mike.

—Vamos, Ronnie, ¿no irá usted?...

—¡Tire su pistola!

—Pero...

—Tírela... ¡y lejos!

—¡O.K.!

El americano lanzó su arma al otro lado de la carretera. Hunter sacó su cuchillo, lo que hizo gruñir a Morton:

—¿Ya vuelve a empezar. Ronnie?

Sin responder, el inglés pinchó las dos ruedas traseras del coche de Mike, quien gimió:

—¡Eso no es leal, Ronnie!

—¡Nosotros no somos unos campeones de la lealtad!

Y, sin perder tiempo, Ronald pinchó igualmente las ruedas de los coches de todos los habitantes de la villa de Cá Capuzzi, mas no tocó el jeep de los carabineros.

—Con éste, no iría lejos... *So long, old chap!* (¡Hasta más ver, amigo!).

Abandonando a Morton a su suerte, Hunter subió a su coche y se fue.

Santo, Tosca y Emil se habían precipitado en socorro del mariscal, lo levantaron y lo ve un transportaron al *living-room* para estirarle en el diván. Mientras Faliero demostraba a su mujer que Soubray se conducía como un asesino, Tosca daba golpecitos en las mejillas de Corrado, a quien el mayordomo hacía tomar cucharaditas de coñac. Poco a poco, el mariscal emergió de la niebla donde se perdía su espíritu. Miró fijamente a los que le rodeaban sin parecer reconocerlos y, con un murmullo, preguntó:

—¿Qué me ha pasado?

Ellos no osaron responder.

—¿Voy a morir?

Protestaron a coro contra esa eventualidad y Cario pareció reconfortado.

—¿Por qué no está aquí Antonina?

—No está al corriente.

—Creía que siempre en el hospital...

—¡Usted no está en un hospital, *signore* mariscal!

Se levantó para examinar la decoración.

—¿Dónde estoy, entonces?

Antes de que le respondiesen, sus ojos encontraron la ventana destrozada y, de golpe, le volvió la memoria. Se puso de pie de un salto gritando:

—¿Dónde se esconden? ¡Que no salga nadie! ¡Detengo a todo el mundo!

—¡Se han ido hace rato!

—¡Perfecto! ¡Podrán atestiguar que no han podido huir más que pasando sobre mi cuerpo! Uno contra tres... ¡No tenía ninguna posibilidad! ¡Ah! Si Morano hubiese estado aquí... Pero, de hecho, ¿dónde está Morano?

—Nosotros no le hemos visto.

—Entonces, ¡ha muerto víctima del deber! Ya me sorprendía que no me hubiese socorrido... No era típico de él... ¡Esos miserables lo han abatido!

Tosca quiso protestar:

—¿Está seguro, mariscal?

—*Signora*, he visto de qué manera me han tratado, a pesar de mis galones... Imagínese lo que le han podido hacer a un simple carabinero. No, hay que admitir la realidad, por penosa que sea: el soldado Silio Morano ha muerto en el campo de honor...

Ante su pequeño auditorio impresionado, aunque escéptico —¿pero quién podía afirmar que un Morton o un Hunter dudarían en suprimir a un carabinero puesto en su camino?—, el mariscal enjugó discretamente una lágrima mientras explicaba con mucha emoción:

—Un buen chico... Llegaba de Garugnano... un valor a toda prueba..., una buena voluntad inagotable... Habría podido no acompañarme aquí, esta mañana, ya que le había pedido a su colega Grinda que le reemplazase, pero él insistió en venir conmigo... Aún le oigo confiarme con dulzura y sin la menor fanfarronería: «He creído mi deber no abandonarle...» ¡Cuánta grandeza en esta simplicidad! Iré a Garugnano y les diré: «Silio Morano era más que un carabinero de élite, más que un amigo sin reproche... ¡Era un alma!»

—¡Bravo, mariscal!

Orgulloso, Corrado se inclinó, pero al mismo tiempo, comprendió que la exclamación venía de detrás. Se volvió lentamente y gritó, estupefacto:

—¡Morano! ¡Vivo! ¡Loada sea la Madona!

Y, magnánimo, buen hombre, Cario Corrado abrió los brazos a su carabinero, quien se precipitó bajo las miradas un poco sorprendidas de Tosca, de Santo y de Emil. De repente, cuando el entusiasmo del abrazo dejaba suponer su prolongación, el mariscal,

tomando a Morano por los hombros lo alejó de sí gritando:

—Si no estás muerto, ¿dónde estabas, Morano, mientras me asesinaban?

—¡Ejecutando mi misión, mariscal! He ido al bosquecillo, lo he atravesado, luego he vuelto para esperarle. Al no verle me he sentado a esperar y entonces he pensado que le esperaría igual de bien tumbado que sentado. Entonces me he estirado a la sombra de un ciprés...

—¿Y se ha dormido usted?

—Creo que... sí, mariscal.

—Entonces, esta vez, Silio Morano, no veo cómo podría evitarle el consejo de guerra...

—¿A... a mí... mama... mariscal?

—A usted, Morano... Note que quizás escapará al pelotón de ejecución, pero seguramente no a una larga, muy larga condena... Veinte... ¡Veinticinco años así, a ojo!

—¡Veinticinco años!

—¡Hombre! Dormirse delante del enemigo...

—*Ma qué!* Yo no he visto al enemigo...

—¡Pero yo sí que lo he visto! ¡Y he peleado, yo! ¡He sido golpeado, dañado, mientras usted dormía! ¡Veinticinco años a ojo, Morano!

—¿Y entonces Gioconda, mariscal?

—¿Qué Gioconda?

—Mi novia que me espera en Garugnano.

—¡Aconséjele que se case con otro, si no quiere convertirse en una solterona!

Hubo un instante de silencio, mientras el carabinero parecía reflexionar. Levantó la cabeza que tenía bajada y dijo tranquilamente:

—*Ecco*... Voy a morir.

No comprendieron de inmediato lo que quería decir exactamente, pero él comentó su decisión:

—Tengo veinticinco años... Veinticinco años de prisión, me llevan a los cincuenta... y los hijos de Gioconda, no seré yo quien los haya hecho... ¡Entonces, me mato en seguida!

Un poco inquieto, Corrado intentó disuadirlo de tan funesto proyecto:

—¡Atención, Morano! Suicidarse mientras está de servicio, ¡es una deserción! ¡Puede llevarle aún más lejos!

—Como estaré muerto, ¿cómo quiere que me importe, mariscal?

El carabinero armó su fusil y, con mucha urbanidad, preguntó a Santo:

—¿Dónde me pongo, para que le cause los menos problemas posibles?

Entonces, le suplicaron que no insistiese en su resolución. Pero, cabezota, Morano sacudía la cabeza:

—Me es igual morir, ya que no tendré a Gioconda…

—¡Ya está bien, Morano! ¡Le ordeno que no se suicide! ¡Piense en su vieja mamá!

—Lo siento por mamá, pero sin Gioconda… la vida ya no me interesa…

—¿Y yo, Morano? ¿Yo, su mariscal? ¿Qué se pensará de mí si se sabe que mis carabineros se suicidan? ¿Quiere destruir mi carrera, Morano? Piense en Antonina. Ella le tiene en una gran estima, Silio… Incluso, esta mañana, me decía: «Si hubiésemos tenido un hijo, Cario, me habría gustado que, más tarde, se pareciese a Morano…»

—¿Ella ha dicho eso, mariscal?

—Son las palabras exactas, Morano.

—¡La *signora* Corrado es una persona que respeto, mariscal!

—Entonces, no le cause esta pena.

—¿Y usted cree que si me meten en prisión veinticinco años, no le dará igualmente pena?

—No tan profunda, en todo caso.

—No, mariscal…, no modificaré mi decisión. ¿Me excusará ante la *signora* Corrado, *per favore*?

Tosca se metió en el debate.

—Mariscal, ¡si este chico muere, será por su culpa!

—Scusi! ¡Por culpa del reglamento!

—¿Y qué le obliga a aplicarlo?

—¡Mi uniforme y mis galones!

—¿No puede olvidarlos… por Gioconda?

—*Signora*!… No tiene usted derecho a…

—Cuando se case con Gioconda, le invitarán a la boda, y toda esta felicidad se la deberán a usted. ¿No es mejor que el

reglamento, mariscal?

—No digo que no, *signora*, pero…

—Se lo pido como un favor personal, mariscal… Cuando se tienen los ojos que tiene usted, no debe gustarle negar algo a las mujeres…

Cario tuvo una risita avergonzada, alisó su mostacho con aires de vencedor y, con un suspiro:

—¡Ah!, *signora*, está escrito que seré siempre un juguete entre las manos de las mujeres bonitas… Morano, no he visto nada… Simplemente acabas de llegar, has dado una vuelta más grande de lo previsto, no tengo nada que reprocharte… Te devuelvo mi estima y a Gioconda por la misma situación.

—¡Gracias, mariscal!

—Y ahora, carabinero, vaya a poner el coche en marcha. Volvemos a Moglio a fin de alertar a las altas autoridades. Pero, antes, *signora*, le pido permiso para telefonear a mi Antonina, simplemente para tranquilizarla.

Cerrando tras ella la puerta de la habitación, donde había conducido a Corrado, Tosca le oyó explicar a su mujer:

—Antonina, quince años en los carabineros me han enseñado a ser conciso, a no usar más que términos exactos… Así, te diré simplemente que acabo de estar sublime…

7

Gabriele Valecchia estaba convencido de que Dios le había puesto en la tierra on el único fin de consolar a las mujeres desgraciadas o solitarias y no para pasar el tiempo en otras ocupaciones menos agradables. Guapo, encontraba que pocas eran crueles y sabía sacar discretos beneficios de ternuras a veces atrevidas. De vez en cuando, cedía a sus inclinaciones y le hacía la corte a una *signora* o *signorina* sin el menor espíritu de lucro. Así que, cuando en la esquina de la vía San Stefano y de la vía Guerrazzi vio a una deliciosa morena que bajaba del coche, sintió que se le salía el corazón del pecho y se lanzó tras los pasos de esa encantadora persona. La cartera que la desconocida aguantaba fuertemente le hizo pensar que se trataba de mujer de negocios y, otra vez por costumbre, esperó unir lo útil a lo agradable.

Valecchia se acercó a la joven cuando ésta remontaba la vía Guerrazzi con paso decidido. Confiando en una estrategia puesta en práctica hacía tiempo, Gabriele empezó a murmurar mil amabilidades a la desconocida que, sorprendida, le miró. Aprovechó para insertar su más bella sonrisa, la que hacía caer a las virtudes más rebeldes, a fin de tomar la plaza sin pérdida de tiempo. Pero, contrariamente a lo que esperaba, Natacha —ya que era ella— le rogó secamente que la dejase tranquila. Gabriele sonrió de nuevo, puesto que, muy a menudo, las defensas femeninas no son más que ánimos para seguir. Luego, sin tener en cuenta el ruego de la *signorina*, siguió su discurso que prometía felicidad sin límites a aquella que había tenido la suerte de ser vista por él. Seguro de ser comprendido, se puso a la altura de Natacha, quien abrió su cartera y metió la mano dentro. El se apoyaba ligeramente en ella y ella no parecía reaccionar, le pasó un brazo por el talle. Pero sintió

inmediatamente un objeto duro en el flanco, mientras con voz áspera le afirmaba:

—No grite, *signore*... ¡No intente ningún gesto o disparo!

Entonces Gabriele se dio cuenta de que era el cañón de un revólver lo que le molestaba en el costado. Estupefacto, no comprendiendo nada de la situación, empezó a faltarle el aire mientras el sudor le empapaba la camisa. Estúpidamente, abriendo mucho los ojos, no podía más que repetir:

—*Ma qué?... Ma qué?... Ma qué? Ma qué?...*

—¡Váyase, *signore*, y rápido! ¡Si no, cuidado!

—Usted..., usted no disparará, *signorina*, ¿eh?

—No, ¡si desaparece rápidamente!

Valecchi empezó a correr tan rápidamente que los viandantes se volvieron casi al unísono preguntándose qué le podía ocurrir a ese chico que veían correr a una velocidad tal que sobrepasaba al autobús, cuyo conductor no pudo reprimir su admiración ante este éxito deportivo.

Al llegar a su casa, Gabriele se metió en la cama, sintiendo ya los primeros efectos de la enfermedad que debía ocasionarle una de las más serias crisis de su joven carrera.

Aún temblando ante la audacia del joven súbdito de un país capitalista Natacha empujó la puerta del comercio del zapatero Karel Cekan, un checo refugiado en Italia para escapar al régimen de Novotny, pero que, en verdad, pertenecía al Partido y servía de intermediario entre el consulado soviético y los agentes lanzados por la sección 3.a del G.R.U. En la vía Guerrazzi, todo el mundo quería al viejo Karel e incluso los comunistas no le tenían en cuenta que gruñese cuando se hablaba en su presencia del camarada Kruschev. No se le puede tener en cuenta a un hombre que lo ha perdido todo.

La gran afluencia, al local de Cekan, era a la hora de cierre de los despachos. Por el momento, había una cierta calma que le permitía trabajar con entusiasmo, silbando El canto del Moldau, que el barrio se sabía ya de memoria. Al ver entrar a Natacha, Karel se quitó cuidadosamente los clavos de la boca y, mostrando la cartera con el mango del martillo, dijo:

—¿Has tenido éxito, camarada Natacha Andreievna?
—Sí, camarada.
—Está bien, pequeña... Estoy orgulloso de ti... Eres una buena obrera del marxismo-leninismo... Espérame aquí, voy a telefonear donde tú sabes para anunciarles la noticia y pedir instrucciones... Creo que avanzarás, Natacha Andreievna...
Una vez sola, la joven irguió el busto. Estaba contenta. ¿Quizá la enviarían un mes o dos de vacaciones a la U.R.S.S.? ¿Quizá sería convocada al Kremlin para recibir felicitaciones? Perdida en sus sueños de grandeza, no se dio cuenta de la vuelta de Karel Cekan, cuya voz recriminatoria la arrancó brutalmente de sus sueños embriagantes:
—¡Natacha Andreievna, nos has traicionado!
—¿Qué?
—No hay elección posible. ¡O eres tonta, o eres una traidora pasada al servicio de los capitalistas!
—Yo?
La pobre Natacha estaba tan sofocada que no encontraba palabras.
—Acabo de telefonear a Jozef Baiski. ¿Imaginas qué me ha dicho?
—¡No!
—Que una empleada de Giorgio Luppo trabajando para nosotros, le ha telefoneado para decirle que la cartera de Soubray no contenía más que un falso dossier y que no era, en total, más que un anzuelo para llevar a la policía italiana hasta mí, de entrada, y hasta Baiski luego. Y, gracias a tu imbecilidad, ¡su plan quizá ha tenido éxito! ¿Te das cuenta, Natacha Andreievna, de lo que has hecho?
Estupefacta, la joven se dejó caer en una silla.
—No...
—¿Y qué impedirá a nuestros jefes pensar que, ganada, pervertida por las influencias malsanas de los reaccionarios, has bebido la leche de las ubres capitalistas?
Ella se levantó gritando:
—¡Es falso!
—Yo, estoy casi seguro, pero... ¿los otros, Natacha Andreievna? ¿Los de Moscú?

Se puso a llorar.

—Esto te puede costar una veintena de años en Siberia por sabotaje... ¡pequeña mía!

Asustada, ella le suplicó:

—¿Usted no irá a abandonarme, Karel Cekan?

—Abandonarte..., abandonarte... ¿Cómo te figuras que he sobrevivido hasta ahora si no es abandonando a los gafes?

—Entonces, ¡no tengo más que morir!

—Antes, tienes que intentar arreglarlo.

—¿Cómo?

—Desembarazándote de esta cartera, pero no dejándola no importa dónde..., sería demasiado fácil... Tienes que confiársela a alguien sobre quien puedan recaer las sospechas de la Policía, ¿comprendes?

—Sí, pero...

—¡No hay peros para una comunista sincera, el «pero» es burgués! Y, naturalmente, cuando te hayas desembarazado de esta cartera y volverás a Cá Capuzzi.

—¿Para qué?

—¿Has olvidado que estás encargada de recuperar el dossier Faliero que Soubray quitó a nuestros agentes?

—¿Pero y si Soubray ya no está en Cá Capuzzi?

—Todavía está... Acaban de decírmelo.

De nuevo en la Vía Guerrazzi, Natacha andaba como una sonámbula. No veía ni oía nada. Había sufrido tal golpe que no conseguía volver a colocar las ideas en su sitio. Desde el principio, no comprendía por qué razones la metían en el asunto Faliero. Ella no había robado el dossier la primera vez, sin embargo, parecía que querían ocultar a la persona que había actuado, guardarla al abrigo de toda sospecha. ¿Por qué volverla a enviar a Cá Capuzzi, si había fracasado? Todo era demasiado complicado. ¡Incluso Karel no parecía preocuparse demasiado por ella, cuando había imaginado que la consideraba como a su hija!... Darle la cartera a alguien, es muy bonito, ¿pero a quién y con qué pretexto? Natacha sentía unas serias ganas de morir para escapar a estas historias que la sobrepasaban. En ese momento, una voz familiar susurró justo

detrás de ella:

—Encantado de volverla a ver, Natacha... Hacía bastante rato que la buscaba...

Ella se volvió para encontrarse en presencia de Ronald Hunter.

—¿Qué quiere usted?

—Simplemente su cartera... la de Soubray.

Natacha no se atrevía a creer aún en su suerte. Temía ceder demasiado rápidamente.

—¿Y si me niego?

—¿Ve usted ese coche parado cerca de la acera? Su motor gira... la puerta está entreabierta. Saltaría nada más haberle disparado... ¡y cogido la cartera!

—Sin duda, usted no escaparía, Hunter, pero yo estaría muerta, o, por lo menos, gravemente herida... Entonces, tenga... ¡cójala!

Ronald dudó:

—Verdaderamente, usted...

—Cójala, es suya...

El inglés se apoderó de la cartera que le tendían e, indeciso, no sabía muy bien cómo comportarse. Natacha le sacó de su embarazo:

—¡Y permítame desearle buena suerte, Hunter!

Antes de poder prever lo que iba a pasarle (Hunter afrontaba siempre escrupulosamente todas las hipótesis, excepto la buena), la joven le saltó al cuello y le besó largo rato en los labios, a la rusa, antes de irse y perderse entre la gente, dejando al pobre Ronald completamente desamparado.

De vuelta a una más clara apreciación de los acontecimientos, Hunter decidió que el alma eslava y sus reacciones quedarían siempre impermeables al racionalismo británico. Fue a su coche, despidió al hombre que se encontraba al volante y se fue solo hacia la vía Ugo Bassi, donde residía la modista Feliksa Spalek, una polaca instalada en Bolonia desde hacía siete años y que había conseguido sólidas relaciones con los hombres del MI5 durante su larga estancia en Londres, entre 1939 y 1954. Los empleados de la *signora* Spalek consideraban a Ronald como el amigo serio de su patrona. Cuando el inglés venía a ver a Feliksa, le introducían en seguida en el despacho de la polaca, donde no le gustaba nada que la molestasen, porque allí diseñaba y componía sus modelos.

Una vez la puerta cerrada a sus espaldas, y antes incluso de que

Hunter tuviese tiempo de saludar, Feliksa saltó:

—Así, ¿la ha cogido usted?

El marido de Daisy se aclaró la garganta:

—¡Ya ve usted!

—Decididamente, mi pobre Ronald, ¡está usted maduro para el retiro!

—¿Pero qué dice usted?

—Nuestro agente que trabaja en el consulado soviético nos ha telefoneado para advertirnos que la cartera de Soubray no contenía más que falsos documentos y constituía una trampa para obligar a los agentes extranjeros a desenmascararse… y, naturalmente, ¡usted ha caído en la trampa!

De golpe, Ronald comprendía la actitud de Natacha y ese beso que le daba las gracias de liberarla del molesto fardo. ¡Se había portado como un imbécil!

—No podía adivinar…

—Sí, justamente. ¡Un agente de calidad huele la trampa! ¿No le pareció extraño que Soubray se pasease, ante todo el mundo, con su precioso equipaje?

—Hombre, sí…, un poco…

—¿Y eso no le inquietó?

—No, ya que Morton y Natacha tomaban parte en el asunto.

—No son más inteligentes que usted, ¡eso es todo! Decididamente, se da uno cuenta que Bolonia es una ciudad de provincia… ¡el personal es de segunda categoría!

—¡Gracias!

—No se ofenda, Ronnie… Le hablo francamente; en realidad, usted no está hecho para este oficio… Confiese que sería más feliz en Cockermouth, cerca de Daisy y los chicos…

La respuesta salió antes de que pudiese controlarse:

—¡Ah! ¡Sí, claro!

Feliksa sonrió. Le gustaba mucho el bueno de Ronnie, tan atado a los suyos. Para ella, cuya familia había desaparecido en Varsovia, y a quien sus cabellos grises impedían esperar fundar otra, Hunter —el Hunter de Cockermouth— representaba una manera de vivir que ella habría probado con gusto.

—Está claro, entonces… Pero no quiero que vuelva a Cockermouth en desgracia. Al contrario, tiene que ser una

recompensa.

—¿Qué me va a exigir, miss?

—Simplemente que me traiga el verdadero dossier Faliero que Soubray lleva seguramente encima.

—¿Pero cómo quiere usted que…?

—Empezando por desembarazarse de esta molesta cartera, ya que le señala a la atención de Giorgio Luppo; luego volviendo a subir a Cá Capuzzi para encontrar a Soubray. La vida tranquila con Daisy es con esta condición, Ronnie…

Hunter caía desde lo alto. Había creído conseguir un buen golpe al encontrar a la rusa y para acabarlo de arreglar, Ronald se dio cuenta que tenía pinchado el neumático trasero derecho de su coche. Juró y perjuró y en seguida se mordió los labios. Estaba cogiendo malas costumbres que Daisy no soportaría seguramente cuando estuviera de nuevo con ella. Inclinado sobre el neumático, constataba los desperfectos cuando sintió algo que le picaba bajo el omóplato izquierdo. Se llevó rápidamente la mano y ahogó un nueva exclamación, ya que se había cortado. Quiso levantarse, mas la voz amigable de Mike le aconsejó prudencia:

—Si no quiere que le agujeree, Ronnie, será preferible que se levante lentamente… muy lentamente.

Hunter lo hizo.

—¿Puedo volverme, Mike?

—Vuélvase, viejo, pero sea razonable, ¿eh?

—¿Entonces, Mike?

—Creo que he ganado la segunda vuelta… ¿no le parece?

—Sin duda, ¡pero queda la tercera!

—No habrá tercera, Ronnie, porque me va a dar la cartera y todo se habrá acabado, incluso nuestro encuentro. ¿De acuerdo?

Interiormente, el inglés estaba muy contento. Era seguramente San Jorge quien le enviaba a ese palurdo americano, pero no debía demostrar que no quería otra cosa que desembarazarse de la maldita cartera.

—¡No estoy de acuerdo, Mike!

—¿De verdad? Me molestaría dejar viuda a Daisy, Ronnie…

—No se atrevería, en plena calle…

—¡Suba al coche!

—Pero...

—¡Suba, le digo!

Hunter no esperó a que el cuchillo le pinchase de nuevo la piel. Esto arreglaba tan bien sus problemas que tomó asiento en el coche sin rechistar demasiado. Cuando estuvo instalado al volante y Morton a su lado, la punta del cuchillo volvió a su costado. Fingió miedo:

—¿No podría retirar ese cuchillo, Mike? Le aseguro que es muy desagradable...

—¡Páseme la cartera, Ronnie, y me bajo!

—¡No tengo derecho, Mike!

—Reflexione, Ronnie: si le mato, me apodero de la cartera y el resultado es el mismo, ¿no? Entonces, ¿por qué no evitar llegar hasta ese extremo? Sería mucho más inteligente...

Hunter tomó la cartera con un gesto brusco y se la tendió a Mike.

—¡Váyase rápido! Yo... estoy deshonrado... ¡Desaparezca antes de que me recobre!

Morton no se lo hizo repetir. Agarrando la cartera, saltó fuera del coche, paró un taxi y le ordenó conducirle al hotel Magellan, vía Riccio. Sonriendo, Ronald esperó que se alejase para bajar a su vez y entrar en un café para telefonear a Feliksa.

A Ernst Nuber le gustaba Italia y no recordaba demasiado a su Idaho natal. Habría sido el más feliz de los hombres si el whisky hubiese sido menos caro en Bolonia. Todas las botellas que compraba para su bar, las ponía en lo que él llamaba, justamente, la reserva del patrón. Por fidelidad a su país de origen, había aceptado las ofertas de la CIA, convirtiéndose en el padrazo de todos los agentes USA, de paso por Bolonia, y que no querían mostrarse en el consulado, al cual Nuber transmitía lo que debían comunicarle. Entre ellos, Ernst sentía una simpatía particular por Mike Morton, cuya simplicidad le encantaba y cuya capacidad de absorción le entusiasmaba.

Al ver la cartera que Mike llevaba orgullosamente, Nuber supo que lo había conseguido. Se puso tan contento que abrió una vieja

botella de «Bourbon» que guardaba para sus devociones personales. El bar del hotel estaba vacío y los dos hombres se entregaron al alcohol alegremente. En menos de cinco minutos, la mitad de la botella había desaparecido. Entonces solamente, Ernst inquirió:

—¿Ha sido duro?

—Bastante... los ingleses han estado a punto de ganar... ¡Les he dejado con un palmo de narices!

Nuber sirvió otra vez y brindaron por el fracaso de la pérfida Albión, esa vieja querida aliada.

—Y ahora, Mike, voy a telefonear... ¡Creo que habrá una buena prima para usted! Si tiene sed, no le dé vergüenza, ¿eh?

Morton tenía siempre sed. Cuando Nuber volvió, la botella de «Bourbon» tenía ese triste aspecto de las botellas vacías e inútiles. Ernst frunció las cejas y avanzó hacia Mike un rostro amenazante:

—¿Quién le ha permitido acabarse mi botella, Mr. Morton?

Mike creyó que era una broma.

—¡Mi sed, Mr. Nuber! ¡Ella manda, yo obedezco!

—¡Habrá obedecido por cinco dólares, mister Morton!

—¿Cómo?

—¡No se figurará que voy a ver, sin decir nada, cómo un inútil se bebe mi whisky personal, Mr. Morton!

—Pero, Ernie...

—¡No hay Ernie que valga! ¡Se ha conducido de una manera vergonzosa, Mike Morton!

—¿Bebiéndome el whisky?

—¡También! Pero sobre todo cogiendo una cartera sobre la que todos los servicios de contraespionaje de Bolonia tiene los ojos fijos. ¡Una trampa grosera que nos ha sido señalada por uno de nuestros agentes que trabaja con los ingleses y en la cual usted ha caído, Mr. Morton, como un principiante! Págueme mis cinco dólares y vuelva a subir a toda velocidad a Cá Capuzzi para coger el dossier que Soubray lleva, por lo que parece, encima.

Después de su llamada telefónica a Antonina, el mariscal se encontró con Tosca y su marido, en el *living-room*. Sin prisas por irse, porque estaba convencido que impresionaba fuertemente a la joven, se instaló en un sillón, lo que enfureció a Santo, cada vez

más seguro de que era víctima de una cábala cuyo único fin era no dejarle un instante a solas con Tosca. Mordiéndose las uñas, soportó el interminable monólogo de Corrado hablando de Antonina y de sus éxitos femeninos, de las razones por las que se encontraba en Moglio y no en Bolonia donde su talento habría debido llamarle. Faliero estaba igual de exasperado por la verborrea del mariscal que por el aire de admiración sincera pintado en el rostro de su mujer.

Mientras tanto, el carabinero Silio Morano, sentado en el jardín, soñaba con su Gioconda. Metido de lleno en sus agradables sueños, no comprendió en seguida quién podía ser ese hombre que avanzaba hacia él titubeando. No reconoció a Soubray hasta que estuvo a su lado. Aunque carabinero, Silio Morano detestaba la vista de la sangre y el hilo rojo zigzagueando por la mejilla del francés le dejó paralizado. Morton había golpeado excesivamente y, a medida que le volvía la memoria, Jacques se preguntaba si no tendría el cráneo roto por algún sitio.

La aparición de Soubray herido, seguido del carabinero, puso término al discurso del incansable Corrado. Fue Tosca la primera que vio a Jacques y, dando un grito, corrió hacia él y le obligó a tomar asiento en el sillón que ella abandonaba. Llamado para ayudar, Emil se dio prisa en traer todo lo que hacía falta para curarle. Con sus dedos expertos, el mayordomo palpó el cráneo de Jacques y le convenció de que no veía nada grave, sólo un corte en el cuero cabelludo. No había necesidad de ser un psicólogo famoso para darse cuenta —simplemente por como lo cuidaba— de los sentimientos de Tosca hacia Jacques, y Santo se mordía los labios de rabia.

En cuanto al mariscal, algo contrariado al constatar que otro acaparaba la atención de la *signora* Faliero, esperó pacientemente que acabasen de cuidar a Jacques para interrogarlo. El francés, todavía un poco en las nubes, contó lo que le había pasado. Emil, constató filosóficamente:

—En total, esa famosa cartera que el *signore* Soubray ha defendido con tanto ahínco, está igualmente entre las manos de esa joven...

Jacques suspiró:

—Sí, Natacha parece haber ganado la partida...

El mariscal intervino:

—¿Qué partida, *signore*? ¡Exijo explicaciones!

—No, mariscal... en nuestro trabajo, no se explica jamás...

—¿Qué trabajo, *signore*, eh?

Al no responder Soubray, Santo informó a Corrado:

—¡Un espía! ¡Eso es lo que es, questo cavaliere! *Questo cascamorto!* (rompecorazones)

—¿Un espía? ¿Y por cuenta de quién espía usted, *signore*?

Gentilmente, Jacques aconsejó al mariscal:

—No se meta en esto... Es preferible... para su tranquilidad...

A Cario le gustaba mucho su tranquilidad, pero no quería dar la impresión de no estar a la altura de su cargo. El francés le salvó el prestigio, no dejándole escoger:

—Además, *signore* mariscal... no estoy verdaderamente en estado de discutir en este momento...

Tosca añadió:

—¡No es humanitario interrogar a un hombre herido!

Corrado protestó:

—No soy un verdugo, *signora*... ¡Cuídele, mímele, no veo ningún inconveniente... al contrario!

Faliero saltó:

—¡Pero yo sí que lo veo! ¡Mi mujer no tiene que mimar a nadie, salvo a mí!

El mariscal levantó insolentemente su mostacho antes de hacer notar:

—¿Quizás esta perspectiva no le encanta, *signore*?

—No le permito que...

—Yo le estoy dando simplemente mi opinión, *signore*.

—¡Pues le prohíbo que tenga opiniones respecto a mi mujer!

Tosca quiso calmar la pelea:

—¡Santo, cálmate! ¡Te pones en ridículo!

—Pero, ¡si eres tú quien me pone en ridículo!

—¿Yo?

—¡Sí, tú! ¡Tú que te comportas como una amante abandonada por este don Giovanni *di paccotiglia*! ¡Este *campioníssimo* de los Servicios Secretos que ni siquiera ha sido capaz, mientras lo tenía con él, de devolver a mi tío el dossier de su invención!

—¡Santo, te prohíbo que le hables a Jacques en ese tono!

—¿Te atreves a prohibirme algo, tú?

—¡Exactamente, yo!

—¡Ah! ¡Es el colmo! Pero, puestos a hacer, dime también que le amas.

—Claro que le amo... ¡y lo sabes bien!

—¡Oh!

Gustándole el juego y la vivacidad del diálogo, el mariscal se lanzó a duelo oratorio:

—¡Paren!

Tosca y Santo le miraron.

—¡La situación ha llegado al paroxismo! Ahora, *signore*, usted no puede hacer más que matar a su rival triunfante o matar a la esposa infiel, ¡o suicidarse! Yo me inclinaría por esta última solución...

—¡Déjeme en paz!

—*Signore*, usted introduce la grosería en esta tragedia humana... ¡Permítame decirle que es perfectamente inútil e incluso mezquino!

Faliero ignoró la opinión de Corrado para tomarla con su mujer:

—Tosca, tenemos que poner las cosas en su sitio. ¡De una vez por todas! ¡Desde que ha llegado este francés del diablo, todas las desgracias caen sobre nosotros! ¡Estoy seguro de que nunca un recién casado ha sido tan ridiculizado como lo estoy siendo desde ayer por la mañana!

—¿Y yo? ¿Crees que existe en el mundo alguien que haya tenido una noche de bodas parecida?

—¡Pero no es por mi culpa! ¡Todo es culpa de este individuo!

El individuo en cuestión, aprovechando que nadie se interesaba físicamente por él, se había deslizado a la habitación para llamar a Giorgio Luppo y rendirle cuentas de su fracaso. Mafalda, que le respondió, le dijo que el éxito de los rusos no era más que aparente. Gracias a los cuidados de Luppo, había corrido el rumor de que la cartera no era más que una trampa y de que Soubray llevaba los documentos encima. Le convenía, pues, a este último disimular en su ropa un falso dossier y lo más pronto posible, ya que sus colegas inglés, americano y soviético no iban a tardar en llegar.

Cuando Soubray volvió al salón, Faliero rompía su segundo jarrón. Tosca, llorando, juraba que volvía inmediatamente a casa de su madre, y el mariscal, sentado en un sillón como un espectador en

el teatro, seguía la escena con apasionado interés. Emil se dedicaba a sus ocupaciones como si estuviese solo. La entrada de Jacques detuvo las operaciones para despecho de Corrado, que le atestiguó en seguida de su mal humor:

—Ahora que parece estar mejor, *signore*, ha llegado el momento de que hablemos seriamente. ¿Conoce a sus agresores?

—No.

—¿No? Pero no eran ese americano… ese inglés…

—He sido golpeado por detrás, mariscal… ¡Cómo podría designar a la persona que me ha atacado?

—*Signore*, tengo la molesta impresión de que se burla de mí y, a través de mi persona, de todo el cuerpo de carabineros, ¿eh? Es un juego peligroso… En todo caso, ¿conoce la identidad de la que le ha robado la cartera?

—Sí.

—¡Ah! ¡Bueno! Naturalmente, pondrá una denuncia y…

—No.

—¿No? ¿Le han robado y no pone una denuncia?

—No, ya que le he gastado una buena broma a esa pobre chica… ¡El dossier que deseaba está en mi bolsillo y no en la cartera!

—¿Qué prueba me da usted de su sinceridad, *signore*?

—Creo que no tardarán en traérsela ellos mismos…

—¿Quién?

—Los que desean absolutamente cogerme el dossier antes de que se lo lleve a su destinatario… y eso será cuando me encuentre perfectamente.

—En ese caso, *signore*, yo me quedo también. ¿Carabinero?

Silio llegó corriendo.

—¿Mariscal?

—Podemos ser atacados de un momento a otro. ¡Abra los ojos! Cuento con usted, ¿eh?

Morano salió, el ojo negro, las cejas fruncidas, el fusil a la altura de la cadera, dando a todos la reconfortante impresión de que tendrían que pasar sobre su cuerpo para llegar hasta ellos. Cario se precipitó al teléfono para anunciarle a su Antonina que se preparaba a lanzarse, con la cabeza por delante, a la gloria o a la muerte… y quizás a las dos cosas a la vez. Después de esta confidencia, la demasiado sensible esposa del mariscal tuvo que

beber tres tazas de café, una detrás de otra, para encontrar fuerzas para arrastrarse hasta la estatuilla de yeso coloreado representando a San Francisco de Asís, a fin de suplicarle que protegiese a su irreemplazable esposo. Intentó incluso seducirlo con la oferta de una colección de cirios de los que —mujer prudente— Antonina no especificó el grosor.

Natacha llegó la primera a Cá Capuzzi, ganando por poco a Hunter. No tuvo tiempo más que de tirarse detrás de un enorme áloe para no ser sorprendida por su rival. El inglés, lejos de pensar que estaba siendo espiado, reflexionaba sobre la mejor manera de penetrar en la villa sin atraer la atención de sus ocupantes, cuando al ver a Morton que llegaba, las manos en los bolsillos, mascando su *chewing-gum*, se aceleró su ritmo cardiaco. Seguramente, el americano mantenía hacia él los mismos sentimientos que Hunter hacia Natacha, y por razones idénticas. Para estar preparado a toda eventualidad, Ronald tomó su revólver, pues no quería que Mike le cogiera desprevenido. Desde luego, sentía algunos remordimientos ante la perspectiva de disparar sobre él, mas la vuelta a Cockermouth era a ese precio.

Triunfando sobre sus escrúpulos, Ronald levantó su arma y apuntó cuidadosamente a una pierna de Morton. En el preciso momento en que iba a apretar el gatillo, sonó un disparo y una bala le quitó el sombrero. Se quedó tan sorprendido que ni pensó en tirarse al suelo más que cuando una segunda bala cortó una rama a menos de un centímetro de su nariz. Al oír los disparos, Morton sacó el arma a su vez. El inglés, habiendo situado el lugar desde donde le disparaban, replicó.

Mike adivinó en seguida que sus rivales intentaban matarse mutuamente y aprovechó para subir al muro donde la bala que le dirigió Morano hizo saltar trozos de piedra sobre su cara. Morano apuntaba bien. Sin insistir, el americano se dejó caer en el lugar de donde había salido. Ronald le acogió con una bala que le arrancó el talón de su zapato derecho. Furioso, Morton disparó a su vez y los tres agentes internacionales se dispararon mutuamente durante unos minutos.

Cario Corrado no era un miedoso, pero, como a todos los latinos,

su imaginación le inclinaba a temer la idea del peligro mucho más que el peligro en sí. Bajo la amenaza de un fusil o de un revólver, veía —es exactamente el término que conviene— la ambulancia, el hospital, la sala de cirugía, la última visita del sacerdote. No era el miedo lo que le ponía las lágrimas en los ojos, sino el representarse a su Antonina con las ropas de luto. Una vez pasado este momento de emoción, cuando el deber al mismo tiempo que el honor ponían al mariscal en la obligación de actuar, lo hacía sin sombra de duda. Fue por eso por lo que el eco del primer disparo le empujó a agarrar convulsivamente los brazos de su sillón. El segundo, el tercero, le asustaron haciendo desfilar en su espíritu todo tipo de imágenes fúnebres, pero el sonido del fusil del carabinero le devolvió su sangre fría. Se levantó y, sacando su pistola, dijo:

—Creo, *signore* francés, que sus visitantes se anuncian... ¡Vamos a recibirlos!

—¡Gracias, mariscal! Mientras tanto, voy a irme por detrás y llegar a Bolonia.

—¡De acuerdo! ¡Buena suerte!

—¡Buena suerte a usted también, mariscal!

En el jardín, Cario Corrado se unió al carabinero.

—Silio, podría telefonear pidiendo refuerzos, ¿pero qué dirían Gioconda y Antonina? Mostremos a esos salvajes del Norte lo que valen los carabineros, ¿eh?

—¡A sus órdenes, mariscal!

—Entonces, escucha, Silio... Yo salgo por detrás de los cipreses, los cojo por la espalda. Si se rinden, los traigo y nos los llevamos. Si no obedecen, los destrozo. Tú, no te muevas de aquí. Les esperas. ¿De acuerdo?

Embriagado como su jefe por el perfume de la batalla, Morano se sobrepasaba a sí mismo y no se parecía en nada al joven tembloroso que la noche anterior había entrado, con el arma en la mano, en la villa de Cá Capuzzi. Llevados por el entusiasmo, Silio Morano y Cario Corrado se daban a ellos mismos una representación heroica en la que eran, al mismo tiempo, los actores y los espectadores. Mientras actuaban, se veían a sí mismos y se aplaudían. Borrachos, forzaban su talento; los héroes —en todos los países del mundo— sobrepasan siempre la medida.

El mariscal, cubierto por el arma del carabinero, se deslizó hasta

los cipreses en el mismo instante en que Soubray se despedía de Tosca y de Santo. No quería que sus adversarios la tomasen con los dueños de la casa. Emil le acompañó hasta el balcón, por el cuarto de baño, pero Faliero, no queriendo que su mujer se preocupase, se ofreció para proteger la retirada de Jacques.

Por su parte, después de haberse disparado inútilmente, Morton, Hunter y Natacha decidieron pasar a una acción más positiva y, tomando cada uno un camino particular, llegaron a saltar al jardín de la villa cuando salía el mariscal y Soubray se disponía a hacer lo mismo. Carlo Corrado pasó tan cerca de Natacha que habría podido oírla respirar y, al mismo tiempo, pasó —sin pensarlo— muy cerca de la muerte. El inglés, la rusa y el americano convergían lentamente, reptando, hacia la casa, la vista fija en el carabinero que también estaba ojo avizor. En este sorprendente juego, los adversarios cambiaban de campo inconscientemente, aplicándose cada uno en entrar en casa del enemigo mientras este último ocupaba la plaza desocupada por el invasor. Mas, fatalmente, debían encontrarse en el vaso de bronce detrás del cual esperaba el carabinero. El mariscal, que había llegado sin dificultades al árbol donde su amor propio había sufrido tanto, inició un bonito movimiento rotatorio que le llevaba hacia la casa y debía permitirle sorprender, por detrás, a los que esperaba poner fuera de juego.

Emil trataba sin salir de su papel de criado de estilo, de tranquilizar a Tosca.

—Si la *signora* nos autoriza a dar nuestra opinión, le diremos que se equivoca preocupándose… El *signore* Faliero no arriesga nada.

—¿Pero, y Jacques?

La joven había replicado sin reflexionar y enrojeció hasta las orejas. El mayordomo bajó los ojos, contentándose con hacer notar:

—Conocemos suficientemente al *signore* Soubray para saber que saldrá perfectamente de su misión.

—¿De verdad, Emil? ¿Lo cree sinceramente?

—Estamos persuadidos, *signora*.

—Gracias…

El americano, el inglés, la rusa y el carabinero se vieron al mismo tiempo y dispararon en el mismo segundo. Eran todos

excelentes tiradores. A Mike le tocó la bala de Natacha en la pierna, mientras la joven encajaba la de Morton en la espalda. Un poco más lento, Hunter falló a Morano que, él, no falló y le situó su bala en la pierna. El americano se dio prisa en retirarse comprimiéndose la herida con un pañuelo. Esperaba llegar al hospital antes de quedarse totalmente desangrado. Natacha le imitó y se fue hacia la salida. Sólo, Hunter, incapaz de moverse, fue agarrado por el carabinero que le puso las esposas. Con lágrimas en los ojos, Ronald pensó que transcurrirían muchos años antes de que se reuniese, en Cockermouth, con Daisy y los chicos.

Cuando Silio hubo traído a su prisionero al *living-room*, Tosca —ayudada por Emil— se puso a vendar al inglés, a quien la dulzura de la joven imponía aún más cruelmente el recuerdo de Daisy, con lo que estalló en sollozos. Tuvieron que ponerse los tres, incluido el carabinero ya carcomido por el remordimiento, a consolarle.

El eco de las detonaciones alertó al mariscal que, no queriendo estar ausente en el combate en curso, se precipitó; aunque se detuvo en seco y se lanzó tras un matorral al ver derrumbarse a Soubray bajo el golpe que le asestaba alguien que, inmediatamente, se inclinó sobre él para cogerle el dossier que tenía en la chaqueta. Corrado apoyó su revólver en una rama para disparar mejor, puesto que la distancia era grande, tan grande que no reconocía, o mal, al agresor del francés. Desgraciadamente, antes de que apretase el gatillo, el ladrón desapareció.

Mientras Emil hacía beber un vaso de grappa a Hunter, Faliero proponía alertar a Bolonia, a fin de que los agresores fueran arrestados al entrar en la ciudad. El mayordomo le disuadió, habiendo oído decir siempre que este tipo de historias no debían nunca ser desveladas ni llevadas al conocimiento del público. Además, el *signore* Soubray conocía a sus adversarios y, si lo consideraba útil, podría hacerlos prender cuando quisiese. Tosca tenía la misma opinión, que al menos tenía el mérito de dispensarles a unos y otros de cualquier acción. Pero, mostrando al herido, Santo —que no estaba del todo de acuerdo con su mujer— protestó:

—¿Y éste?

—Creo que, a éste también, deberíamos dejarle irse...

Faliero siguió protestando, ya que no admitía que personas habiendo agitado su quietud, estropeado su noche de bodas, y que se habían permitido golpearle pudiesen irse sin rendir cuentas. Se disponía a lanzarse a una violenta demostración de sus íntimos sentimientos cuando apareció el mariscal, llevando a Soubray a hombros. En seguida, Tosca gritó:

—¡Jacques!...

Y, sin preocuparse de su marido que quería retenerla, se precipitó hacia su amado para ayudar a Emil y Corrado a tenderlo en el diván. Hunter aprovechó el tumulto para deslizarse hacia la puerta y desaparecer. Perdiendo toda noción de la realidad, Tosca cubría de besos el rostro de Jacques a pesar de las imprecaciones de su esposo que se destrozaba los pulmones gritando:

—Tosca, ¡es escandaloso! *Per Bacco!* ¡Me estás deshonrando! ¡Y delante de todos estos hombres! Pero, ¡tú estás loca! Tosca, ¡te lo prohíbo!...

Sin embargo. Tosca ya no entendía nada. Para ella, sólo contaba una cosa: con sus ojos cerrados, su rostro lívido, y la sangre corriendo por sus cabellos, Soubray parecía muerto, y esto ella no lo aceptaba. Respetuosamente, Emil tomó a la joven por los hombros y la apartó suavemente a fin de inclinarse sobre Jacques, a quien palpó de nuevo el cráneo, bajo la mirada de los otros que todavía no se habían percatado de la desaparición del inglés, salvo el carabinero, que al darse cuenta, se precipitó al jardín. Al fin el mayordomo se levantó:

—Pensamos que, esta vez, tampoco hay fractura... ¡decididamente tiene un sólido cráneo! Pero si continúan golpeándole en la cabeza, acabarán volviéndole idiota... Le han golpeado con una pistola.

Faliero intervino:

—¡No es posible! ¡Le he acompañado hasta la verja y, cuando nos hemos estrechado la mano, estábamos solos!

El mariscal levantó un dedo sentencioso:

—¡Justamente, *signore*, justamente!

—Justamente, ¿qué?

—Puesto que estaba usted solo con el *signore* francés, es obligatoriamente usted quien le ha golpeado.

—¿Yo?

Ya Tosca, con el rostro endurecido, se dirigía hacia él:

—¿Has hecho eso, Santo? ¿Te has atrevido a hacer eso?

—Pero, veamos, Tosca, ¿tú me conoces? Este imbécil de carabinero está totalmente loco. ¿Por qué habría tratado de asesinar a Soubray?

—¡Por celos!

Santo se rio:

—Te quiero mucho; Tosca, ¡pero no hasta el punto de acabar mis días en prisión por tus ojos bonitos!

—¡Oh!

El mariscal protestó:

—Usted acabará seguramente sus días en prisión, *signore*, ¡porque yo le he visto golpear al francés!

—¿Usted me ha visto?

—Bueno, creo haberle visto.

—¡Ah! ¡Eso me gusta más!

—En todo caso, *signore*, hay una manera muy simple de disculparse. Muéstrenos que no tiene en el bolsillo de su chaqueta el dossier que llevaba el francés.

—¡Es inadmisible! ¿Con qué derecho se atreve…?

Pero, impasible, Corrado continuaba:

—Y luego, me da su revólver… Me gustaría examinarlo.

Entonces, bajo los ojos aterrorizados de Tosca e interesados de los otros, el dulce rostro de Santo Faliero se descompuso literalmente. Su boca se torció en una especie de rictus, sus maxilares resaltaron y su mirada, volviéndose más fría, más rencorosa, acabó una transformación inesperada. Desesperada, Tosca balbució:

—Santo…

Santo la tomó con ella:

—¡Es por tu culpa, especie de idiota, por lo que ha pasado todo! Podría no haber pasado nada, ¡pero has tenido que seguir queriendo a ese francés!

—Santo, te lo suplico… No es verdad,

¿no es así? ¿No has golpeado a Jacques para quitarle sus papeles?

El alzó los hombros:

—¿Qué te parece?

—No lo sé… ya no lo sé…

El mariscal avanzó:

—Yo sí que lo sé, *signore*.

Santo reculó rápidamente y, sacando su revólver dijo:

—Es usted demasiado inteligente, mariscal… En su oficio, es peligroso. Que no se mueva nadie… Lo que me molesta, es que voy a tener que mataros… No quiero dejaros detrás de mí, ¿eh? Pero dejaré mi arma cerca del francés con sus huellas y espero que se piense que él es el autor de estas muertes a las que yo he escapado por milagro, golpeándole… En cuanto al dossier, ¡habrá vuelto a coger el camino del país donde Soubray creyó inteligente ir a buscarlo!

Tosca se llevó precipitadamente la mano a su boca como para ahogar un grito; luego dijo con voz átona:

—Entonces eras tú… tú, Santo, quien robaste a tu tío. ¡Pero, por qué? ¿Por qué?

—¡Por unas razones que tu pequeño cerebro burgués no podría comprender! ¡Las invenciones de mi tío no deben servir para el triunfo del capitalismo, ni siquiera retrasar su caída!

El mariscal respiró al ver la silueta del carabinero que volvía con las manos vacías de su caza al inglés. Pero, Corrado no supo disimular su satisfacción, con lo que Faliero se volvió para acoger a Morano. El mariscal aprovechó para sacar su pistola y disparó antes de que el marido de Tosca, consciente del peligro, disparase. Faliero abrió mucho los ojos como si el acontecimiento le causase una enorme sorpresa. Intentó volver a levantar su arma, pero Corrado apretó de nuevo el gatillo. Santo vaciló. Se llevó lentamente la mano al pecho. Se adivinaba que ponía toda su voluntad para no caer. Paralizada por el miedo y la pena, Tosca era incapaz de moverse. De golpe, su marido se derrumbó. Emil se inclinó sobre él para levantarse inmediatamente:

—Se acabó.

Corrado subrayó:

—No podía actuar de otra manera, ¿eh? El mayordomo lo aprobó:

—Sin ninguna duda, *signore* mariscal… La *signora* y yo le debemos la vida…

Corrado se precipitó entonces al teléfono para llamar a su Antonina y decirle que había abatido a un enemigo de Italia, en particular, y del mundo libre en general. Sin duda esto le pareció algo enorme a la *signora* Corrado que se perdió en peticiones de explicaciones. Para convencerla, el mariscal llamó a Tosca que venía a buscar un chal a la habitación y le rogó que confirmase sus palabras a su mujer:

—Espera, dulzura de mi alma, te paso un testigo…

Estupefacta, no comprendiendo muy bien lo que deseaba Corrado, y quién se encontraba al otro extremo del hilo, la joven cogió el aparato y murmuró maquinalmente:

—*Pronto?*

—*Signora*, ¿es verdad lo que me dice Cario a propósito de esa terrible batalla?

El mariscal guiñó el ojo a Tosca y le dio a entender que se trataba de Antonina.

—Su marido es un héroe, *signora*…

Tendió el aparato al mariscal que se inclinó profundamente para agradecérselo antes de preguntar a su mujer:

—¿Entonces? ¿Has oído, palomita mía? Y sabes, ¡no puedes poner en duda la sinceridad de la que acaba de hablarte!

—¿Por qué?

—Porque es la viuda…

—¿La viuda? ¿Qué viuda?

—A la que acabo de matarle el marido, ¿eh?

La noche de ese mismo día, Tosca y Jacques tomaban el té en el *living-room* de la villa de Cá Capuzzi que iban a abandonar para volver a Bolonia. Los carabineros regresaron a Moglio y los servicios interesados habían venido a buscar el cuerpo de Faliero. La joven no conseguía tomar conciencia de la verdad. A pesar de la escena a la que había asistido, no llegaba a creer que el dulce, el modesto Santo, hubiese podido ser ese hombre cínico y duro, ese fanático dispuesto a sacrificarlo todo por la causa que defendía.

—¿Lo sospechabas, Jacques?

—Habría debido… Desde su desaparición, no hago más que pensar en los indicios que me daba, sin que yo prestase atención…

Al principio de la última noche, cuando os dejé solos y él vino a buscarme al jardín, declaró haberme disparado sin reconocerme... Pero, yo le había hablado... Era pues, evidente que ya, en ese momento, trataba de suprimirme... No podían ser más que él o Emil quien liberó a Natacha... ¿Cómo sabía Santo que había unos ladrones y que trabajaban para la URSS, y por quien la rusa conocía el escondite de la cartera en la cocina? Otra vez, solamente Santo y Emil podían saber que la había disimulado en la lavadora. Además, en el entorno del profesor, se sospechaba de todos sus colaboradores, excepto de su sobrino... Mas, ¿quién estaba mejor situado que Santo para robar el dossier? Su astucia fue dar la alarma él mismo cuando creyó estar seguro de que sus amigos estaban fuera de alcance... Perdóname, Tosca, tengo que telefonear a mi jefe para anunciarle que nuestra trampa resultó y que Santo Faliero era el hombre que buscaba...

Como de costumbre, fue Mafalda quien respondió. Puesta al corriente, aseguró que haría lo necesario para que Faliero muriese oficialmente de una crisis cardiaca. Sólo las dos familias conocerían la verdad, y seguramente guardarían el secreto para escapar al deshonor...

Soubray, que le contaba esta corta llamada a Tosca, concluyó:

—Y todo el mundo en Bolonia llorará al tan gentil Santo Faliero que tenía tan buen porvenir y consolará a su pobre viudita...

—Es verdad... soy viuda... sin haber estado verdaderamente casada...

Soubray la cogió en sus brazos:

—¿Acaso crees que eso me da pena, querida mía?

Ella protestó débilmente:

—Vamos, Jacques... No debes hablar así... Santo ha muerto apenas hace unas horas... ¿Qué debe pensar Emil?

—Emil tiene demasiado estilo como para oír lo que decimos y, de todas formas, sabe perfectamente que no amabas a tu marido, que él tampoco te amaba, ¡mientras que yo, te amo y tú también me amas! En un año y un día, nos casaremos, si me quieres todavía.

—¡No si continúas este horrible oficio que te hace arriesgar la vida sin cesar!

—Te lo prometo, Tosca... Trataré de descubrir al fin dónde se esconde Giorgio Luppo y le explicaré que tiene que devolverme la

libertad.

—¿Pero quién es entonces Giorgio Luppo?

—De quien dependo… Espero que admita que yo quiera vivir un poco como todo el mundo.

—¡Estoy seguro que lo admitirá si sabes explicarle cómo nos amamos!

—Estamos persuadidos, *signora*.

Tosca y Jacques se volvieron, un poco sorprendidos, hacia el mayordomo. Soubray sonrió:

—Gracias por remontarnos la moral, Emil, ¿pero cómo diablos puede ser usted tan afirmativo?

—Porque yo soy Giorgio Luppo.